NUNCA SECUESTRES A LA MUJER DE UN MAFIOSO



# Casa de fieras

*Una novela de Max Pirés*



Una historia del universo
Domingo Fanjul y Marta Azcona

Babòlica

Título: Casa de Fieras
Universo Domingo Fanjul y Marta Azcona
Primera edición: Febrero de 2026
Texto: Max Pirés
Maquetación: Celso Babélica
Imagen de portada generada por Gemini
Diseño de portada: Carlota Babélica
ISBN: 9798248873104
Edita: Editorial Babélica

editorialbabelica.com

# Casa de Fieras

# I
# La mujer de Babic

# I

—Tenemos que hacer algo. —Veo que baja la ventanilla y el viento inunda todo el habitáculo, acuchillándome los oídos, pero no le digo nada—. Me suda la polla que tenga el culo blindado, vamos a darle una lección que no va a olvidar en su puta vida. —Escupe afuera a más de 120 kilómetros por hora—. No puede jodernos de esa manera e irse de rositas, ¿sabes? Esas cosas me revientan las pelotas. No se puede jugar así con nosotros… bueno, no se puede jugar así conmigo, ¿te he dicho alguna vez que soy medio gitano? ¿No te lo contó Iván?

Miro a Billy de soslayo mientras conduce. No muto demasiado el gesto, estoy cansado y sus tonterías me ponen enfermo, pero interpreta mi movimiento como una pregunta que jamás se me pasaría por la cabeza formularle.

—Mi viejo me explicó que tenemos antepasados húngaros o de por ahí, rollo cíngaros. —Vuelve a soltar el volante para prender el maldito porro—. Somos peña peligrosa. Aunque sólo tenga un porcentaje pequeño de esa sangre, sé que es la que me brota cuando estoy de mala hostia. ¿Nunca te lo había contado?

—Estamos llegando —le digo, pero pasa por alto mi comentario para insistir en si alguna vez me había contado su origen. No respondo y fijo la mirada en un horizonte insondablemente oscuro. Sigue con su perorata, pero ahora ya ni le escucho.

Billy tiene incontinencia verbal. No se callaría ni aunque le fuera la vida en ello, ni aunque le metieran una pipa en la boca hasta la garganta. Le costaría hablar, pero no me cabe duda de que lo seguiría haciendo. Es buen chaval, pero esa verborrea impertinente le va a dar un disgusto, o, peor aún, nos lo va a dar a los dos. Habla por encima de sus posibilidades y muchas de las cosas que dice, ni las piensa. En realidad, pensar no es su fuerte. Pero tiene buen fondo y un particular sentido de la lealtad. O tal vez es que veo en él a Iván —porque se parecen de verdad— y, entonces, me ablando.

Respecto a lo de tomar cartas en el asunto, se le ha calentado la boca, y mucho. No nos engañemos: ¿Qué cojones le va a dar una lección a Augusto Babic? Esa gilipollez es demasiado, incluso para él. Es verdad que nos ha jodido, pero no nos queda otra que callar y mirar para otro lado. Así funcionan las cosas con el Croata.

—¿Me entiendes? —prosigue.

No, no le entiendo, porque ni siquiera sé de qué me habla; le he oído algo de una tipa rusa, pero ni idea de a qué demonios se refiere. De hecho, no quiero ni imaginar cómo narices ha llegado hasta ahí. No le hacía caso. No parece importarle, porque sigue hablando.

Sigo a mis cosas mientras el supuesto cíngaro de Carabanchel vomita palabras sin cesar. El peta le ha dado una diarrea de lengua mayor, si es que eso es posible.

Y, en realidad, tampoco nos ha fastidiado tanto, pienso.

Porque si Babic lo hubiera querido de verdad, ahora nuestros huesos estarían regados en cal viva en lo más profundo de una zanja en la zona de La Sagra, donde el Croata suele sacar la basura. Alguna vez he visto con mis propios ojos cómo ha reciclado a un par de estorbos sin muchos miramientos. Así que tampoco es un mal negocio: nos asociamos con él y nos permitió llenarnos los bolsillos unos meses antes de dejarnos en la estacada.

—Es la siguiente salida —le corto.

—Ya lo sé, bro, he venido más veces que tú aquí.

No creo que sea verdad, pero le explico que no para de hablar y que paso de que nos perdamos otra vez, como es habitual cuando él conduce.

Coge la salida a toda velocidad. Hago el ademán de pillar el agarramanos lateral, pero mi mano vuelve a abrazar el aire. Dichosos coches nuevos ¿Por qué les quitarían los asideros?

—Baja la velocidad —le ordeno. No podemos llamar la atención, aunque eso no se lo digo: no quiero exponerme a otra de sus diatribas ridículas.

Billy se inclina sobre el volante, para ver mejor. Las calles del polígono están pobremente iluminadas. No hay señales de vida en ninguna de las naves, pero sabemos que en todas hay mogollón de

peña trajinando material: drogas, falsificaciones, contrabando, comida… lo que sea. Hace años que la pasma ni se digna a pasearse por aquí. Es una ciudad sin ley, o, mejor dicho, sujeta a la ley de los clanes chinos.

—Para ahí —le señalo con el dedo a su izquierda.

—No me jodas, el almacén tiene que estar a más de un kilómetro de aquí.

—Para, te he dicho —zanjo con tono seco.

Es una noche tranquila, no hace nada de frío, aunque todavía no sea verano. Bajamos del coche. Enciendo un cigarrillo y me encamino en dirección al almacén de Xuan. Noto que Billy se para a mi espalda. Intuyo lo que está haciendo, deseo que no sea cierto, pero no me queda otra que comprobarlo.

¿Es gilipollas?

—Hay que estar seguro de que funciona, coño. —Billy está con la pipa en la mano, haciendo un paripé que probablemente haya visto cientos de veces en las películas.

—Guarda eso — le digo y continúo mi camino.

Por suerte, Billy no abre la boca en los quince minutos de trayecto hasta el lugar de la cita. Creo que está nervioso o quizá cagado. No le gusta andar. Agradezco el silencio inundado por el canturreo de los grillos.

Hemos llegado: la nave 203.

Le invito con un tono poco amigable a que llame a la puerta. Se revuelve: «llama tú, no te jode». Una mirada me basta para intimidarlo. No debe olvidar que tenemos una jerarquía, por mucho que su incontinencia le juegue malas pasadas y a mí me hinche la vena del cuello.

Con Xuan —no sé cómo se apellida, todos lo conocen con el original sobrenombre del Chino— hemos hecho algunos negocios. Trapicheos menores, que nos dan algo de pasta. Él nos pasa la mercancía y nosotros la colocamos: sencillo y directo. Sin demasiadas preguntas. Siempre he imaginado, con el volumen de negocio que debe manejar, que no somos más que unos pringados a los que nos ofrece migajas para algún día pedirnos un favor. Le venimos bien por ser españoles, así que nos encarga cosas que

merecen de total discreción o que no quiere que no lo hagan sus propios hombres. Tontos útiles. Se aprovecha de nuestra necesidad. Billy no es consciente de la película, se piensa que estamos metidos en el ajo con Xuan, pero se equivoca de pleno. Sé que, en el fondo, algo se huele, porque sigue acojonándose cada vez que vamos a por un cargamento.

Nos abre un chinorris con cara de pocos amigos. No sé si siempre es el mismo o cada vez es uno nuevo. Supongo que él tampoco sabe si nos ha visto alguna vez o si somos los mismos de siempre.

Después de caminar por un pasillo oscuro, nos invita a sentarnos en una salita sin ventanas, iluminada por uno de esos alógenos blancos, como los de un quirófano. No nos ofrece nada y desaparece. Como siempre que hago negocios turbios, le planto el micro portátil al móvil —es como una pequeña seta que se empalma en la zona de carga— y pongo a grabar desde el bolsillo. Lo he hecho más veces de las que me habría gustado, y el resultado es más decente de lo que se puede uno imaginar. Es, por así decirlo, un seguro de vida que contrato, porque nunca se sabe cuándo lo voy a necesitar.

Esperamos más de media hora, y, aunque hago callar incontables veces a Billy, no parece darse por aludido. Me contengo para no pegarle dos gritos. Él se enfada de que el Chino nos haga esperar tanto tiempo y termino por decirle que se calle la boca.

Por fin aparece Xuan, como siempre, pausado, indescifrable. Lleva un pitillo que fuma con fruición. Empalma uno tras otro, con un gesto que me parece curioso: agarra el cigarrillo con la mano erguida, se lo mete en la boca, entre los dientes, y lo prende torpemente con un mechero de todo a cien; encendido, le da caladas cortas, y que parece no tragar, luego se lo saca con la misma mano erguida, lo golpea varias veces sobre un cenicero y vuelve a fumarlo de la misma manera compulsiva. Así, una y otra vez.

Nos afea en su más que aceptable castellano que hayamos venido en un coche nuevo de alta gama. Me como el suelo con los ojos, mientras intuyo que Billy lo mira entre desafiante y cagado. Tiene razón: ha sido una jugada de principiante. Tampoco me sorprende

que sepa cómo hemos llegado hasta allí, aunque hayamos aparcado en casa Dios. De todas formas, no le parece suficiente como para cancelar el negocio.

—¿Qué es esta vez? —le pregunto.

Dice que le ha fallado su transportista habitual y que a Xuan no se le falla nunca. Nos explica que este es un negocio fácil y muy rentable, y que, si lo hacemos bien, nos convertirá en los transportistas oficiales del asunto. Un asunto, claro está, del que no sabremos nada.

Tenemos que llevar dos maletines llenos de vete tú a saber qué a una habitación de un hotel cercano al aeropuerto. No tendremos intermediarios. Tira sobre la mesa una tarjeta al tiempo que nos dice 405. Es uno de esos hoteles mastodónticos, con un trasiego de huéspedes descomunal, en el que a nadie llamará la atención que dos tipejos como nosotros entren con sendos maletines por las puertas giratorias, se metan en un ascensor y bajen a los pocos minutos sin los maletines.

¿Eso es todo?

—Eso es todo.

Me quedo pensativo, con un gesto teatral. No me huelo nada, pero algo me escama. Es demasiado fácil. ¿Qué hay en esos maletines?

—¿Cuánto?

—Tres mil ahora y otros tres mil cuando me digan que todo ok.

Billy no evita echar un bufido. No puedo decirle nada, pero le habría partido la cara. Seis mil pavos es demasiado para tan poca cosa. Ahora sí que tengo el culo torcido.

—¿Qué coño vamos a llevar?

—Si te lo digo, os tengo que matar. Si los abrís, os tengo que matar. Si intentáis joder a Xuan, os tendré que matar.

Más claro que el puto agua clara. Prendo un cigarrillo con elegancia. No pretendo enseñarle a fumar a Xuan, pero para fumar hay que tener algo de clase.

—¿Y cuándo tenemos que entregarlo?

—Ahora mismo.

Miro el reloj que está a la espalda de Xuan, porque hoy se me olvidó ponerme el mío; quizá la única posesión de valor que tengo, un reloj que me regaló Iván hace tantos años que ni me acuerdo.

Son las dos de la mañana. A las tres podría estar en casa metido en la cama o viendo un documental de leones. Xuan lanza un sobre abultado que cae al lado de la tarjeta de hotel. Miro a Billy, que supongo que esta noche no dormirá. Su gesto entusiasmado lo delata.

Todavía tenemos la posibilidad de echarnos atrás. Xuan no nos lo recriminaría, pero jamás nos volvería a llamar. Entiendo que hay un riesgo que se nos escapa: nadie da duros a pesetas. Y esto son doscientos mil duros.

Me froto las sienes como si me doliera la cabeza, y, en realidad, me duele. Algo me dice que me arrepentiré de aceptar el curro, aunque nada más sea por tener que escuchar a un efusivo Billy con mil quinientos pavos en el bolsillo durante todo el trayecto hasta el aeropuerto.

## II

Se despierta desubicado y cubierto por una película de sudor frío que baña todo su cuerpo. Le pasa con cierta frecuencia últimamente. No sabe dónde está, sólo que esa no es su casa… porque la ha perdido: los hombres de Babic se la han cobrado como pago de sus deudas.

Pasan unos segundos y ya no necesita prender la luz para ubicarse, los recovecos del insufrible sofá le recuerdan que está en su camerino.

Por fin la enciende y ya lo recuerda todo: ha pasado las últimas horas, quizá más de un día, en ese camerino. Sobre la mesa, dos botellas terciadas de bourbon, envoltorios de comida y las evidencias de que no pasaría un control antidopaje. Por suerte, no es un deportista y en la televisión que te drogues no solo no importa, sino que es habitual. Nadie se escandalizaría si entrara en esa habitación. O quizá sí, pero por el olor a rayos.

Mira el reloj: las manecillas de su Rolex marcan las once, pero no sabe si son de la mañana o de la noche; ese cuchitril no tiene ventanas. Tampoco sabe qué día es. Ahora busca el móvil. Lo encuentra en el suelo. Es jueves, son las once am (así lo refleja su iPhone) y hoy toca programa, y en directo. Piensa que tiene suerte de ser una estrella lo suficientemente grande como para disponer de un camerino personal e intransferible en la cadena, con baño y una pequeña cocina.

Es incapaz de acordarse de lo que ha sucedido durante las últimas horas y se avergüenza. Una angustia profunda lacera el corte externo de su hipotálamo. Necesita respirar, el que ha sido su refugio durante las últimas horas ahora lo está ahogando. En realidad, le ahoga su propia vida.

Trata de serenarse, pero el sosiego dura unos segundos. Qué coño ha hecho. Igual la ha liado y ni siquiera puede acordarse. Todo lo que pase de ese momento a que acabe el programa de hoy estará

marcado por un sentimiento de culpa, por una ansiedad profunda ante la incertidumbre presente y futura. Estará a la defensiva, esperando que alguien le afee algo o que algún mandamás lo despida de forma fulminante. Igual es el propio Florin Popescu quien lo echa: tiene entendido que está en España. Por eso, siente que su vida pende de un hilo. Es cierto que presenta el programa de máxima audiencia de la televisión en España, pero ni siquiera eso es un seguro para la vida caótica y excesiva que lleva.

El problema que tiene es que se ha metido en una espiral autodestructiva difícilmente salvable. La fama le sobrevino a los cuarenta, cuando ya daba todo por perdido. Al borde de los cincuenta, es la principal estrella nacional de la televisión, y su contrato anual supera con creces las siete cifras. Con todo, está arruinado.

De hecho, decir que Bob Martel está arruinado sería faltar a la verdad. No solo no tiene un duro, es que debe mucha pasta. Debe pasta a bancos, pero también a prestamistas y usureros más o menos legales… y ni siquiera eso es lo peor, Bob Martel tiene una deuda descomunal con Agusto Babic y su hermano, Mateo —el capo más peligroso de La Mina—, y eso sí que es un problema de los gordos.

Se ha duchado, porque apestaba a una mezcla de sudor y desesperación. El sudor ha desaparecido gracias al efecto del gel, pero la desesperación sigue supurando por todos los poros de su epidermis. Cubierto por su bata de seda, ha puesto el aire acondicionado a tope y decide que tiene que comer algo.

Pide al catering de la cadena que le traigan una ensalada de salmón, huevo y aguacate, agua con gas y un surtido de frutas rojas. Bob Martel sólo come frutas rojas. El equipo del programa lo espera, como cada día de emisión, a las cinco. No piensa retrasarse, no quiere más líos, así que comerá pronto, echará una cabezadita, se dará la segunda (pero no última) ducha del día y se presentará en la redacción. Trabajarán en el guion con los temas y las entrevistas (más bien, se lo darán hecho, él le pondrá su toque

especial) y regresará a su camerino a relajarse, cenar frugalmente, rellenar el depósito de combustible, volverse a duchar y acudir a maquillaje. Es una liturgia que suele cumplir con cierta ceremoniosidad.

Algo más calmado, decide hacer un balance de daños. La deuda con los bancos y con los usureros de pacotilla no le importan demasiado: un par de programas (cobra con la emisión de cada uno de ellos) y podrá cubrirlas.

El problema es con los Babic. Les debe más de medio millón de euros. Eso es más complicado, porque los intereses van aumentándose con el paso de los días, y no poco precisamente. Quedan seis programas para que acabe la temporada y con eso no le da. Sí podría cubrir la mitad, en el mejor de los casos, dos tercios, pero no es suficiente para amortizar toda la deuda.

Y lo peor es que todavía no ha renovado su contrato, aunque no le cabe duda de que la cadena terminará por hacerle una oferta, y no exactamente a la baja, o eso cree. Si no, novias no le van a faltar. Eso tampoco le preocupa demasiado, pero lo cierto es que, en el mejor de los casos, estará parado tres meses.

Tres meses sin ingresos, salvo que se dedique a hacer bolos o cosas fuera de la tele, algo a lo que siempre se ha negado y por lo que no le pagarían gran cosa. A no ser que su representante se ponga a hacer llamadas como un loco, nadie lo va a llamar, porque ni siquiera ha aceptado las astronómicas cifras que le han ofrecido multinacionales o empresas del IBEX para conducir eventos internos (ahora le vendría de perlas hacer alguno).

La única opción, el único golpe de suerte que puede tener es que alguna marca lo llame para hacer una publi, pero, dado que el verano está a la vuelta de la esquina y las estrategias para las vacaciones ya estarán más que cerradas, parece que no llegará ninguna oferta suculenta. Como siempre, seguro que le asaetan con propuestas de mierda, esas que su repre ni siquiera le plantea. Mejor así, porque, estando como está, aceptaría cualquier cosa.

La culpa vuelve a apoderarse de él, corroyéndole todas las entrañas. Hace una semana que firmó el traspaso de su chalet en La Finca a nombre de un testaferro de Babic. La casa le costó más de

seis millones de euros y está seguro de que podría haberla vendido por más, dada la situación actual del mercado inmobiliario. Pero, para Augusto Babic, la casa, con todos los gastos por su traspaso y plusvalías de futuras ventas, no valía más de tres. Bob había pensado que, como poco, le serviría para cancelar su deuda con él, pero, por lo visto, el Croata tenía en mente seguir sangrándole más, como una sanguijuela. Tuvo que aceptar, porque se encontraba entre la espada y la pared.

¿Se había planteado acudir a la Policía? Sí, claro, pero se dio cuenta de que no sería una idea demasiado buena: entre Babic y él mediaban contratos aparentemente legales. Además, nunca se había utilizado la fuerza o la violencia para el cobro de la deuda. Sí una intimidación sutil, pero nada suficientemente grave como para denunciarlo a la Policía. Y, qué coño, hacerlo sería firmar su sentencia de muerte, si no literal (algo que no tenía claro), sí social, pues Babic está muy bien relacionado (el Croata es muy amigo de Florin Popescu y de otros gerifaltes de las televisiones). Bob se convertiría en un cadáver televisivo.

En realidad, no se interponía ningún ultimátum, ni amenaza de muerte. Babic sabe que Bob es la gallina de los huevos de oro. De hecho, sigue ofreciéndole nuevos préstamos de condiciones leoninas para sufragar su irremediable vicio. Por una vez, Bob había tomado una decisión sensata: se acabó el grifo de Babic.

En esa circunstancia desesperada un pensamiento recurrente le acribilla el cerebro: ¿por qué no hablar con Popescu? Piensa que igual estaría en el edificio, en su despacho, en la planta noble.

Se viste a todo correr, imbuido de un ímpetu nuevo. Recoge un poco el camerino y pide que una de las señoras de la limpieza se pase para hacerlo a fondo mientras se ve con Popescu. Tiene una idea, aunque las ideas desesperadas no suelen ser buenas.

—No, no, no, definitivamente no, Bob —el acento rumano de Florin Popescu es prácticamente imperceptible.

—No entiendo por qué…

—A ver, te vamos a renovar con un incremento del dos por ciento, pero no podemos quemarte. No tiene sentido que hagas un programa veraniego. La gente se hartará de ti. Tienen que perderte de vista unos meses, y más importante aún, tienen que desear que vuelvas. Empezaremos la nueva temporada en octubre.

—¿Octubre?

Eso supone un mes más de parón. En sus ocho temporadas anteriores, siempre se empezaba a mediados de septiembre. «Claro —piensa Bob—, si me quitas tres programas, incrementarme un dos por ciento el sueldo te sale a cuenta, hijo de puta».

—Sí, este año hay Mundial de baloncesto y la programación va a ser muy volátil, es mejor esperar a que el escenario esté limpio para comenzar con fuerza.

—Ok, perfecto, ¿eso significa que vamos a renovar?

—Claro, Bob, ¿cómo vamos a prescindir de nuestro principal activo?

—¿Y con el incremento del dos por ciento?

—Bueno, eso ya se verá. Hablaremos de las cifras cuando acabemos la temporada.

—Igual hablo con otras cadenas… —la amenaza de Bob no suena muy convincente.

—Vamos, Bob, no seas así…

No hay un atisbo de preocupación en el teatral tono de Popescu, que pronuncia Bob con un inglés de Oxford, como si ese Bob no fuera en realidad un diminutivo de Roberto sino de Robert. Lo tiene cogido por los huevos y a Bob no le extrañaría lo más mínimo que la oferta, al final, no incluyese el dos por ciento de incremento.

—Puedes adelantarme parte del… —Popescu lo interrumpe con un chistado muy acentuado.

—Calla, calla, sabes que eso ni se menta, querido.

—Necesito pasta con cierta urgencia.

—Siempre te advertí de que no hicieras tratos con Babic, pero nunca haces caso de tu queridísimo jefe.

—No me sermonees, Florin, por favor.

Florin Popescu viste un impecable traje azul marino de corte italiano, de raya diplomática, que se ajusta a la perfección a su

atlético cuerpo de más de metro ochenta. Va siempre de punta en blanco y los ligeros retoques estéticos en su rostro son imperceptibles. Peina una frondosa caballera grisácea, con rizos que en ocasiones caen milimétricamente desordenados sobre sus gafas de pasta Tom Ford. Ronda los setenta años, pero podría pasar por diez más joven. Es uno de los hombres más poderosos del panorama mediático europeo, ya que es el dueño de un grupo de comunicación que opera en veinte países. Un mérito ímprobo, especialmente para un niño que nació pobre como las ratas que comía en una aldea perdida en Rumanía. Desde principios de los 2000 ha fijado su residencia en España y considera su filial aquí su niña bonita, aunque no sea la que más beneficios le reporte.

—Estoy pensando mientras hablo, pero ¿todavía tienes el Ferrari 812 que te regalé cuando desbancaste del primer puesto del share a Cantan Dos?

—No, Florin, es lo único que me queda…

—A ver, yo te propongo posibles soluciones. Tengo un amigo que podría darte cerca de tres cientos mil euros por él, aunque no estoy del todo seguro. De cualquier forma, te ofrecerá muchísimo más que el chupasangres de Babic.

—Pero es que no quiero perderlo, Florin.

—Ok, lo entiendo, pero podrías dejarlo en préstamo y recuperarlo después. Mira, sé que el sábado se va a celebrar una de las gordas. Seis jugadores, cash game no limit, cien kas el buy in, con rebuys de cincuenta kas. —en cristiano: una partida de póker de seis jugadores, sin límite de apuestas, con una entrada mínima de cien mil euros y posibilidad de recompra a partir de cincuenta mil.

Los ojos de Bob hacen chiribitas. Su vesícula irradia el vicio a todo el cuerpo, su cerebro se bloquea y su bazo palpita, generándole, todo ello, un estado de zozobra evidente. Aunque no es consciente, aunque se dice para sí que tiene que pensarlo con calma, ya ha tomado una decisión.

—¿Quiénes van?

—Los Grosso.

Bob sabe quiénes son Los Grosso: un grupo de empresarios de primer nivel que organizan sus timbas a través del wasap, con

mensajes en clave, para que no se sepa las cantidades de pasta que se mueven en esas partidas. No tiene claro cuántos son, pero como una docena. Sabe que Florin es uno de ellos. También sabe que hay satélites a este grupo a los que invitan cuando no son suficientes para montar una mesa: gente de pasta y, sobre todo, de confianza, como su caso. Conoce a un puñado de Los Grosso, porque ha ido a un par de partidas. Tiene entendido, Florin algo le ha dicho, que los invitados especiales nunca coinciden: sólo puede haber uno por partida. Desconoce el motivo, pero supone que Los Grosso prefieren que no se conozcan entre sí. Ha llegado a pensar que los satélites como él sólo son parguelas a los que sablear mucho dinero. En las dos partidas a las que ha asistido terminó palmando varios miles de euros.

Pero también es verdad que nunca ha participado en una mesa tan fuerte. Así que se le presenta una oportunidad de recuperar parte de la deuda con Babic. Si tiene una buena noche, igual puede hasta liquidarla. Si pone en préstamo el coche, con un interés de, por ejemplo, el diez por ciento (sabe que Florin no hace milagros), podría conseguir trescientos kas, el triple del buy in. Podría ir con el colchón de doscientos más y jugar con calma, sin prisas: esperar al momento de dar el golpe maestro. Empieza a tener sudores fríos.

—¿Dónde será? —se concede un tono de duda, pero en realidad ya están todas las cartas echadas.

—En Segovia —responde enigmático Florin—. No podría decirte más, ya sabes, pero es que tampoco lo sé. Yo, en esta ocasión, estaré fuera, me voy a Londres.

Bob no insiste, porque conoce a la perfección las medidas que estos peces gordos toman. Las partidas de Los Grosso son, por decirlo de alguna manera, clandestinas y de alta seguridad. Suelen llevarse a cabo fuera de Madrid, en hoteles, donde reservan algún salón como si fueran a celebrar una reunión de carácter empresarial. Empieza a media tarde, sobre las siete u ocho, y disponen de un abundante catering frío (embutidos y quesos, sándwiches, tortillas, empanadas, ensaladas, fruta), bebidas y sofás donde sentarse o incluso descansar, porque las partidas suelen alargarse hasta bien entrada la madrugada. De hecho, no es rara la ocasión que alguno

de ellos decide subir a su habitación para echar una cabezada de una hora. Al ser cash game, y no torneo, el que quiera puede abandonar la partida cuando considere, retirando el dinero del que disponga en ese momento. El resto, puede seguir jugando hasta que no haya un quorum mínimo, que lo marca el heads up, esto es, una partida de dos. En realidad, no hay un límite de tiempo, pero nunca se ha celebrado una partida que dure menos de cinco o seis horas.

Dentro de la sala no hay nadie ajeno a la propia partida: los seis jugadores. Fuera, sí que hay miembros de sus equipos de seguridad, aunque no serían estrictamente necesarios: Los Grosso no llevan el dinero en efectivo. No lo hacen porque así se evitan posibles problemas con la Policía, algo poco probable. También eluden posibles golpes, algo aún menos probable. Pero cualquier precaución es poca. Además, se rigen por un código ético basado en la confianza. Si un Grosso dice que pone un kilo, el resto lo cree. De los satélites, es el valedor el que responde por él. En su caso, Florin es su seguro fiduciario.

—¿Quién es tu amigo del coche?

—Es un rumano de fiar, de los pocos que hay –Florin prende un cigarrillo de esos ultrafinos con un encendedor de plata. Bob no quita ojo al espectacular anillo de oro y diamantes coronado por una imponente musgravita que lleva en su dedo anular.

—Como tú.

—No, no, yo no soy de fiar, Bob. —Ahora se sirve una copa de whisky de su preciada botella de cristal de Bohemia, sin ofrecerle—. Mihai, sí. Te puedo dar su teléfono, pero tienes que darte prisa, la partida es pasado mañana. Yo, si quieres, muevo hoy mismo tu inscripción con Los Grosso, no sea que ya tengan a otro satélite.

—¿Y Mihai tendrá 300 mil en efectivo? —la ansiedad empieza a apoderarse de Bob, pero no la misma que tenía cuando se levantó, sino otra bien distinta, sádica.

—Por eso no te preocupes.

—Genial, Florin. Espero que me des las instrucciones.

—Sí, descuida.

Bob lo interpreta como una despedida y se da media vuelta para encarar la puerta del despacho, pero no es así, Florín no ha

terminado.

—Una última cosa, Bob. No es nada personal, pero me voy a quedar el dinero que te preste Mihai. La partida es muy fuerte como para que te presentes allí ya habiéndote pulido los cuartos. No puedo permitirme que me pongas en evidencia ante Los Grosso.

—¿No confías en mí?

Florin imposta una risa meliflua, mientras expulsa el humo del cigarrillo. Menea la cabeza y termina por apoyarse sobre su mesa.

—No, Bob, claro que no confío en ti. No te lo tomes a mal, cuando se trata de dinero, no me fío ni de mi madre.

—De cualquier forma, gracias por tu ayuda, de verdad.

—Nada, amigo, para eso estoy. Haz hoy un buen share e igual te doy un pequeño bonus.

## III

Suena el portero automático y me corroen los demonios. Pregunto quién es. Billy. Ahora me corroen sus demonios cíngaros. Paro el documental de pingüinos de la BBC y me atuso un poco la ropa, aunque tampoco sé muy bien por qué.

No cometo el error de abrir la puerta para recibirlo: soy desconfiado por naturaleza. Sí que observo por la mirilla. Cuando se abre el ascensor, veo que viene solo, pero prefiero asegurarme. Aporrea la puerta con fuerza, no parece preocupado. Abro y le dejo pasar.

—Hostia, aquí huele a tigre, macho.

Le pregunto qué coño quiere, pero no responde. Es así de imbécil. Entra hasta la cocina, abre la nevera y la examina con minuciosa curiosidad. Al final y después de varios quejidos, se decanta por una Fanta de naranja. Me exaspera que se tome esas confianzas, por muy hermano que sea de Iván.

—¿De verdad que no tienes nada de priva?

No recuerdo la de veces que le he explicado que no bebo. Lo vuelvo a hacer con un tono poco amigable. Céntrate, le pido.

—Tengo una bomba, tío.

Ahora sí que me preocupo. Billy no trajina bien, y, lo que para él es una bomba, en realidad puede ser un arma de destrucción masiva.

—Pingüinos, eh —dice mirando la imagen congelada y tirándose al sofá—. Nunca he entendido por qué te gustan tanto los documentales.

—Explícate, Billy —No soporto que cambie así de tercio.

—Pues que es raro que te molen tanto los documentales. La peña los ve para sobarse.

—¡Que me expliques qué coño de bomba tienes!

Saca un porro y lo enciende. Las primeras palabras que suelta tras expulsar el humo parece que las dice para dentro, pero apenas

me da tiempo a reaccionar: «tenemos a la mujer de Babic».

Me he quedado petrificado. Mi cabeza está a punto de estallar. Efectivamente, era una bomba, pero de las atómicas. Tiene que estar bromeando. Me río. Quiero decir algo, pero sigo riendo compulsivamente.

—Tronco, ¿de qué te ríes?

—Billy, no me vaciles, ¿vale? —acierto a decirle.

—No estoy vacilando a nadie, pavo.

Echo la cabeza hacia atrás y me froto los ojos con el índice y el pulgar de mi mano derecha. Alargo un quejido. Si es cierto lo que está diciendo, iré a por la Beretta a la habitación y le meteré tres tiros en el entrecejo. Sin miramientos.

«No estoy de humor», le espeto con más hastío que mala hostia. Todavía creo que me está tomando el pelo.

—Que no, Jon, que te juro que la tengo en mi casa. Esta mañana la he seguido y cuando he visto que no había peligro le he dado en la cabeza y me la he llevado en el maletero.

Lo que más me jode de todo es que Billy piense que no me lo estoy creyendo como el que no se cree que le ha tocado la lotería, sino porque sería la peor decisión de la historia de la humanidad en los últimos tres mil años.

—Vente a casa, te lo enseñaré. Está mazo de rica la pava.

Le he dejado el ojo hecho un cuadro y le he saltado dos dientes de un puñetazo. Le he trabajado el hígado sin piedad, pero, qué menos.

¿Cómo coño se le ocurre secuestrar a la mujer de Augusto Babic?

De todas las decisiones de mierda que ha tomado en su vida, esta ha sido, con diferencia, la más jodida. Creo que los porros le están reblandeciendo el cerebro.

Ahora va recostado sobre el asiento del copiloto de su BMW, porque no puede conducir con ese ojo. Lo hago yo. No se atreve a abrir la boca, aunque de vez en cuando emite un quejido sordo. Se lo tiene merecido. Suerte que no le haya pegado dos tiros.

Todavía no sé cómo mantuve la calma, pero son muchos años en el ajo como para dejarme llevar por impulsos: de lo contrario, ya la

habría palmado hace tiempo.

Cuando me dijo que la tenía en casa, supe que debía enterarme primero de algunas cosas, no podía apalizarlo sin más. Si lo hubiera hecho al revés, acobardado, habría dudado, con miedo a más represalias. Así, lo cogí desprevenido, con la guardia baja y sabiendo que lo que me había dicho era, básicamente, la verdad.

Babic vive en La Moraleja, en uno de esos casoplones de aúpa, aunque desde la calle ni se intuya; he estado en su casa sólo una vez, y reconozco que me perdí cien veces por esas calles todas iguales.

Según Billy, había aparcado su coche en una bocacalle cercana, a eso de las ocho de la mañana, en una zona con más coches estacionados y en la que no levantaría sospechas. A eso de las nueve menos cuarto, un Mercedes todoterreno salió del garaje de la casa y Billy se determinó a seguirlo. Babic, generalmente, usa un Porche Panamera o un Maserati, o esos son los coches que le hemos visto en nuestras reuniones, así que era probable que fuera su mujer.

En el fondo, pienso, Billy tiene algo de cerebro.

El todoterreno no tenía escolta. Primero paró en un colegio cercano, para dejar a los críos, Billy ya sabía que era su presa.

Después se fue a un gimnasio exclusivo situado en los bajos de un edificio de una zona empresarial. Ahí la esperó durante más de una hora. Luego la siguió hasta la zona de la plaza de la Moraleja, aparcó en la calle de la Estafeta, bastante vacía un día de labor. Él aparcó justo detrás su Mercedes. Había quedado para tomar algo con unas amigas en uno de los muchos restaurantes que hay por esa zona. La esperó y, al volver, fue cuando le asestó un golpe seco con una porra de plástico en la cabeza y la metió en el maletero de su coche, inconsciente.

—¿Seguro que quedó inconsciente? —le pregunto. Es la primera vez que hablamos desde que le diera la somanta de hostias.

—Sí, pero la porra que tengo es especial para no hacer heridas —dice con dificultades y todavía muy dolorido—. Estaba todo calculado.

Ahora le interrogo sobre ella y me responde que está en el sótano, esposada al radiador. Me contengo para no soltarle otra hostia, aunque vaya conduciendo.

Se me enciende una puta luz en la cabeza, un clic de manual. Le pregunto que qué coche llevó y él me contesta lo evidente: el único que tiene, este BMW de puto macarra hortera. Me lo temía. Hay que dejarlo: no podemos ir con él. Vamos de mi casa a la casa de Billy en Algete, donde tiene a la mujer de Babic esposada a un jodido radiador en un sótano sin luz, seguro que cagada y meada, literal y metafóricamente. Yo vivo en La Latina. No hace falta entrar en Madrid para hacer ese trayecto. Cojo la primera salida una vez fuera del túnel de la M-30, la 19 de San Pol de Mar. Se nota que Billy no entiende qué hago, pero ni se le ocurre cuestionarlo.

Encuentro un sitio y me pongo a aparcar con cierta violencia —me da bastante igual destrozárselo si es necesario—. Le pido que saque el móvil, que busque uno de esos coches de alquiler inmediato; en los arrabales de la ciudad suele haberlos como cucarachas, por la gente que vive fuera y los compagina con el transporte público. Billy ni chista.

Pillamos uno a dos manzanas de donde hemos aparcado. Billy va con la gorra y gafas de sol, lo he obligado: paso de que unos munipas nos paren para ver qué demonios le ha pasado. Nos montamos después de pelear con la aplicación del coche y tiramos para Algete.

—Jon, no podemos salir de la M-30 con este coche, me cobrarán todo el tiempo que estemos fuera —protesta con precaución, casi suplicando.

No digo nada.

No conozco nada bien La Moraleja, sólo he estado un par de veces: una, la de la casa de Babic y, otra, dando un palo en un piso hace unos años (me sorprendió que allí no todo son chalés). De hecho, no sé si he estado en la plaza, pero intuyo que la zona está plagadita de cámaras: municipales, privadas, lo que sea.

Intuyo también que Babic no tendrá mucho problema en hacerse con las imágenes y, dado que el coche de su mujer está aparcado en la calle, no será muy difícil pensar que ahí podría haber sido

secuestrada, una vez se percaten de su falta. Así que verán el BMW de Billy y, con algo de suerte, hasta la matrícula, y, claro, el coche es legal cien por cien y está a su nombre… y Billy está domiciliado en el chalé de Algete, que heredó de su hermano Iván tras su muerte.

…

En fin, una cagada de campeonato. Para Babic no habrá dudas, ni se andará con remilgos: Billy es un apéndice de Jon, osease, de *moi*. No me preguntará, no investigará. Nos dará matarile a los dos tan pronto tenga las imágenes de las cámaras. En veinticuatro horas estaré criando malvas en La Sagra. Estoy tan jodido como el propio Billy, y ahora sí que tengo ganas de matarlo.

Así que tenemos que llevarnos a la mujer de Babic de allí a toda prisa. Pero, ¿a dónde?

Me centellea una idea como un rayo, pero no podemos cargárnosla. No, porque yo no soy de ese estilo, pero es, además, matarla no haría que se pierda nuestro rastro.

Tampoco soluciona nada devolverla a su coche. Babic seguiría buscando al que le hubiera hecho eso a su mujer.

Sólo nos queda desaparecer de la faz de la tierra.

Cogemos la carretera de Burgos para ir a Algete, y tengo una nueva idea. Nos pilla de camino, así que saldremos a La Moraleja a inspeccionar el terreno. Calculo que no han pasado ni seis horas desde que Billy secuestrara a la mujer de Babic.

No reconozco la zona, así que mis presunciones eran ciertas. Aparcamos el coche y un aviso le salta a Billy en la app: la tarifa sigue corriendo, porque estamos fuera de la zona establecida. Me mira con el ojo bueno, pero sabe que no hay nada que hacer.

Vibra mi móvil: lo saco del bolsillo para mirar quién es, con la certeza de que no lo voy a coger, pero cuando veo Xuan en la pantalla, dudo. Aunque enfadar al Chino me acojone, ahora ese es el menor de mis problemas. Ya habrá tiempo de devolverle la llamada.

Billy me lleva hasta el coche de la mujer de Babic. Lo veo claro, hay cámaras por doquier: un par de ellas, empalmadas en sendas

farolas, tienen tiro sobre el coche; el resto, no las veo, pero las intuyo: el lugar está infestado de restaurantes y cafeterías.

Una sensación de irrealidad me inunda. Ni siquiera hay desesperación o miedo por que todo esté perdido, aunque el miedo me llega por la irrealidad. Hace tiempo que no me da un ataque de ansiedad y este es de los jodidos.

Tengo que sentarme y hacer los ejercicios de respiración que me recomendó el psicólogo.

El chalé se lo compró Iván hace quince años, después de un golpe de puta madre que dimos en Alicante y que nos supuso buena pasta. Al morir, Billy fue su único heredero y se quedó con la casa, así como toda la pasta que guardaba bajo un colchón (nunca metió un duro en un banco).

Iván era todo lo contrario a Billy, su hermano pequeño, al que siempre protegió sobremanera, aunque este fuera (y todavía lo es) un descerebrado.

La vieja de Iván murió de un cáncer cuando él tenía unos quince tacos. Su padre se volvió a casar al poco y tuvo otro hijo, Billy. La diferencia de edad era considerable.

Iván ya era una verimportanperson del hampa del sur de Madrid cuando Billy entró en la pubertad. Lo sacó de cien millones de líos. Yo, que por aquel entonces era un pipiolo, empecé a trabajar para Iván. Como aprendo rápido y soy *avispao*, me hice fuerte entre los suyos y no tardé mucho en colocarme a su nivel, aunque tampoco es que hubiera muchas jerarquías. Además, nuestros compadres de entonces le daban duro a las drogas o trapicheaban con ellas, por lo que la mayoría acabó o en chirona o en una caja de pino. Esos días de palos de puta madre, conocí al problemático hermano pequeño de mi colega y nunca lo tragué.

Porque, como decía, Iván era todo lo contrario a Billy: silencioso, comedido, calculador y reflexivo, aunque a veces le pudiera un impulso violento muy chungo. Siempre fue un tipo de puta madre. La lealtad era su bandera, y, aunque su hermano fuera una pieza de museo, tenía debilidad por él. Lo cuidó, o más bien lo mimó, por encima de lo recomendable. Era como un hijo.

Así que le salió rana y yo me arrepiento cada dos por tres de haberle prometido, en su lecho de muerte —hoy hace ya siete años —, que me haría cargo de él.

Ahora estoy fumando un cigarrillo, apoyado sobre la barandilla del porche de la casa de Iván —para mí, siempre será la suya— y tomándome un Red Bull. Necesitaba algo de azúcar y esa mierda es lo único que tiene Billy en la nevera que no lleve alcohol. Aunque estoy francamente desorientado y no sé qué coño hacer, veo el futuro menos negro, porque, lo que ha pasado me ha sorprendido hasta a mí.

No tardé demasiado en recuperar la compostura en La Moraleja. No quedaban más cojones.

Nos subimos al coche y nos echamos a la A-1. Salimos de la autopista y cogimos la carretera que une Algete con Fuente el Saz, porque el chalé está a medio camino. No intercambiamos palabra alguna, ya que no necesitaba que Billy me diera indicaciones: he estado en esa casa muchas veces.

Sé que durante todo el camino me miraba reojo, con una mezcla de preocupación y sorpresa. Creo que, con toda la mierda de mi ataque en La Moraleja, ha sido la primera vez que me veía flaquear, un atisbo de debilidad. La preocupación no es por mi salud, sino porque entiende que algo va mal, aunque ya ni sé qué diantres se le pasa por la cabeza a este protozoo.

Al llegar a la finca, veo que tiene la cancela abierta y le pregunto. Nunca la cierra, me dice. Iván la echaba hasta para ir a comprar el pan. Son tan diferentes…

Aparco en frente del porche, y, de nuevo, mensaje en la app. Billy ya ni me miraba: se había resignado. Cojo aire antes de salir, porque no tengo ni puta idea de cómo voy a reaccionar.

Entramos en la casa y Billy busca otro pasamontañas —el suyo lo tiene en la sala de estar—.

El lugar huele a mierda. No sé si es de serie o porque la mujer de Babic se lo ha hecho encima. Prefiero ni pensarlo.

Me pongo el pasamontañas, me muevo mecánicamente, casi como un autómata. La irrealidad se vuelve a apoderar de mí. Son los dos minutos más largos de toda mi puta vida.

Billy abre la puerta y enciende la luz, bajamos las escaleras y ahí estaba ella, sentada en el suelo, sobre un charco de pis marrón… y levanta la cabeza.

—¿Has pensado ya algo? —interrumpe Billy mi repaso mental de lo sucedido.

—Tenemos que hablar con ella —le digo mientras doy un sorbo a este brebaje del demonio.

Porque no sabemos quién es. El gilipollas ha secuestrado a una pava que no es la mujer de Babic.

A ver, al principio, cuando vi que era morena, ni siquiera reaccioné: podía haberse teñido el pelo, yo qué sé, reconozco que ni lo pensé. Pero cuando vi que la tipa era japonesa me quedé con el culo torcido. Coño, que la mujer de Babic es de una puta aldea de Galicia.

La tía pedía clemencia, en un perfecto castellano, aunque con acento sudamericano. Yo me doy la vuelta y me subo a toda hostia, ordenándole a Billy que se viniera, cosa que hizo sin rechistar.

Arriba, ya sin que ella nos pudiera escuchar, me pregunta desconcertado.

Yo, todavía no sabía —no lo sé aún— qué ha pasado, pero lo intuyo: todas las dichosas calles de La Moraleja son iguales y las casas ni se ven. Billy creyó estar frente a la casa de Babic y en realidad se puso en frente de la de un pez gordo de la embajada del Japón —esto es una suposición— y secuestró a su mujer.

Sin decirle aún nada, su cara era un poema, empiezo a reír a carcajadas, saliendo a borbotones toda la adrenalina por mi boca.

Un haz de esperanza se abría de par en par en mi ansiedad: aunque la poli dé con Billy, no hay ni una sola prueba o pista que me incrimine: el coche es de él, en las grabaciones de las cámaras sólo se vea a una persona...

Es cierto que hay un pequeño contratiempo: la mujer ha visto ahora a dos, pero eso no es nada comparado con lo que había antes. Y si pillan a Billy, nunca dirá nada de mí, y eso es en lo único en que se parece a Iván.

Billy me miraba extrañado, pero sin preguntar qué me pasaba. En realidad, sopesaba si explicarle la movida o si decirle que se las apañara él solo.

Termino por ceder y decirle que esa no es la mujer de Babic.

—¿Habías visto a la mujer de Babic en tu vida? —le pregunto.

—No, ¿por qué? —me responde desorientado.

—Esa no es la mujer de Babic.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Porque es una puta japonesa, copón!

Le pido que me deje tiempo para pensar y que me dé algo de beber que no tenga alcohol. Me alcanza un Red Bull, que dudo si aceptarlo. Lo cojo y enciendo un cigarrillo. En realidad, empalmo uno tras otro hasta cuatro.

Y aquí estoy, con una llamada perdida del Chino —lo acabo de recordar y me digo que no debería tardar en devolvérsela, por mi bien—, pensando qué cojones hacer, aunque algo más tranquilo: todavía quedan unas horas hasta que se presente la pasma en la casa de Billy.

## IV

Las primeras luces del alba comienzan a dibujarse erráticas en el cielo estrellado de la sierra de Guadarrama, pero Bob está demasiado ensimismado como caer en la cuenta de la hora que es. De hecho, le importa una mierda la hora que sea y el día en el que vive.

Frena en seco en el arcén de una carretera comarcal en el medio de Unos treinta minutos antes se estaba levantando de la mesa de póker con la mirada tan perdida como el medio millón de euros que había despilfarrado en solo unas horas: seiscientos mil euros de los que no disponía.

Se despidió uno a uno de los cuatro Grosso que aún se mantenían en la partida, omitiendo la pregunta de si se encontraba bien para conducir. Salió del hotel, se montó en su coche y lo puso en marcha.

Todo aquello lo hizo como un autómata, de forma irreflexiva. Un velo grisáceo tupía sus pensamientos.

Condujo sin rumbo fijo el Mini descapotable de alquiler, siguiendo un impulso insondable y desesperado. Una sensación de irrealidad le invadía todo el cuerpo, quizá como una treta de su cerebro para no ahogarse en su propia inmundicia.

Fantaseó con morir en un accidente. Imaginó los periódicos, las primeras planas, las loas en las redes sociales. El presentador más querido de España, muerto en trágicas circunstancias.

Ahora, parado junto a unos pinos, por fin cobra el pulso de la realidad.

Está jodido.

Florin se había quedado con los 260 kas que le había ofrecido como oferta más alta Mihai, tras una negociación dura pero cordial. Si lo quería recuperar, debería pagarle 280.

Ahora da igual, ya nunca más volverá a conducir su preciado Ferrari 812. Pero ni siquiera perderlo para pagar su deuda es un consuelo, le faltan más de trecientos mil euros para saldar la que ha

adquirido con Los Grosso, es decir, con Florin. Lo han desplumado en poco más de siete horas de partida.

Había empezado la timba con buenas vibraciones y se había propuesto no beber demasiado. Durante tres horas, cumplió con su palabra de cerrar el pico y dejar el gaznate seco. Quizá por eso, jugó con temple. No sé dejó llevar por la ansiedad, sabedor de que la partida iba a ser larga. Mantuvo un *stack* por encima del *buy in*; o lo que es lo mismo, siempre tenía ganancias. Llegó a amasar el doble de lo que había ingresado, aunque fuera de palabra. Pero llegó el momento clave y la suerte no estuvo de su lado. Un *all in* antes del *flop* y a nada menos que a tres bandas. Estaba en primera posición tras la ciega grande, o *under the gun*, pero calzaba una pareja de Q. Además, aunque por poco, cubría a los otros dos. Ahorrémonos los detalles: el caso es que se quedó con un palmo de narices, porque, si bien había cazado un trío, la Q del *turn* (se las prometía muy felices) sirvió a uno de sus contrincantes para pillar una escalera en el *river*. Se quedó con lo puesto: menos de veinte mil euros. El tercero, abandonó la partida sin mucha pena.

Ahí comenzó su espiral de autodestrucción. Recompró cien mil euros más (todavía le quedaban sesenta mil) y se sirvió la primera de muchas copas. Se convirtió en un blanco fácil. Se acabó el Bob sosegado y paciente, y se puso *on tilt*, o lo que es lo mismo, regalaba el dinero como un pederasta reparte caramelos a la salida de un colegio.

En menos de dos horas había perdido los ciento ochenta mil que le quedaban y otros ciento veinte mil. Pidió doscientos más.

Alguno de Los Grosso mostró sus dudas, pero era Bob Martel y Florin respondía por él.

Estaba borracho y se puso someramente violento ante los titubeos de sus contrincantes. Uno le sugirió que se marchara, todavía era pronto y podía evitar una sangría mayor.

En otras dos horas, se demostró que el consejo que le había dado aquel tipo era bueno. Lo perdió todo y ya ni siquiera estaba demasiado borracho.

Sabía que no tenía sentido pedir más crédito, Los Grosso se habrían opuesto a que siguiera jugando. Tampoco se quería engañar,

nunca recuperaría lo perdido. Así que decidió irse, quizá la idea más sensata que había tenido durante las últimas cuatro horas… o tal vez, durante los últimos tiempos.

Enciende un cigarrillo. Ahora, tiene un problema serio con Florin Popescu, porque debe un dinero a Los Grosso que no tiene. Este tuvo la precaución de quedarse con el dinero del Ferrari, pero nunca debió imaginar que se gastaría más del que le diera Mihai por él.

Y Bob teme a Florin Popescu.

Lo teme por muchas razones, pero especialmente porque intuye que hay un Florin Popescu público y otro desconocido. Algo ha oído: rumores, habladurías, malas lenguas. Lo teme más que a Babic, porque, en el fondo, ni Babic tiene el poder de Florin, ni Florin tiene interés por el dinero de Bob.

¿Cómo reaccionará? No tiene ni idea. Pero supone que lo mínimo que podría hacer era acabar con su carrera, no sólo no renovándole el contrato, sino asegurándose de que nadie lo volviera a contratar en su vida. Podría hacer pública, a través de uno de sus programas del corazón, su adicción al juego y las drogas, su forma de vida, y así acabar con su reputación y fama. Lo había fallado, o más bien traicionado, y Florin Popescu no paga traidores.

Así que, ahí, perdido de la mano de Dios, bajo un cielo nacarado, se plantea las posibilidades que tiene por delante. Los Grosso dan un tiempo de cortesía de siete días para saldar las cuentas, pero ni siquiera eso es un consuelo: Florin se enterará de lo ocurrido en unas pocas horas.

Está en un callejón sin salida. Se da cuenta de que ve con cierta nitidez y observa a lo lejos un puente que salva el río. Tiene un impulso, pero lo desecha rápidamente: ni tiene la valentía suficiente, ni moriría; caería al agua y a saber qué agonía le esperaría.

Quizá pueda pedir más dinero a Babic, pero es consciente de que Florin sabe que no tiene un duro, por lo que le interrogaría acerca de su procedencia. Pero, qué coño, piensa, ese no es problema de Florin. ¿Habría saldado su deuda con Los Grosso sin empañar su nombre y reputación? Pues ya está.

Otra opción es pedírselo al propio Florin, ofrecerle unos intereses similares a los que le exigiría Babic, pero sabe que el rumano no pasaría por ahí. Es una alimaña de cuidado. Terminaría pagando la deuda, claro, porque no puede permitirse quedar mal con sus amiguitos, pero el precio que debería pagar Bob sería incierto y eso es lo que le zozobra.

Definitivamente, la única opción viable es verse con Babic. No le quedan más cojones.

Enciende el motor. Ni siquiera se promete no volver a jugar o ir a una clínica para tratar su ludopatía, su alcoholismo o su drogadicción. Sabe que sería un propósito vano que terminaría por incumplir, tarde o temprano.

# V

No sabe si la cosa ha ido mal o regular, pero está satisfecho.

Al final, todavía en el coche camino de Madrid, se decidió por confesarle todo a Popescu, y que lo haría lo más pronto posible, para evitar que se enterara por Los Grosso, pero se le hizo un poco bola.

Hay siete días naturales para hacer efectivo el pago de la deuda, por lo que Florin tendría hasta el sábado siguiente para cubrirlo.

La noche del domingo al lunes se la pasó en vela, trazando la estrategia de su discurso. Por eso, al amanecer, estaba hecho un auténtico asco y sin fuerzas. Así que decidió dejarlo para el martes. Confiaba en la consabida discreción de Los Grosso para que Florin no se enterara. Tenía entendido que entre ellos no comentaban nada y sólo volvían a hablar para proceder a los pagos.

Pero ese mismo lunes por la tarde recibió una llamada: era Popescu.

No se lo cogió, pero tenía claro que debía plantarse al día siguiente en su despacho. Para que no le sucediera lo mismo que la noche anterior, se calzó a eso de las ocho de la tarde un coctel de barbitúricos capaz de tumbar a un caballo.

En la mañana del martes, entre amodorrado y acojonado, se presentó en la cadena. Subió a la planta noble y pidió a Carmen, la secretaria del presidente (y con la que tiene muy buen trato), que necesitaba verlo con urgencia. Bob Martel es de las pocas personas en todo el mundo que puede ver a Florin Popescu sin haber solicitado audiencia con mucha antelación.

Popescu lo recibió con preocupación, pero no lo interpeló por nada, simplemente le preguntó qué sucedía.

Cuando Bob le reveló que había perdido trescientos mil euros, además del préstamo del coche, Florin explotó al momento. Los gritos debieron escucharse hasta en los platós insonorizados de la menos uno.

Después de un rato en el que no hizo más que proferirle insultos, Florin terminó por volver a su lacónica y serena actitud. La había cagado, de hecho, lo había fallado (una vez más), pero sería la definitiva. Le daba, por ser quién era, un voto de confianza final: una última oportunidad.

Tenía, desde entonces, un mes para devolverle los trescientos mil euros con los que él respondería esa misma semana ante Los Grosso. No iba a pedirle intereses —se la sudaba el dinero—, pero sí iba a embargarle los pagos que le correspondieran por cada directo, por lo que no podría utilizarlos para saldar su deuda. Una vez repuestos, la cadena procedería al pago de cada programa atrasado.

Qué pasaba en el (más que probable —esto no lo dijo, pero lo pensó—) caso de que no pudiera juntar tanto dinero, le preguntó, apuntillando que lo dejaba sin fuente de ingresos alguna. La respuesta de Florin fue tajante: se acabó la carrera televisiva de Bob Martel.

Un mes, le dijo una voz marcial al tiempo que cruzaba el umbral la puerta del despacho de Florin Popescu.

Ahora, Bob está bajando por el ascensor al parking VIP en el que dispone de una plaza destacada y en la que ha tenido que aparcar un Renault Twingo de alquiler. Se pone de cara a la puerta, porque no soportaría mirarse en el espejo, y eso que es un ser patológicamente narcisista. El ascensor para en la planta tres y sube la nueva estrella de las mañanas, una joven periodista a la que ha tratado sin éxito de tirarle los tejos. Ella saluda con evidente fastidio, esperando una nueva embestida sátira, pero Bob ni responde, para su sorpresa. Sin darse cuenta, ensimismado, enciende un cigarrillo. La presentadora parece preferir no llamarle la atención para que él siga sin reparar en ella.

Al acceder al parking se percata de algo en lo que no se fijó al llegar, ya que estaba demasiado cagado por cómo reaccionaría su jefe. En la plaza presidencial hay un Ferrari 812.

Popescu no sólo lo sabía todo —o, por lo menos, que había perdido el préstamo del coche—, sino que le había comprado a Mihai

su Ferrari, el Ferrari que él mismo le había regalado.

El muy sibilino ya sabía de su deuda con Los Grosso y por eso lo llamó anoche. Tenía todo calculado, su reacción y el trato que le ofrecería. Popescu va a disfrutar de este mes, no le cabe duda de que es un sádico. No tiene ni fuerzas para enfadarse.

Bueno, tiene un mes. La cosa no está tan fea y es Bob Martel. Pisa a fondo el acelerador del Twingo en esa carretera de las afueras de Madrid en la que está la cadena, y recuerda las limitaciones de potencia del utilitario medio. Todos los coches que circulan por ahí son todoterrenos Volvo o Mercedes de alta gama conducidos por trabajadores ejecutivos, rentistas y amas de casa que se desplazan a media mañana de su casa a la oficina o del campo de golf a un restaurante o de la oficina al gimnasio o de casa a la compra, y, por primera vez en muchos años, se siente inferior a todos esos hombres y mujeres de clase media acomodada, a pesar de que gana mucho más que ellos.

Cómo va a conseguir trescientos mil euros, se pregunta. Además de los seiscientos que le debe a Babic, porque, si bien el Croata no se los exige de inmediato, el contador de intereses sigue en marcha.

Aunque su primer y evidente impulso es el de acudir a Babic, una frase le martillea el cerebro: «si te gustan las emociones fuertes, quizá tenga algo que pueda interesarte».

Eso lo transporta de nuevo a casa del prestamista rumano amigo de Popescu que le hipotecó el Ferrari. En aquel momento, y siendo conseguir el mejor trato posible lo único que quería, sintió cierta curiosidad por lo que Mihai insinuaba.

No hace falta gastar mucho dinero, le dijo, y podía llevarse un buen pellizco, si sabía jugar tus cartas. «Un tipo como tú, seguro que tiene fuentes de puta madre». Pero Bob no quiso saber más (suficientes líos tenía ya y en su cabeza sólo revoloteaba la partida de póker con Los Grosso). Ya, si eso, le preguntaría en otra ocasión por esas emociones fuertes, se excusó.

Ahora tiene que reaccionar, moverse rápido. Tiene un mes, poco tiempo para el común de los mortales, pero él es Bob Martel.

De primeras, puede llamar a Mihai o a Babic. Lo de Mihai tiene pinta de ser un nuevo callejón oscuro por el que quizá no quiera transitar.

Así que no le queda otra que la desesperada.

Marca el número de Babic. No tiene vinculado el teléfono al coche —le da pereza—, por lo que debe ponerlo en manos libres sobre el salpicadero, un poco a la virulé. Dos tonos y descuelga el Croata.

—¿Qué pasó, *star*? —le responde una voz con un ligero acento argentino, porque, aunque lo llamen el Croata, en realidad es de Rosario.

—Augusto, necesito más pasta.

—Vaya, Bob, ¿De cuánta guita estamos hablando?

—Tres… —dijo en la jerga habitual.

—Perdona, pero no escuché lo que dijiste, te oigo lejos.

—Trescientos mil —bramó sin saber si acaso Babic lo había escuchado perfectamente y sólo estaba disfrutando de la situación.

—Tres son las grandes ligas. ¿Para cuándo la necesitás?

—Me vale tenerlos en veinte días, por ejemplo.

—Boby, me pides mucha plata y no me das demasiado tiempo. Vos sabés que siempre estoy para echarte un cable, pero ando un poco escaso de *cash*, además todavía me debés de otros préstamos…

—Me va a entrar mucho dinero en breve, sólo necesito solventar un par de problemas eventuales.

—Lo siento, Bob. Puedo conseguirte el dinero, pero tengo que ponerte el interés del chavo. Dadas las circunstancias, es lo mejor que puedo ofrecerte.

Augusto Babic no tiene problemas de hablar de préstamos por teléfono, porque, en realidad, no es nada ilegal. Lo que no hace es explicar las condiciones con pelos y señales, porque ahí sí que comete un delito de usura. Así que tiene nombres para el tipo de interés, y el del chavo es el más leonino de todos. Bob se los sabe de memoria, y que se queda helado cuando lo escucha. Es un interés del 100% del préstamo a las cantidades satisfechas durante los primeros tres meses, del 150% del tercero al sexto y un 200% en adelante.

Rechaza educadamente el ofrecimiento de Babic y se dispone a colgar y coger el teléfono para marcar el número de Mihai, con la mala suerte de que cae del salpicadero a la zona de los pies, donde los pedales. Bob maldice su suerte, trata de cogerlo, sin darse cuenta de que está en medio de una intersección y no ve venir a un A8 negro, que, para evitarlo, termina estampado contra la mediana.

—¡Mierda! —grita a nadie y golpea el volante.

Él ha tenido suerte, se ha salvado por milímetros de ser embestido por un tanque de más de dos mil kilos. Reacciona y estaciona en el arcén. Baja del Twingo y ve que el A8 se ha empotrado literalmente contra el muro. El motor desprende mucho humo. No hay más coches ahora mismo, pero será cuestión de segundos que aquello se convierta en un circo.

Corre al coche accidentado y abre la puerta. El conductor está aturdido a causa del airbag, pero parece estar ileso.

—¿Estás bien?

No responde.

Mira en el resto del coche y no puede creerse lo que ven sus ojos. Laura Burgos, la puta Laura Burgos, está en el asiento trasero y se queja en un lamento casi inaudible. Las cosas ya no pueden ir a peor.

## VI

Haré el encargo del Chino yo solo.

Voy a dejar fuera de la circulación a Billy durante un tiempo. Tenemos que saber quién coño es la tipa que ha secuestrado y trazar un plan. No quiero que me vuelva a ver, por lo que he desistido de interrogarla personalmente.

Así que, efectivamente, lo primero que hice fue lo más importante, aunque me repateara las entrañas: llamar al Chino, para saber qué quería de mí.

En el mismo porche de la casa de Iván, lo llamo y me dice que nos necesita para un trabajito como el de la última vez. Somos sus transportistas oficiales para esto. No está mal, pienso, fue sencillo y una buena pasta. Pero sigue escamándome la cosa: es demasiado dinero para sólo hacer una entrega. ¿Qué hay en esos maletines?

Me cita en el polígono, a las dos de la madrugada. Tengo unas horas para pasar por casa, darme una ducha, picar algo y pensar con calma.

A Billy le digo que se quede en la suya y que dé algo de comer a la mujer. Hay ciertos riesgos de que la poli dé con él, pero es poco probable: no ha pasado mucho tiempo, no el suficiente para una investigación policial, por lo menos para la desaparición de una persona normal, pero es que no sabemos si esta es una persona normal. Pero que se joda Billy; si lo pillan, que lo empapelen. Se lo merece.

A veces me sucede que, cuando tengo que actuar, me vence una especie de inmovilismo angustiante. En vez de pensar, hacer o lo que sea, me quedo parado, como un ciervo en medio de la carretera, deslumbrado por unos faros acechantes. Confío en que algo me haga clic y dar con la clave, una solución magnífica. Casi siempre ha surtido efecto, pero nunca es tarde para ser la primera vez.

He dedicado las horas que tenía hasta ponerme en marcha a vaguear. Primero, he retomado el Ser y Tiempo de Heidegger, pero era incapaz de concentrarme. Así que me he puesto un documental de Jane Goodall y lo he gozado. Ni la metafísica ni los gorilas me han encendido la luz. La cena 'latina' —unas latas de conservas de calamares en salsa americana— tampoco me ha brindado una solución.

En el coche he ido en silencio hasta el polígono. He aparcado en el mismo sitio que la vez anterior y he ido a ver al Chino. No me ha hecho esperar tanto y ni me ha preguntado por Billy. Tenía una excusa, incluso le diría que lo recogería de camino al aeropuerto, si es que necesitaba a dos personas, pero al Chino no le importan esas minucias y tampoco es de los de preguntar para aparentar.

Misma pasta y mismo modus operandi. Tres al inicio y tres tras la entrega. Así que voy al hotel del aeropuerto y coloco el maletín (esta vez es sólo uno) y me piro de la habitación. Es el trabajo más fácil de mi puta vida. Algo no me cuadra.

Entonces sucede algo. En el pasillo, al ir al ascensor, me cruzo con el tipo famoso ese de la tele, que sale de él. No soy muy bueno para los temas del famoseo, pero es él, fijo. Va tan nervioso como un chaval que quiere comprar una tableta de jachis. Se le nota a la legua.

Reduzco el paso y al cruzarnos, ni me mira. Espero en la puerta del ascensor, como si estuviera aguardando por él, pero en realidad no he pulsado el botón. Estoy esperando a ver en qué habitación se mete. Efectivamente, el maletín es para él.

Miro el reloj y veo que no me he retrasado, por lo que, probablemente, él se haya adelantado. Lo normal, aunque no hay normas específicas al respecto, es que no nos hubiéramos cruzado.

No suelo ser tan impulsivo y después pensé que me podría haber supuesto un problema gordo con el Chino, pero necesitaba saber qué coño había en ese maletín. Así que se me ocurre una idea.

Vuelvo sobre mis pasos y llamo a la puerta y me abre el pollo blanco como la nieve.

—No me hagas nada, por favor —me suplica.

—Es usted el de la tele, ¿no? —le digo, aunque su pavor casi me hace cambiar de plan.

—Ah, sí, ¿quieres una foto, un autógrafo? —me responde algo más aliviado, aunque todavía desconfía.

—Dime una cosa, ¿conoces al Chino?

Lo descoloco. Vuelve a tener miedo, pero trato de tranquilizarlo. Su respuesta parece sincera: no tiene ni puta idea de quién es el Chino, así que no temo demasiado su reprimenda. Pero no se queda ahí, me cuenta su vida en verso: que el dinero lo ha ganado en una apuesta y que lo necesita para no sé qué hostias.

Así que en el maletín hay dinero. ¿Era eso? ¿Sólo dinero? Ahora sí que no entiendo nada.

—Tranqui, no te voy a hacer nada, ni me voy a llevar tu pasta. Yo sólo soy un currelas, el que lleva el maletín de un lado a otro, era sólo curiosidad; saber por qué me estoy jugando el culo.

Encaro el pasillo para irme, pero me doy media vuelta. Esto no ha sucedido, le digo. En realidad, estoy seguro de que no dirá nada a nadie, ni siquiera se acordará de mi cara en una hora en su casa, una vez la adrenalina haya bajado. Pero quiero acojonarlo.

—¿Y ya está? —me pregunta.

—¿Qué quieres decir?

—Que sólo querías saber eso, ¿sin más?

—Bueno, si me quieres contar de dónde cojones sale la pasta, no te voy a decir que no.

—No me vendría mal un trago, si me acompañas en el bar del hotel, te lo cuento.

## VII

No sabe por qué coño ha invitado a ese matón de pacotilla a tomar algo en el bar del hotel, pero necesita hablar con alguien, aunque sea un desconocido. Quizá haya sido por el subidón de haber ganado toda esa pasta de una forma tan sencilla.

También puede ser porque le ha parecido un hombre atractivo; si bien se reprocha pensar en follar incluso jugándose la vida. Ha sido un impulso del que ya se está arrepintiendo, aunque piensa que se ha juntado con gente peor. No parece que tenga malas intenciones, pero tampoco tiene sentido tentar a la suerte.

Le ha indicado que le espere en el bar, que necesita ir al baño. Bob Martel no va de cualquier manera a una cita en la que haya la más mínima opción de echar un polvo. Así que se da una ducha y se mete un par de rayas rodeado de vaho. Se viste de nuevo y se perfuma con un poco de colonia que hay entre los enseres de belleza de cortesía del hotel. Es un bote minúsculo de Álvarez Gómez y, de repente, se ve transportado a su más tierna infancia en Ciudad Real.

Baja con el maletín —piensa irse a su hotel en cuanto acabe, sea solo o acompañado—y encuentra a su hombre sentado sobre un sofá del bar. Sólo hay una mesa ocupada más, en la otra punta del salón, por dos hombres asiáticos que no hablan, pero que se acompañan de una botella de Johnnie Walker Blue Label.

Se acerca a él no sin cierto recelo, todavía sin saber muy bien si es una leona al acecho o una gacela a punto de ser cazada.

—Bueno, me llamo Bob Martel, aunque entiendo que ya sabes quién soy —le dice.

—En realidad, no me acordaba de tu nombre, sólo sé que eres famoso. Yo me llamó Jon.

—¿Jon? —responde con dificultades, sin estar seguro de si se trata del nombre en inglés.

—Es vasco. Mis padres vinieron a Madrid desde Éibar antes de nacer yo.

El camarero los interrumpe para pedirle la comanda a Bob. Mira la bebida de Jon e intuye que es whisky, muy cargado.

—Lo mismo que él.

—¿Otro ginger ale? —lo interroga extrañado el camarero, como si le sonara a risa que dos hombres tomaran ese tipo de bebida un martes a las tres y media de la mañana.

Bob duda, porque no quiere esa bebida asquerosa, pero tampoco quiere ofender al hombre que lo ha matado de un susto sólo media hora antes. El vasco madrileño se excusa diciendo que no bebe alcohol y Bob termina por excusarse también, porque él lo que necesita en ese momento es precisamente alcohol.

Pide un Blue Label.

—¿Por qué me preguntaste si conocía al Chino? —lo interroga.

—Porque yo trabajo para el Chino y no quería que te quejaras. Entiende que la discreción tiene que ser parte de mi trabajo.

Bob se da cuenta de que su interlocutor está incómodo, y su forma de sentarse lo delata. Está a la defensiva. Ha aceptado la invitación a tomar algo por curiosidad, pero nota que ahora mismo no sabe cómo actuar. Además, está seguro de que Jon es gay. Tiene la ventaja, en todos los sentidos.

—¿Todo esto lo organiza el tal Chino? —pregunta sin saber si es un nombre, un apodo o una nacionalidad.

—No sé qué es todo esto. Por lo visto, yo sólo llevo maletines cargados de pasta a famosos de la tele.

No sabe qué puede sacar de este hombre. Quizá sea un polvo o quizá sea una posible amistad con alguien del hampa madrileño —algo que nunca está de más, especialmente en sus circunstancias—. Tal vez, enterarse dónde se está metiendo por culpa de Mihai, el prestamista rumano amigo de Florin Popescu.

Decide ser brutalmente honesto, aunque utiliza un tono afectado.

—Hace tres días, un tipo llamado Mihai, ¿lo conoces? —Jon niega con la cabeza sin interrumpirlo—. Bueno, un prestamista rumano de tres al cuarto; la verdad, no sé si peligroso o no... El caso es que me

explica que hay un juego, la Mors lo llamó, que está muy de moda entre ciertas personas de importancia.

—¿Famosos? —ahora sí lo interrumpe.

—Famosos, políticos, ricos en general... no especifico más. Sólo sé que la única forma de participar es a través de una invitación y que él disponía de una. Me dijo que él no lo organiza, pero que sí se encarga de hacer las apuestas.

—¿Las apuestas?

—Sí, el juego consiste en apostar por un famoso que creas que vaya a morir pronto.

—¿Cómo? —los ojos de Jon reforzaban la pregunta con el entrecejo arrugado.

—A ver, había muchos detalles, pero te harás una idea. Tú entras en una apuesta, que, al parecer, está abierta hasta que alguien gane. Te dicen en ese momento cuántas apuestas hay y a cuánto se paga el famoso por el que apuestas. Si entras, las cuotas a los otros apostantes se actualizan al alza, por lo que a todos les interesa que entre más gente. La partida se acaba cuando uno de los apostantes acierta… es decir, cuando uno de los famosos apostados la palma.

—Pero eso es muy chungo, quiero decir, puedes encargarte de tu famoso para ganar.

—Bueno, esa es una de las reglas: las muertes tienen que ser naturales o accidentales, no puede mediar violencia... o entiendo que no de forma evidente. Si se demuestra que una muerte es a consecuencia de un asesinato, se cancela el juego y se devuelven las apuestas. No quieren que se desboque y que se les joda el tinglado.

—¿Y hay cuotas?

—Sí, o sea, no es lo mismo apostar por que se muera el rey a que lo hagas por un viejo que está en el hospital. Al parecer, me dijo el rumano, esta gente juega por una mezcla de morbo y de competición, no necesitan la pasta. Si apuestas por dinero fácil, por un viejo, es probable que ni te dejen entrar. Por lo visto, una apuesta puede estar abierta durante meses.

—Y tú apostaste…

—Bueno, pregunté por un famoso no muy viejo que sabía que no estaba muy bien de salud y aprobaron mi apuesta.

—¿Y te tocó?

—A las veinticuatro horas, murió —respondió con una mezcla de satisfacción y resignación.

—Vaya, eso es llegar y besar el santo.

—Sí, pero no tengo claro mucho más. Mihai me dijo que nadie sabe quién participa en cada apuesta, pero tampoco me puedo fiar mucho de él. Por eso estaba acojonado antes. Andaba seguro de que me iban a dar el palo.

—Puede ser que el Chino sea el organizador de este juego, no lo sé… —dice pensativo Jon— Desde luego, es el pagador.

—Pues ya lo sabes todo… ¿puedo pedirme otra? —señala el vaso vacío.

—Claro, pero quiero echar un cigarrillo.

—Te acompaño.

De camino le pide al camarero que le rellene el vaso. Se siente extrañamente ufano. Por fin tiene un poco de suerte y ahora mismo dispone de casi la mitad de su deuda con Florin, aunque todavía no se ha planteado qué hacer: si saldarla (y seguir buscando) o utilizarla para conseguir el resto.

Su subconsciente le pide que amarre lo que tiene: irle a Popescu con ciento cincuenta mil euros, aunque sólo sea la mitad de su deuda, puede servirle para redimirse algo. Incluso puede que le permita terminar de pagar la deuda con sus programas. Una señal de buena fe.

Pero es algo que decidirá más adelante. Ahora quiere seguir tonteando con el matón, ver hasta dónde puede llegar.

Pasan el rato del cigarrillo en silencio absoluto, porque ni siquiera los aviones vuelan. Son cerca de las cinco de la mañana y el aeropuerto, el servicio más madrugador de la ciudad, aún no ha iniciado su actividad.

Apagados los cigarrillos, entran de nuevo al hotel, pero Jon duda.

—Oye, creo que lo mejor es que me vaya. Mañana tengo muchas cosas que hacer y me gustaría echarme un rato.

—Oh, claro —responde Bob, sin saber si puede forzar un poco más —. Sólo necesitaba echar un último trago acompañado, puedo invitarte a mi hotel...

—Ah, vaya… la verdad es que me siento muy halagado, pero no estoy interesado —le responde Jon muy incómodo.

—Venga, Jon, ¿no quieres darle un poco de diversión al cuerpo?

No le da la impresión de que su propuesta zalamera surta efecto. Jon no muestra el más mínimo interés y parece no importarle dejarlo con una copa entera sobre la mesa, menos después de la proposición. En definitiva, no es más que un maleante que no debe nada a Bob y que ya sabe todo lo que necesita saber.

—Una cosa —le dice antes de marcharse—, ¿por quién apostaste?

—Por Laura Burgos. No es muy mayor, pero justo había tenido un infarto que no trascendió a la prensa. Yo sí que lo sabía, por casualidades de la vida, y me ofrecieron un diez a uno.

—¿Y cuánto apostaste?

—Quince.

—Un buen pellizco, sí señor.

—Así es. Oye, por qué no me das tu teléfono, por si algún día necesito algo de ti, igual podemos hacer negocios juntos...

Jon duda, pero termina por ceder:

—Si me necesitas, pregunta por Junior en La Posada del Truhan de La Latina. Él te pondrá en contacto conmigo.

—Bueno, supongo que sólo queda decirse adiós.

Y Jon se va sin darse la vuelta ni decir nada, por lo menos, que Bob sea capaz de escuchar, aunque intuye que farfulla algo entre dientes. Lo mira alejarse mientras enciende otro cigarrillo.

# II
# La hija de Kanashiro

# I

—Pues esto es lo que hay: el tipo se llama Eduardo Labat Sebastián y tiene cuarenta y dos años. Su entorno me confirma que es de una familia de clase alta de Santander venida a menos. A muy menos. Al parecer, su padre fue un auténtico derrochador profesional: enganchando al juego, la coca y la bebida, murió hace veinte años sumiendo a la familia en la mayor de las ruinas. Él era hijo de un juez del Opus muy facha. Vamos, que durante el franquismo tenía un buen puesto. Tecnócrata o algo así me han dicho que llamaban a los que se metieron en el Gobierno en los sesenta. Por su parte, la madre de Eduardo era de una familia bien de Cáceres, pero que fue a Santander a estudiar no sé qué. Se casaron, tuvieron ocho hijos y el marido se debocó como un potro salvaje. Era asiduo del Casino del Sardinero hasta que le prohibieron la entrada. Encontró donde jugar ilegalmente. Deudas y más deudas, hasta que se pulió toda su herencia. Rehipotecó su patrimonio varias veces… La lio bien gorda. En Santander todos sabían de su vida, pero su mujer no parecía hartarse. Es lo que tiene el Opus. Cuando Eduardo tiene diez años, se vienen a Madrid sin un duro, dejando atrás Santander y mil habladurías. Empiezan una nueva vida con la ayuda de la familia de ella. Malviven, aunque llevan a sus hijos a colegios de puta madre.

—Déjame adivinar, ¿del Opus?

—Yep. Bueno, el caso es que, cuando Eduardo está acabando el colegio, el viejo la diña de una cirrosis de tanto darle al frasco. Entonces, la familia de él también ayuda a la madre para que puedan tirar adelante.

—Muerto el perro…

—Más o menos. La historia es que el chaval es un tipo brillante en los estudios y es un guaperas de manual, pero vive avergonzado por su estatus financiero. Se siente apartado por no poder hacer todas las cosas que sus compañeros de curso hacen, así que se busca las castañas por su cuenta. Hace trabajitos de camarero de catering, da

clases de inglés y matemáticas, de tenis, cosillas para sacarse pasta y vivir a todo tren; porque, aunque lo suyo le cueste, gana más pasta que lo que sus colegas obtienen de las generosas pagas de sus padres.

—Un superviviente. Lo contrario a su viejo.

—Sí, podría decirse. Luego estudia E3 es ICADE.

—Espera, espera, háblame en cristiano.

—E3 es el doble grado en Administración y Dirección de Empresas y Derecho de la Universidad de Comillas.

—ICADE es muy pijo.

—Correcto.

—Un rejón.

—Correcto.

—¿Cómo lo paga?

—No lo tengo claro, pero parece que se lo sufraga un hermano de su padre que es su padrino.

—Buen padrino, sí señor.

—Saca todo con matrículas a la vez que curra en sus cosas. A mitad de la carrera, entra en una multinacional como becario.

—Joder con el Labat…

—Desde fuera, la historia de un niño bien que ha tenido el viento de cara. Desde dentro, no es oro todo lo que reluce, el tío se lo curró de la hostia y supo camelar a quien debía.

—¿Cómo acaba siendo investigado por la Interpol?

—Espera que te cuente. Durante la carrera, se ennovia de una cría súper pija, hija de un mandamás del Santander. Su viejo no parece aprobar la relación, porque conoce de sobra las andanzas de Labat padre, y le da por culo que vinculen a su familia con la del chico. Pero la niña está súper encoñada, así que no se le ocurre mejor idea que pagarle al futuro yerno un máster en Wharton, una escuela de negocios de la hostia en Filadelfia, con todos los gastos pagados.

—Que costará un pastón.

—En tu vida vas a ganar dinero para pagar un solo año.

—No lo entiendo…

—Es sencillo: manda al chaval a Filadelfia para quitárselo de encima. Sabe que allí se enchochará con alguna o, en el mejor de los casos, a su hija se le pasará el encoñe. El viejo de la chica no es tonto y pasa, exactamente, eso. Y aquí es donde entra en acción la hija del Japonés. María Kanashiro está en Estados Unidos de viaje con unas amigas, en una especie de viaje de final de colegio o preuniversitario, como quieras. Tiene dieciocho años; Labat, veinticinco. Él está a punto de acabar su estancia en Wharton y el futuro suegro está desesperado, porque la relación con su hija no parece haberse resentido. El caso es que se va un fin de semana de juerga a Nueva York y coincide en una fiesta con esta niñita rebién peruana y medio japonesa y se enamoran al instante.

—Un flechazo.

—Sí, sí. Parece que esa misma noche se la trajina en el hotel de la niña. Según me cuentan gente de su círculo, el Labat nunca quiso a la española, simplemente le gustaba la pasta de su viejo. Y, si lo que le decía la peruana era cierto, el padre de esta podía contratar al viejo de su novia como mayordomo.

—Un interesado.

—De lo único que está enamorado Labat es de la pasta…. Bueno, y de sí mismo.

—¿Así que empieza a salir con la hija de Kanashiro y rompe con la pija?

—No exactamente. Todavía se lo trabaja un poco. Necesita comprobar ciertas cosas antes de lanzarse. Además, aunque no tenga muchos escrúpulos, se siente en deuda con el padre de su novia, y eso que lo que quería este no era otra cosa que la que había pasado.

—¿Entonces?

—Vuelve a España, comprueba datos. Se da cuenta de que el Kanashiro es un pez gordo, un auténtico tiburón: sus empresas facturan cientos o miles de millones de euros al año en todo el mundo. Así que busca una estrategia para librarse de la española de una forma sutil. Él es un bienqueda y no quiere que su reputación salga dañada. Le da miedo que hablen de él, sabe lo que es eso, porque vio lo que sucedió con su padre. Según me dicen, pasa de

ella para que sea ella quien lo deje. La cría no entiende nada. Se han tirado dos años separados y, cuando todo apuntaba a una boda por todo lo alto, su amadísimo novio la empieza a tratar como a una leprosa. Pero el plan de Labat no surte el efecto deseado y ella cree que es capaz de enderezar la situación. A todo esto, el Labat ficha por un fondo de inversión y comienza a ganar una pasta gansa. En paralelo, la peruana y él se hablan por chats de internet. Están todo el día pegados al ordenador. Se prometen viajes en breve y un futuro juntos. Por supuesto, la peruana no tiene ni puta idea de que Labat tiene una casi prometida en España.

—Esto se pone interesante.

—Claro… pero es que Labat tampoco sabe que el padre de María, Miguel Kanashiro, conocido en Perú como el Japonés, es uno de los capos del crimen organizado más importantes de todo Latinoamérica. Se piensa que es un reputado empresario. Se está metiendo en la boca del lobo.

—Ya…

—Bueno, abreviando: por hache o por be, termina dejando a la española y pagándole al viejo gran parte de su máster en Wharton, a modo de disculpa o expiación. El otro, ni corto ni perezoso, y a pesar de que era lo que quería, le acepta el pago.

—Vaya hijoputa… La que se lleva la peor parte es la pobre chica.

—Sí, pero bueno, a los dos años se casó con un conde o algo así, parece que tampoco le duró mucho la pena…

«Con un conde». Es inevitable que esas palabras no le transporten a otra vida, a su paso por el Centro Nacional de Inteligencia, donde conoció a alguien que lo llamaban con ese nombre. Hace mucho que Domingo Fanjul no sabe nada de él.

—En fin, que Labat ya tiene vía libre con la hija de Kanashiro —prosigue la subinspectora Carlota Franco—. Formalizan la relación y viaja a Perú a conocer al viejo de la chica. A los tres años, cuando ella ha acabado su carrera, se casan y él se instala en Lima. Ahí es cuando perdemos gran parte de la pista, o por lo menos de la información que manejan mis fuentes, y lo único que tenemos es lo que nos pasa la Interpol. No sabemos nada del proceso de transformación de Labat en la mano derecha del Japonés. Está claro

que termina por descubrir a qué se dedica su suegro y no parece que le importe mucho. Según nos dicen desde Lyon, es su hombre fuerte y el que le lleva las finanzas y negocios legales. Hace un par de años, la familia Labat Kanashiro, que tienen tres hijos, fija su residencia en Madrid.

—Y la Interpol tiene a medio mundo vigilándolo, ¿no?

—Más o menos… A ver, él no tiene ningún caso abierto con la justicia y no tiene apenas rastro en Internet, es muy difícil encontrar nada sobre él. Nunca ha estado en el foco. Es bastante listo. Aquí, parece que se dedica a manejar el conglomerado empresarial del Japonés. Es el CEO para Europa de la compañía. Son todo empresas limpias.

—Entiendo.

—En el tiempo que lleva aquí, se ha relacionado muy bien con la jet española. Es el chico nuevo en clase: es joven, guapo y rico, y todos quieren ser sus amigos. Ha financiado y supervisado varios proyectos de hijos de papá con mucha ambición, pero nulo criterio empresarial. Les ha dado viabilidad y rentabilidad. Es como un mecenas de caprichitos para niños ricos. Se ha ganado de calle a la alta sociedad madrileña.

—Lo que siempre quiso.

—Eso es.

—Muy bien, Franco, buen trabajo —reconoce Fanjul—. La cuestión es: si está tan limpio como parece ¿por qué no ha denunciado la desaparición de su mujer?

—Veamos qué nos dicen los de la Interpol…

El Caso Sushi está oficialmente abierto desde hace un par de días, cuando la Interpol comunicó a la Policía Nacional que la mujer de Eduardo Labat había desaparecido, presuntamente secuestrada. El problema es que no media denuncia alguna por parte de la familia, por lo que, de facto, la Policía no puede hacer nada, ni abrir una investigación, no por ahora.

Domingo Fanjul, inspector de la Brigada Central del Crimen Organizado, que depende de la Unidad de Drogas y Crimen

Organizado (UDYCO) de la Comisaría General de Policía Judicial de la Policía Nacional, se encarga de dar soporte a la Interpol, de momento, con el apoyo de la subinspectora Carlota Franco, aunque no se descarta que se impliquen más efectivos, si es que fuera necesario. Esa es la orden del inspector jefe, que le solicitó que se le fuera informando puntualmente.

Han sido cuarenta y ocho horas en las que apenas ha tenido tiempo de ponerse con ello. Fanjul tiene otras prioridades, y esto es un marrón que llega desde arriba. Además es un diésel, necesita tiempo para alcanzar la velocidad de crucero. Podría decirse que es un poco perezoso o que le cuesta entrar en los casos. Quizá sea que, hasta lo que le acaba de contar Carlota Franco, la información que maneja es escasa y sucinta: la hija de un supuesto jefe de una organización criminal que opera internacionalmente desde Perú, Miguel Kanashiro (conocido como el Japonés), ha desaparecido en Madrid hace tres días. Su marido, el español Eduardo Labat, CEO del conglomerado de Kanashiro en Europa, no lo ha denunciado a la Policía.

Son muchas las preguntas y pocas las respuestas, pero Fanjul ya tiene el culo pelado como para saber (o por lo menos intuir) que no va a ayudar a investigar una simple desaparición. Para eso hay otras unidades de la Policía dedicadas a este tipo de casos. Hay algo detrás y Mingo se huele que la Interpol va a por Labat o incluso a por Kanashiro. Estando la Interpol de por medio, menos no le parece.

Esta es una de las muchas veces en las que la UDYCO tiene que colaborar con la Interpol; dos organizaciones condenadas a entenderse, algo que sucede la mayoría de las veces, pero no siempre. Fanjul se ha encontrado con más de una investigación en la que la buena sintonía brillaba por su ausencia.

Porque Fanjul está curtido en mil batallas. Tiene cincuenta y pico y ha participado en más fregados de los que le gustaría. Lleva cinco años en la UDYCO, a la que accedió tras unos meses en el dique seco. Fue una necesidad casi fisiológica: tenía que parar o, de lo contrario, reventaba.

Después de quince años en la Policía Nacional y veinte en el Centro Nacional de Inteligencia, no tenía claro que pudiera seguir ejerciendo. Fue su periplo en el CNI el que lo dejó tocado y casi hundido. Se planteó dejarlo o montárselo por su cuenta: una agencia de investigación o algo así. Pero el tiempo "parado" le hizo cambiar de perspectiva, o darse cuenta de que no podía engañarse: necesitaba seguir en el ajo, aunque ya fuera mayor (por lo menos, para ser policía).

Le debían favores y era un activo muy importante para el Cuerpo, por lo que se reincorporó. Su experiencia en antiterrorismo y en la lucha contra organizaciones criminales le ofrecían dos vías. Se decantó por ingresar en la UDYCO, como inspector.

Volvía a sentirse útil y, lo más importante, volvía a creer en el sistema, aunque, muy en el fondo, era consciente de toda la mierda que hay debajo de las alfombras.

## II

Han pasado tres días y medio desde que el subnormal de Billy secuestrara a aquella mujer. Nos ha dicho (bueno, le ha dicho a Billy) que se llama María Labat y es mujer de Eduardo Labat, que tienen tres hijos, que ella es peruana y no trabaja y que su marido es empresario, pero no le ha sonsacado nada más (tampoco quiero que insista, prefiero que no interactúe con ella, no vaya a ser que la cague más). Yo he buscado en internet por los nombres y no he encontrado nada de ella y muy poco de él.

Tengo un colega que me debe muchos favores en la central de la Nacional en Pablo Iglesias, y me dice que Eduardo Labat es español y no tiene antecedentes penales, que María Labat —aparece así en su DNI, es decir, ha adoptado el apellido de su marido— tiene la nacionalidad desde hace unos meses y que no figura registro de denuncia, lo cual me deja todavía más preocupado.

¿Por qué no la están buscando, por lo menos, por las vías legales?

Así que había que hacer algo. Tengo una pequeña nave industrial en la zona de Ciempozuelos, de mis tiempos con Iván y cuando nos dedicábamos al contrabando de falsificaciones. Está a nombre de una tía abuela suya que todavía vive: prácticamente imposible de rastrear y en una zona en la que a nadie llama la atención que haga años que no se use. En ese polígono, si es que hay alguien, que lo dudo, nadie hace preguntas, porque nadie quiere responderlas. Soy la única persona viva que sabe de la existencia de esa nave.

Ahora también lo sabe Billy, porque le dije hace un par de días que se fuera allí con la mujer, a la que tiene todo el rato con los ojos tapados. Le he dejado que se fuera con su BMW —en realidad, no hay más opciones—, pero le pedí que lo escondiera a la vuelta de la nave y que lo cubriese con una tela o algo que pillara por ahí.

Dentro, tienen una cama, una salita montada con paneles, una pequeña cocina y un aseo, donde pueden vivir sin problema, aunque

sea de aquella manera. Estamos en pleno mes de mayo y no hace ni mucho calor por el día, ni mucho frío por la noche.

Al principio, Billy no entendía por qué tenía que irse a Ciempozuelos. Le expliqué que era probable que lo buscaran y que no tardarían mucho en encontrarlo.

Hemos comprado sendos móviles de tarjeta para comunicarnos. Me llamó cuando llegó para informarme de que todo iba correctamente, de que la nave se abrió sin problema, de que el suministro de agua y luz seguían funcionando (este se lo robamos a la nave de al lado) y de que los electrodomésticos estaban más o menos bien. Sólo se quejó de que todo estaba hecho una mierda y de que era probable que hubiera ratas, pero le dije que se aguantara.

También me explicó que la había esposado dentro del despacho modulado, de forma que ella no lo ve a él y así no tiene que estar con los ojos tapados.  Yo le he ordenado que, en la medida de lo posible, fuera amable con ella y que nunca se mostrara a rostro descubierto. Que le ofreciera una palangana para satisfacer sus necesidades y que se la limpiara con frecuencia. Por supuesto, también que la alimentase varias veces al día y que él no saliera nada más que lo imprescindible de la nave.

Yo sigo, más o menos, haciendo vida normal, esperando a que se me ocurra algo.

Con lo ser transportador oficial del Chino para ese juego macabro que me explicó el famoso en el hotel, me ha entrado mucha pasta últimamente, la suficiente como para tocarme la barriga a dos manos. Veo mucho documental y he podido acabarme el Ser y Tiempo.

En definitiva, voy a intentar salvar al gilipollas de Billy, pero no pienso jugármela más de lo necesario. Estoy más o menos tranquilo, porque creo que es imposible que la poli pueda incriminarme en todo este asunto.

Pero, por otro lado, que no se haya denunciado la desaparición de la mujer me tiene muy mosqueado y es la única razón por la que

todavía no le he ordenado a Billy que la suelte. Igual su vida le va en ello.

## III

La noche del doce de mayo de 2012 cambió para siempre la vida de Martin Dubois, uno de los sicarios más eficaces y discretos que ha conocido Europa occidental. Hasta entonces, era conocido en el circuito internacional como el Marsellés, desde ese día, lo llaman el Inmortal, pero, sobre todo, el Tuerto.

Martin estaba pasando un tiempo en la sombra en Paysandú, una ciudad recóndita de Uruguay, muy cerca de la frontera con Argentina, después de haber liquidado a un pez gordo ruso afincado en Londres. Le habían advertido de que el trabajo podía traerle consecuencias, incluso una vez ejecutado. Por eso le pagaron lo que le pagaron. Los que le avisaron no se equivocaban, y, a pesar de que se había escondido bien escondido, dieron con él.

No hay una información oficial, sólo las noticias que aparecieron en los medios uruguayos, que dieron paso a habladurías que han terminado por convertir la historia en leyenda.

Aquella noche, Martin había salido a cenar con una chica de la que poco más se sabe que ahora está criando malvas. La cuestión es que los hombres del sustituto del pez gordo ruso dieron con él y se montó una de aliño en el restaurante donde lo encontraron. Nueve muertos en un intercambio de disparos que duró varios minutos: siete civiles y dos rusos, según dijeron los periódicos días después, peligrosos criminales perseguidos internacionalmente.

Al principio, por el circuito corrió el rumor de que el Marsellés había caído. Que los hombres del ruso lo habían liquidado. Pero no era cierto.

Según cuentan, Martin Dubois utilizó a su acompañante de escudo humano —dicen que recibió más de veinte balazos— y logró acabar con los dos hombres que lo atacaron, en un tiroteo violento.

Pero no salió indemne: hay quien dice que lo alcanzaron en un brazo, otros que si en una pierna, que si en el abdomen; muchos

que en todos esos sitios. Lo que sí es seguro es que una esquirla le impactó en el ojo y desde entonces tapa el agujero con un parche.

¿Cómo logró escapar de la Policía uruguaya, sobre todo, estando gravemente herido? Nadie lo sabe.

Tampoco dónde se curó ni en qué lugar se escondió durante más de tres años. Lo siguiente que se supo —desde entonces— del Tuerto, es que reapareció en Perú en 2016, dicen que de la mano de Miguel Kanashiro.

Unos meses después, la banda rusa que lo perseguía cayó en una operación internacional.

Ahora, El Tuerto está en Madrid. En realidad, en Algete.

Tiene una misión: dar con María Labat y con quien la ha secuestrado. Le han pedido que sea especialmente sanguinario.

Lleva sólo unas horas en el país y ya se ha hecho con toda la información sobre Guillermo García —alias Billy— , después de haber conseguido las imágenes de las cámaras de seguridad de la zona de La Moraleja donde se le ve golpeando y raptando a la hija de Kanashiro. También se ve su coche y su matrícula.

Está en el porche de la casa del tal Billy, escribiendo algo en una pequeña libreta. Dentro, no hay nadie. Sí que ha encontrado en el sótano orines y heces humanas. Evidentemente, son de María Labat.

Por fin guarda la libreta en uno de sus bolsillos. El Tuerto no ha hecho más que empezar con su trabajo.

## IV

El lugar está casi a oscuras, sólo unas luces tenues y furtivas iluminan el antro. Brotan de los lugares más insospechados: de detrás de una mesa baja, de una esquina, de la parte inferior de la barra de bebidas… la atmósfera podría denominarse lúgubre o romántica, según se mire. El mobiliario de madera oscura, que sin duda ha vivido tiempos mejores, y la moqueta verde corroída le dan un toque entre señorial y casposo. Pasado de toda moda, sin duda.

Casi no hay gente a esa hora, y no es raro, porque es un martes pasada la medianoche. Lo cierto es que Fanjul nunca ha visto el sitio concurrido, ni siquiera un viernes en la hora en la que los locales de la zona están a reventar. Se pregunta de qué vivirá, porque mantener un bar como aquel no debe ser tarea fácil. Quizá sea una tapadera para lavar dinero sucio. También es verdad que siempre está el mismo camarero: anodino y discreto; quizá sea el dueño. En realidad, le importa tres pimientos si el garito va bien, mal o regular.

Se pasa la mano por su cabeza rapada, como para cambiar de tercio. Se da cuenta de que se siente algo achispado: ya no aguanta como antes, como cuando podía beberse mil cervezas y estar como un toro. La edad le pasa factura. Además, ha dejado la birra, ya solo bebe whisky, aunque muy de vez en cuando. Se quiere cuidar o matar más despacio. En un reconocimiento médico tras una angina de pecho, la analítica mostró unos resultados preocupantes, por lo menos, según le dijo el doctor.

La falta de práctica tampoco ayuda a guardar la compostura, se imagina. Siente una extraña sensación de pena y orgullo, porque él solo lleva un par de tragos y está tocado, mientras que la subinspectora Franco se ha tomado tres tercios y sendos chupitos de bourbon, y parece como una rosa. Está viejo, hace años que le ha dado la vuelta al jamón y tiene la impresión de que su tiempo ya pasó; ahora le toca hacerse a un lado, dejar paso a los que vienen detrás, incluso irse sin hacer mucho ruido.

Cae en la cuenta de que llevan un buen rato en silencio, quizá más del que las convenciones sociales consideran el adecuado para no ser inconfortable. No es un gran conversador, y prefiere el silencio a la cháchara intrascendente. No entiende por qué hay que rellenar los espacios vacíos con palabras vacías. Le repatea las tripas la cortesía banal. Ha tenido compañeros con los que podía estar horas sin hablar y, sin embargo, sentirse cómodo.

Aunque apenas conoce a Carlota Franco, cree que ella puede ser una de esas personas que no necesitan charlar de cualquier cosa para estar a gusto en presencia del otro.

De todas formas, la tregua del silencio se está acabando. Sabe que tiene que hacer una serie de preguntas que no le apetece hacer. Es de mayor rango que Franco y le toca llevar la iniciativa: se trata de un protocolo no escrito que sería conveniente que cumpliera. Hay que estrechar lazos, construir una supuesta camaradería a través de unos vínculos que sólo parecen cimentarse sobre la información personal sucinta e interesada. Como si saber que uno es de Soria fuera suficiente para que alguien arriesgue la vida por ti.

Se imagina presentándose con los datos que omitiría hasta en el juicio final, esos que ni él mismo se consiente pensar: Hola, me llamo Domingo Fanjul y tengo una vida de mierda; soy policía y he trabajado casi veinte años ocultando basura en el servicio de inteligencia español; ahora, trato de vivir sin comerme mucho el tarro porque nadie me quiere, trabajando como una mula y tratando de no pensar mucho en ello, no vaya a ser que decida quitarme de en medio; duermo poco y mal, como mucho y mal, bebo mucho (bueno, ahora menos), dejé de fumar por una angina de pecho que casi me lleva al cementerio y dedico cada noche a meterme en aplicaciones de citas, en las que rara vez consigo que una mujer tan desesperada como yo me responda con evasivas amables; luego, ni siquiera tengo ganas ni fuerzas para hacerme una paja, pero da igual, porque hace tiempo que el mástil de este viejo barco rara vez se pone duro, así que termino yéndome a la cama pensando que ya queda un día menos para acabar con esta agonía.

Fanjul se ríe, porque cree que exagera. Él nunca ha sido tan pesimista, ni considera que sea tan desdichado. No soporta la

autocompasión. Ha sido un momento de flojera emocional. Ríe todavía más fuerte.

—¿Se puede saber qué te hace tanta gracia?

—Hostia, Franco, me había olvidado de que estabas aquí.

—Oye, puedes llamarme Carlota, sin más. Nunca me ha gustado demasiado mi apellido.

—¿Por Paquito?

—No, por Battiato...

—No sé de quién me hablas.

—Bueno, que prefiero que me llames Carlota.

—Va a ser difícil, llevo toda la vida llamando a mis compañeros por su apellido… pero te prometo que haré lo que pueda, Franco.

Nunca había trabajado con Carlota Franco, pero ya tiene la impresión de que harán buenas migas. No suele equivocarse, tiene un olfato especial para esas cosas. Su ácido sentido del humor y sus silencios corroboran su intuición. Pero lo que realmente llama su atención es la habilidad y rapidez con la que había conseguido saber todo sobre Eduardo Labat en sólo dos días.

Cuarenta y ocho horas para versar obra y milagros de la nueva sensación de la jet set madrileña, pero también la del yerno y quizá testaferro de uno de los hombres más perseguidos en todo el mundo. No sabía cómo lo había conseguido, pero era un trabajo brillante, sobre todo, porque la información que manejaban cuando comenzaron era mínima.

—Dime, ¿cómo has conseguido saber tanto de Labat en tan poco tiempo?

—Es fácil, aunque parezcan discretos, los pijos son muy cotillas, les encanta el salseo. No son como nosotros, que suficiente tenemos con salir adelante, ellos tienen que ocupar su tiempo con este tipo de cosas para no aburrirse. Es lo que pasa cuando tienes la vida resuelta.

—¿Levantaste sospechas sobre él? No tengo ni idea de por dónde quiere ir la Interpol, pero supongo que no quieren que Labat se huela algo…

—Sé a qué puertas tocar, Mingo. —Carlota sí que llama a su compañero por su nombre, aunque suponga saltarse el protocolo y

algunos considerasen que es faltar al respeto a un superior. A Fanjul le da igual el protocolo—. Todos con los que he hablado tienen cosas que esconder, lo último que quieren es quedar mal con nosotros.

—Pero, ¿qué les has dicho?

—Eso déjalo de mi mano, sólo ten por seguro que no cantarán.

Fanjul se da por satisfecho. Aunque no tiene pruebas ni certezas, confía en Franco y en su criterio. Es difícil que suceda, pero cuando se da el caso, Fanjul puede llegar a ser muy crédulo, aunque en alguna ocasión le haya costado más de un disgusto.

—¿A qué hora hemos quedado mañana? —Sabe perfectamente a qué hora han quedado con los de la Interpol. Empieza a flaquear, porque sabe que es irremediable que entre en el tema de conocerse mejor; sólo está preparando el terreno, haciéndoselo más fácil.

—A las doce. —Carlota Franco bizquea para comprobar que su tercio de Mahou está terminado.

—¿Y sabes quiénes son?

—Son dos, una española y un irlandés, creo.

Ya podía el irlandés hablar español, porque Fanjul no tiene ni papa de inglés. Supone que sí, que, por lo menos, lo entendería, porque, de lo contrario, no tenía mucho sentido que estuviera involucrado en el caso (si es que había un caso) de Kanashiro.

—Bueno, cuéntame algo de Carlota Franco. —Por fin entra en el terreno que más pereza le da. —Qué se yo, de dónde es, cómo ha llegado hasta aquí, esas cosas… —Se da cuenta de que no ha sonado muy convincente y que lo hace por quedar bien.

—¿De verdad?

—¿Qué?

—No me imaginé que fueras de esos… quiero decir, que ahora me vengas con esas soplapolleces de la camaradería y tal.

Fanjul no puede evitar dibujar una sonrisa en su rostro. Definitivamente, le gusta mucho Carlota Franco.

—Gracias, me quitas un peso de encima. Me veía en la obligación de hacerte la pregunta, pero mejor así, qué duda cabe.

—Ya nos iremos conociendo, Mingo. No hace falta forzar para saber sobre nuestras vidas de mierda. De momento, podremos tajarnos tranquilamente sin saber mucho el uno del otro, ¿no?

—Supongo que sí, claro.

Carlota Franco ordena otra ronda al camarero, que no está muy lejos de ellos y que podría haber escuchado perfectamente su conversación, pero que, claramente, está ausente. Esa es, en opinión de Fanjul, la mejor cualidad de un camarero: pasar a formar parte del mobiliario, no hacerse notar, pero estar siempre presto para rellenar un vaso. Por eso le gusta ese bar, aunque cada vez lo frecuente menos.

# V

Algo va francamente mal.

Esta mañana me he levantado con una duda que me corría y no he parado de darle vueltas hasta que me he decidido a comprobarlo yo mismo.

Así que me he ido a la puta Moraleja a ver si seguía allí el coche de la mujer.

La idea era estar del todo seguro de que la familia sabía que María Labat había desaparecido. La única forma de comprobarlo era ver si se habían llevado el coche de María, ya que, donde lo tenía aparcado, es una zona de estacionamiento regulado.

Estoy en La Moraleja y, efectivamente, el coche no está, por lo que su marido sabe o intuye que su desaparición no es voluntaria.

Empiezo a desesperarme y vuelvo a llamar a mi colega de la Central de Pablo Iglesias, que cada vez me debe menos favores. Le pido que me dé la dirección de Labat en La Moraleja (de allí la vio salir Billy), y, aunque a regañadientes, me la da.

Pero no tengo tiempo de ir. Cuando estoy a punto de ponerme en marcha —sólo quiero ver la casa, observar, por si se me ocurre algo —, recibo una llamada de un número que no conozco. Lo cojo, porque puede ser un nuevo encargo del Chino, aunque suele llamarme desde teléfonos que tengo registrados.

—¿Qué pasó *star*?

Y ahí es donde sé que algo se ha torcido del todo. Augusto Babic, después de habernos dejado en la estacada, llamándome desde un número desconocido.

Algo va jodidamente mal, pero no me queda otra que hacerme el longuis.

—Hey, Augusto, ¿cómo vas?

—Mira, querido, llevo un tiempo pensando en lo mal que me porté con vos y ese colega tuyo… ¿Liam?

—Billy.

—Eso, lindo chico. El caso es que creo que fui injusto y que os debo una. Tengo un trabajito de puta madre, *easy*, sin riesgo y bien remunerado.

—Vaya, el caso es que justo ahora andamos metidos en un jaleo importante. —Trato de darle esquinazo o, por lo menos, saber hasta qué punto la cosa está jodida, porque, si insiste, tengo dos pies metidos en una fosa de La Sagra.

—Vamos, *star*, que te estoy hablando de mucha tela. No podés decir que no. Es mi forma de pedirte disculpas por lo ocurrido.

—¿Qué es? —Cedo, ya decidiré qué hago.

—Bah, pibe, no puedo decírtelo por el teléfono, mejor veámonos en persona… y tráete a tu amigo.

—¿En tu casa?

—No, no qué va, esta vez mejor que nos veamos donde los viejos tiempos, tengo que daros una mercancía y la tengo en La Sagra. ¿Os va bien esta noche, sobre las once?

No es una pregunta, es una orden. Me va a dar matarile en once horas y media.

—Vaya, hoy no va a ser posible, tengo un trabajo con el Chino —miento, pero sirve de poco.

—Bueno, por el Chino vos no te preocupés, yo lo llamo y lo aclaro con él. No te va a penalizar, de verdad. El Chino y yo hablamos el mismo idioma.

—En serio, Augusto, va a ser muy complicado, ¿puede ser mañana?

—¿Estás al pedo? Voy de buenas, Jon, no me rompás las pelotas.

—Está bien, pero igual sólo voy yo, Billy tiene a su padre muy enfermo —miento de nuevo.

—¿De qué carajo vas? Contratá a una enfermera que lo cuide. Con lo que voy a pagaros tendrá para meter a su viejo en una planta enterita en el mejor hospital de Madrid, boludo.

—De acuerdo, de acuerdo. A las once donde siempre.

—Ves, ¿no fue tan difícil? Nos vemos, *star*.

Los árboles de la avenida de entrada a La Moraleja se doblan. El cielo gira y el suelo se ondula. Los coches flotan y el perro ladra en silencio. Oigo ecos lejanos como risas aviesas. Me elevo sobre el suelo. Salgo de mí y me veo desde arriba completamente abatido. Mi cuerpo está sobre la acera, de pie, pero también tendido. Irrealidad. Estoy teniendo el ataque de ansiedad más jodido que jamás haya sufrido en toda mi vida.

## VI

La cita es en un despacho de la Comisaría General de la Policía Judicial en Madrid. La que se intuía una reunión a cara de perro, con Fanjul resoplando por los carrillos, termina por desenvolverse en una balsa de aceite, para sorpresa de Carlota Franco.

Resulta que la inspectora de la Policía Nacional que actúa como enlace para la Interpol, Marta Azcona, fue compañera de Fanjul en su etapa en el CNI, y, aunque no se habían visto en cinco años —ni sabían de sus actuales destinos—, su buena sintonía está apaciguando las posibles resistencias del viejo policía.

De hecho, es un tanto incómodo que Azcona y Fanjul dediquen más de veinte minutos a ponerse al día, dejando de lado al jefe de la Unidad de Crimen Organizado de la Interpol, Kelly y a Carlota, que no tienen gran cosa de la que hablar. Y eso que Pete Kelly maneja un español muy aceptable, pero ni él ni Carlota muestran el más mínimo interés en entablar una conversación paralela, por lo que no pueden más que asistir como convidados de piedra al reencuentro entre Fanjul y Azcona.

—Perdonad que os interrumpa, pero es que tenemos mucho que hacer —interviene Carlota Franco, que recibe una mirada de agradecimiento de Kelly.

—Oh, claro, disculpad, es que hacía mucho tiempo que no veía a este cabrón —se disculpa Azcona.

Así que no les queda otra que entrar en harina. Fanjul ya no puede ponerse en plan tocapelotas, por lo que no va a interpretar el papel que mejor se le da. Carlota Franco se da cuenta y entiende que le toca ser la impertinente.

—Os contamos lo que sabemos y luego os decimos qué necesitamos de vosotros. Interrumpid cuando queráis —comienza Marta Azcona.

—Lo haremos todo lo posible —le interrumpe Carlota.

—La Interpol, el gobierno peruano, la CIA y la DEA, llevan meses —años, apunta Kelly—… años siguiendo a Miguel Kanashiro. Manejamos información que lo colocan como uno de los mayores capos del crimen organizado del cono sur. A lo largo de este tiempo hemos dado algún que otro golpe a su organización, pero nunca hemos podido vincularlo con nada serio. Además, está completamente blindado.

—¿Se dedica al narcotráfico? —pregunta Fanjul.

—Bueno, sí y no… tiene una red de tráfico de cocaína, pero no es su negociado principal, por eso la DEA tampoco está colaborando demasiado.

—De hecho, no tiene un negocio principal —apunta Kelly—: extorsión a grandes fortunas, blanqueo de capitales, trata de blancas, juego ilegal, ciberdelincuencia… está metido en todo un poco, pero en nada en especial. Ahí está su truco: pica de acá y allá —le sale un acento latino que delata por qué habla tan bien español —, pero no se hace demasiado fuerte en ninguno, para no enfadar a otros y también evitar convertirse en un objetivo prioritario de las autoridades. Pero, entre una cosa y la otra, se ha hecho un pez gordo y ahora ya nadie le puede toser, ni siquiera los grandes narcos colombianos.

—Como no éramos capaces de pillarlo en ninguna —prosigue Azcona—, decidimos seguir a Eduardo Labat, su yerno, del que nos consta que es su mano derecha. Al estar en España, no nos es muy difícil tenerlo rastreado.

—Pero nada, está más limpio aún que su suegro —apostilla Kelly.

—Hace unos días, nos enteramos de que la única hija de Kanashiro, a la que adora con todas sus fuerzas, ha desaparecido en Madrid. —Azcona y Kelly van turnándose, mostrando o que hay química entre ambos o que llevan mucho tiempo haciendo este tipo de presentaciones.

—¿Y cómo os enteráis tan rápido? —cuestiona a Azcona Carlota.

—Bueno, dejémoslo en que nos enteramos en tiempo real…

—¿Tenéis pinchados sus teléfonos?

—Lo siento, no puedo darte esa información.

—Déjame que lo entienda —interviene raudo Fanjul para rebajar tensiones—. La hija de Kanashiro desaparece, pero Labat todavía no ha denunciado. Este asunto, en todo caso, va a otra unidad, pero es que ni siquiera se puede investigar…

—Espera, Mingo —lo para Azcona—. Resulta que, en cuanto Miguel Kanashiro se entera de que su hija ha desaparecido, decide venir a España. No sabemos cómo ni por dónde ha entrado, pero está ya en Madrid. Nos interesa más Kanashiro en España que la desaparición de su hija. Por eso entráis vosotros.

—Pero que haya entrado ilegalmente en España ya es un delito, podríais cogerlo por ahí —apunta Carlota.

—Demasiada poca cosa. Una extradición y punto. Queremos cogerlo en algo más gordo —responde Kelly—. A ver, no tenemos ni puta idea de quién coño ha secuestrado a la hija de Kanashiro, pero tiene que ser alguien importante: un cartel o una organización terrorista. *Anyway*, esto puede desembocar en dos escenarios: que se inicie una guerra entre bandas o que Kanashiro liquide a los secuestradores. En cualquiera de ellos, tenemos que estar cerca.

—El carácter personal del asunto nos hace pensar que Kanashiro puede cometer algún error —interviene Azcona—. Debemos estar al quite.

—¿Y qué necesitáis de nosotros? —pregunta Carlota.

—Nosotros nos vamos a encargar de tener vigilado a Labat —toma la iniciativa Kelly—, porque no sabemos dónde está Kanashiro, intuimos que cerca de su yerno. En realidad, esa es nuestra prioridad: dar con él. De vosotros, queremos que nos echéis una mano a ver si sois capaces de enteraros de qué organización está detrás del secuestro o, incluso, saber dónde está la hija.

—¿Sabemos dónde desapareció?

—Sí, tenéis toda la información en esta carpeta —dice Kelly alzándola.

—¿Por qué tengo la impresión de que esto es un poco chapucero? —pregunta Carlota.

—¿Qué quieres decir, maja? —el tono de Azcona muestra su enfado.

—No sé, decís que puede desatarse una guerra entre bandas internacionales o que es la ocasión para pillar a Kanashiro y aquí estamos dos pringaos como vosotros y dos mindundis como nosotros, sin recursos y sin un plan demasiado convincente.

—Esta chica es lista —se dirige Azcona a Fanjul—. ¿Quieres saber la verdad? No todo el mundo está tan interesado en pillar a Kanashiro. Te lo he dicho antes, está completamente blindado. Somos unos pocos de aquí, unos pocos de allá, pero, entre todos, queremos pillar a ese hijo de puta. Así que esto es lo que hay: si quieres, bien, si no, nos da igual que os paséis el día tocándoos el pepe. No vamos a quejarnos por nada a nadie. Llevamos demasiados desencantos con este tema como para que nos importe una mierda que una policía española no nos haga caso.

—No la hagas caso, son muchos meses… años —Kelly corrige sobre la marcha al mirar a Azcona —de frustraciones. Y no todo es tan negro como lo pinta. Tenemos refuerzos sobre el terreno, sólo que no se van a mostrar.

—¿Refuerzos que no se muestran? —pregunta entre intrigada e incrédula Carlota.

—La CIA —aclara Fanjul. Kelly y Azcona no dicen nada.

## VII

—¿Qué opinas, Franco?

Fanjul hace la pregunta sin mirar a Carlota a la cara. Tiene miedo de que lo recrimine con los ojos por haberla dejado sola en su actitud vehemente: no ha bregado ni un instante. Sabe que la presencia de Marta Azcona lo ha ablandado y que no se ha comportado como se esperaba de él.

—Pues que todo es una basura: aquí y en China. Pero es lo que hay…

La resignación es evidente, pero Fanjul no duda de que Carlota está en el barco, que van a hacer lo que puedan con lo poco que tienen.

Se están tomando un tiempo para ponerse en marcha. Han bajado a un bar a tomar un café y un pincho de tortilla tras la reunión con la Interpol.

—Haremos lo que podamos, Mingo. Vamos a ayudar a tu amiga, pero dudo que consigamos una puta mierda…

Domingo Fanjul conoció a Marta Azcona en 2005, durante su paso por el CNI. Él llevaba ya unos años en la casa y ella acababa de aterrizar allí, sin mucha experiencia, recién salida del cascarón, como quien dice.

Eran otros tiempos en los que todavía no había muchas mujeres en los cuerpos de seguridad del Estado, menos aún en la Inteligencia. Recuerda que no empezaron con demasiado buen pie por su torpe manera de relacionarse con ella —nada sexual, se obliga a pensar—, simplemente que no estaba habituado a trabajar con una tía. Con el tiempo, hicieron muy buenas migas y terminaron por considerarse buenos amigos… o más bien compañeros, buenos compañeros, reflexiona.

Estuvieron metidos en una operación que duró doce años y los dos acabaron completamente quemados; desencantados de un

sistema no siempre todo lo justo que cualquier ciudadano de a pie imagina.

Así que, después de todo aquello, ambos dejaron el CNI para buscarse las castañas en otras cosas. Y, aunque hablaron algo al principio, pronto se perdieron la pista. No tenía ni idea de que ella había acabado siendo enlace de la Policía Nacional con la Interpol, así que fue una sorpresa —y grata— encontrársela esa mañana. Marta Azcona es una de las mejores policías con las que se ha cruzado en su vida.

Y ahora, sentado en un bar con su nueva compañera —cuyo ímpetu le recuerda al de Marta Azcona, con la salvedad de que Carlota ya no se siente tan obligada a demostrar más por ser mujer, aunque todavía algo de eso hay—, se da cuenta de que todo sigue siendo una puta mierda.

—Venga, Mingo, que te has quedado pillado otra vez. Vamos a ponernos en marcha.

—Ok, tú echa un vistazo a los papeles y trata de investigar la zona de la desaparición. Yo tiraré de algún hilo, preguntaré a alguna de mis fuentes si saben algo.

—A la orden.

## VIII

Lo ha vuelto a hacer otra vez. Otra vez.

Tenía pensado darle, por lo menos, cien mil euros a Florin para saldar un tercio de su deuda. Estaba orgulloso incluso antes de hacerlo… y eso, ahora, una vez perdidos precisamente los cien mil euros, es lo que más le duele.

Tiene resaca, aunque no mucha. La coca lo mantiene activo.

Ha sido un gilipollas integral y tenía que haber declinado la invitación de Mihai. Lo había metido en una partida de póker de la que se había enterado. Una de las grandes, con entrada de cincuenta mil euros.

Como siempre, transitó por todos los estados de ánimo posibles y el rechazo tajante dio paso a la negación titubeante, luego llegó la curiosidad inocente, seguida de la posibilidad remota… y bueno, que acabó entrando y perdiendo los cincuenta de entrada y otros cincuenta de recompra.

Menos mal que tuvo el temple de no quemarlo todo.

Así que ahora le quedan, más o menos, unos cuarenta y cinco mil euros de las ganancias de la Mors y otros quince. Sesenta que podría dar a Florin, pero que no surtirían el mismo efecto… y se quedaría pelado.

Por lo menos, piensa, Florin no sabe que por su culpa murió Laura Burgos.

Aquel fue un golpe de suerte en forma de tragedia.

Laura Burgos había sido una de las estrellas más rutilantes de la televisión española en los últimos cuarenta años. Hecha su figura tras la Transición, luego presentó toda clase de formatos televisivos con notable éxito.

Bob había compartido con ella, hasta hacía un par de años, el estrellato de la cadena. Pero, de un día para otro, y a la luz de un par de fracasos no muy estrepitosos, Laura decidió dejar la televisión. Seguía vinculada a la cadena, participando en este y

aquel programa como invitada especial, pero ya no estaba al ritmo de antes.

La mañana del accidente se dirigía precisamente a participar en uno. Cuando Bob la vio en el coche ya estrellado, pronto supo que algo no iba bien, porque hacía unos gestos extraños, y no por el golpe. Llamó a una ambulancia que se presentó de inmediato y le informaron —saltándose el protocolo, pero suponiendo que iban juntos o quizá impresionados por que dos estrellas como Bob Martel y Laura Burgos estuvieran involucradas en un accidente— de que estaba sufriendo un infarto.

Luego había resultado que el accidente iba a quedar en nada. O eso le dijo su abogado; uno de los pocos amigos fieles que le quedan.

Dio negativo en alcohol y drogas —tuvo suerte, porque no es algo muy habitual— y el conductor del coche de Laura Burgos no tenía ni los papeles ni el carné en regla. Así que sería su prestigiosa palabra contra la de un conductor inmigrante ilegal sin carné, en un accidente que no dejaba de ser una fatalidad.

Sorprendentemente, nada trascendió a los medios: ni el infarto de Laura, ni que él estuviera involucrado en el accidente. Supuso que la representante de Burgos hizo todo lo posible por ocultarlo todo, untando a quien fuera necesario, por múltiples motivos: se habría montado un circo fenomenal en las inmediaciones del Hospital La Paz donde fue trasladada y sería un escándalo que se supiera que Laura tuviera un chófer sin papeles ni carné. A las pruebas, lo consiguió de sobra.

Pero eso sucedió durante los siguientes días. La misma tarde del accidente, ya sobrepuesto del susto y de todo el barullo, y tras serenarse con unos tragos, había vuelto sobre su acuciante situación.

Le había quedado claro que no podía valerse esta vez de los préstamos de Babic, así que sólo le quedaba una salida.

Así que hizo lo que iba a hacer cuando el coche de Laura Burgos se cruzó en su camino: llamar a Mihai para preguntarle por "las emociones fuertes" de las que le habló cuando le dejó en préstamo el Ferrari.

Este le dijo que no podía ser por teléfono y lo invitó a su casa. Allí, una hora después, le explicó el juego de la Mors y Bob tuvo la impresión de que había tenido un golpe de suerte.

Con el nombre de Laura Burgos sobre la mesa, el rumano le dijo que primero tenía que comprobar si sería posible. Lo dejó sólo en el salón y tardó una media hora en volver, para confirmarle que aceptaban la apuesta (tenía no más de setenta años y gozaba de buena salud, por lo menos hasta dónde se sabía públicamente).

También le explicó que el mínimo por esa apuesta eran quince mil euros, que se lo pagaban diez a uno y que entraba en un bote de dos millones de euros (es obligatorio informar de la cuantía que está apostada, aunque el que gane se lleve una cantidad menor; el resto es la ganancia de la organización).

A las pocas horas, la cuenta oficial de Facebook de Laura Burgos anunció su muerte y Mihai llamó a Bob para informarle de que había ganado la apuesta, felicitarlo y convocarlo de nuevo en su casa esa misma mañana para explicarle cómo hacerse con el dinero.

Aunque a Bob le entró algo de miedo (o directamente terror), por si se trataba de una trampa, lo cierto era que ya había dado el dinero de la apuesta y que no tenía mucho que perder (o más bien, nada más que ganar). Así que se presentó en casa de Mihai algo nervioso. Este trató de sonsacarle si sabía algo del estado de Burgos antes de morir, pero Bob le dijo que todo fue pura suerte.

Mihai, que es perro viejo, se dio cuenta en seguida de la incomodidad de Bob, así que decidió ahorrarle el mal trago. Le dio las indicaciones para recoger su dinero: sería esa misma noche, en un hotel cercano al aeropuerto. Debía entrar en la habitación 405 —le dio la tarjeta— a eso de las tres de la mañana. Allí encontraría un maletín con el dinero.

Y justo antes de marcharse, algo más sosegado y relamiéndose por toda la fortuna que había tenido, en contraposición a la mala racha que llevaba, fue cuando Mihai dijo las palabras que vuelven fuera de sí a Bob. Me he enterado de una partida de las buenas…

Recrearse en todo lo que sucedió después no tiene demasiado sentido, porque sabe que lo único que va a conseguir es desazonarse más de lo que está, y eso que ni siquiera lo está mucho. Tiene suerte de que todavía no ha sucumbido a la bajona, así que se decide por alargar su particular fiesta patética. Ya tendrá tiempo de pensar qué hacer.

Está en su habitación de hotel y son las dos de la tarde. Coge el teléfono y hace un par de llamadas. En una hora estará acompañado por unos cuantos veinteañeros —un grupo de tres chicos y cuatro chicas que conoció en una fiesta— dispuestos a pasar un buen rato con Bob Martel.

## IX

Vamos a menos de cien kilómetros por hora por la M-404, de camino de Ciempozuelos a La Sagra.

He ido a por Billy a la nave y le he explicado el plan. Lo llamé tan pronto superé el ataque de ansiedad para decirle que estuviera listo a eso de las ocho para que lo recogiera (luego he ido más tarde, pero necesito que Billy y su imprevisible forma de actuar no sean un puto problema más). Me preguntó que para qué, pero le respondió el tono de un teléfono colgado.

Me tenía que poner a trazar un plan, porque no tengo ninguna intención de morir hoy en La Sagra. Pero, contrario a lo que se suele decir, la intención no vale una mierda.

Nada de ver documentales esperando a que se presentara la inspiración divina. El problema es que todas las ideas me parecían tan malas como pegar a un niño desvalido.

La de huir era la más ridícula de todas: estoy seguro de que tengo a un sicario kosovar de Babic pegado al culo; así que, en el momento que viera que hago algo raro: pum, tiro en la nuca. Sólo había una única opción: llamar a Junior para que me diera las dos pipas que me guarda en el almacén de La Posada del Truhan a precio de caviar.

Presumo que a Babic lo acompañarán en su nave de La Sagra, por lo menos, dos de sus hombres, aunque no sé cuáles. Si está el Perro, mal asunto. Y si tiene intención de matarnos (un evento al que le otorgo cerca de un noventa y cinco por ciento de probabilidades), no dejará que bajemos del coche armados.

Siempre que he ido allí, hay que entrar con el coche en la nave. Dentro, aparcaremos de cualquier manera y nos cachearán de inmediato, con o sin disimulo alguno. Supongo que se molestará de que vayamos armados, pero, en tal caso, me dará igual: va a matarnos de todas formas. Así que, muy a mi pesar, no me quedará otra que sacrificar al pobre de Billy.

Lo siento, Iván, te fallaré, pero es él o yo.

Si sigue mis instrucciones, calculo que tengo un diez o un veinte por ciento de probabilidades de salir con vida.

—Al acercarnos al lugar del encuentro, te diré si seguimos el plan A o B. El A es no hacer nada, no decir nada, sólo seguirme y callarte como si fueras un puto retrasado —le dije al recogerlo—. Si te digo que el plan es el B, lo que harás será bajarte del coche y, en el momento en el que se te acerque uno de los esbirros de Babic, que lo hará, sacas la pipa y le pegas cuatro tiros.

Creí que me respondería acojonado, pero el muy gilipollas de él se ha envalentonado.

Todavía lo está de camino a La Sagra. Creo que se ha metido algo, pero no me parece mal. No hoy, aunque eso lo convierta en más imprevisible aún. En realidad, todavía confío en que algo extraño suceda, algo que escape a mi analítico razonar y que nos salve de esta situación de mierda.

Así que se ha venido arriba y me ha dicho que, si le decía que íbamos a por el plan B, vaciaría todo su cargador sobre Babic y sus hombres —genial, iluminado, no durarás ni un segundo, pienso.

Yo, en realidad, no tengo un plan para después, improvisaré: quizá haga un trompo y me pire a toda velocidad —ya veré en qué fosa séptica de qué parte del mundo me escondo para que no me pille el muy sádico de Babic.

O tal vez trate de atropellar a sus hombres o al propio Croata. A lo mejor, con suerte, todo sale bien y Billy y yo nos vamos de rositas.

Qué coño, sólo pensar en eso me demuestra que soy un ingenuo de dos pares de narices.

En fin, que envalentonado, envalentonado, yo no estoy. Más bien voy como un cordero al matadero.

Por eso voy pisando huevos por la carretera.

He pensado meterme unas anfetas, para subirme a la parra como Billy, pero nunca he estado cómodo con la química. Me aceleran la patata y me ponen en un punto que me gusta muy poco.

Lo que no he parado es de empalmar un piti tras otro y eso que en el coche no suelo fumar. Billy va en silencio, extraño en él, más si va puesto hasta las trancas. Lo que no deja es de mover

frenéticamente las piernas. En un momento dado, se ha sacado la pipa y le he dicho que si es subnormal. La ha guardado y ha seguido moviendo las piernas inconscientemente.

—¿Cuándo me vas a decir qué plan es? —pregunta al fin.

—Cuando entremos dentro de la nave, cuando sepa qué intenciones lleva el Croata.

—¿Nos quiere liquidar?

—No lo podemos descartar, Billy.

—¿Todo esto tiene algo que ver con la japonesa?

Por primera vez, pienso en eso. Hasta ahora, ni se me había ocurrido vincular ambas circunstancias. Daba por hecho que Babic nos quería liquidar sin más. El cerebro de Billy tiene taras, pero incluso un reloj estropeado da bien la hora dos veces al día.

Pero no es posible que esté relacionado.

Babic quiere darnos pasaporte porque sí, porque así es él. Nos utilizó durante un tiempo, se cansó, tendría otras cosas en mente y ahora se ha acordado de nosotros y quiere eliminarnos.

Es más probable que haya sucedido algo relacionado con nuestros trabajos con él de lo que no nos hemos enterado, y que quizá lo deje a él con el culo al aire, a que esto tenga algo que ver con María Labat.

Porque no veo vinculación alguna. Si acaso, que son vecinos de La Moraleja. Aunque sigo algo mosca con que el marido no haya denunciado la desaparición.

Nah, todo me huele muy mal, pero no tengo muy fino el olfato últimamente, me temo.

—¿Eh, Jon?

—¿Qué? —Es verdad, me he quedado atorado.

—Que si crees que esto tiene algo que ver con lo de la japonesa…

—¿Cómo va a tener algo que ver, cretino?

Billy se calla y veo que saca de su bolsillo unas pirulas. Se toma un par. Tengo la tentación de pedirle una, pero me contengo. Me arrepentiría al instante.

Según el GPS, nos quedan cinco minutos para llegar a la nave de Babic o una zona cercana (no he metido la dirección exacta, sino la de un supermercado no muy lejano). A la velocidad a la que voy,

siete u ocho minutos. Me tiembla la rabadilla, como si tuviera un frío polar. Trato de que Billy no lo note, aunque ahora mismo no notaría absolutamente nada. Enciendo otro piti.

Mi cerebro me pide volver a pensar en el plan, pero, ¿qué plan? ¿Confiar en que Billy se vuelva un loco sanguinario y me dé tiempo de escaparme?

Palpo la pipa, que la tengo entre las piernas, con el seguro echado. Quiero tenerla a mano y sin que me obligue a hacer ningún movimiento comprometido, como sacarla de la cintura. Sería una forma muy ridícula de morir. Si voy a usarla, va a ser desde dentro del coche o saliendo de él a toda prisa. Si finalmente no la utilizo, la puedo dejar en la guantera.

—Billy, si al final no hacemos nada, deja la pipa en tu guantera —le repito.

—Ya, ya, me lo has dicho como cien veces, macho.

Noto que vibra el móvil. Lo miro. Es mi colega de la Central de Pablo Iglesias. Querrá decirme algo de la japonesa, pero ahora no tengo ni ganas ni tiempo para ese asunto. Dejo que cuelgue y sigo mi camino.

Ya estamos. En el último tramo he reducido al máximo la velocidad. He deseado que un control de Policía nos diera el alto, que nos hubieran registrado a nosotros y al coche y que se encontraran las pirulas y las pipas. Les confesaría lo de la japonesa. Cuatro o cinco años en el talego, pero, incluso ahí, Babic tiene esbirros. Un punzón en las duchas y a tomar por culo. O no, pero viviría todo el tiempo paranoico. Y luego, a la calle otra vez y, con suerte, Babic podría haberse olvidado de nosotros.

Pero no, la pasma no mete sus narices en La Sagra ni de guasa. Además, esto hay que enfrentarlo de cara. Ha llegado el momento: viví cuarenta y pico años como me ha dado la gana, sin currar mucho y sin que me falte de nada. No me puedo quejar. Morir así era un riesgo razonable y parte del trato cuando lo firmé. Sólo espero que lo hagan rápido e indoloro.

Veo la nave. El portón está abierto y hay luz en el interior. Acerco el coche. Miro a Billy y siento lástima. Mierda, mierda y mil veces mierda. Iván, te he fallado.

Accedemos. Ahí está Babic y nada menos que acompañado por cuatro tipos malencarados.

Está el Perro.

Adiós.

De los otros tres, sólo me suena un loco albanés que me pone los vellos de punta y la piel de gallina.

A tomar por culo.

—¿Plan? —pregunta Billy, ahora ya acojonado.

Voy acercando el coche a la zona en la que uno de los matones de Babic me indica que aparque, pero lo hago a pedo de burra. Estoy pensando.

—Jon, ¿qué puto plan es?

Tengo que reaccionar.

—El A, Billy.

—¿Cuál era el A? No me acuerdo.

—Deja la puta pistola en la guantera, sin que te vean. Recuerda, no digas nada, no hagas nada, no te muevas demasiado. Déjamelo todo a mí.

Como siempre que hago negocios turbios, este el que más, planto el micro en el móvil y pongo en marcha la grabadora. Bajamos del coche y el Perro me recibe con una mirada que haría temblar al mismísimo Satanás. Todo el pescado está vendido.

—¿Qué pasó, *stars*?

# X

Fanjul mira cómo el agua va perdiendo su gas. En otro tiempo, estaría fumando un farias frente a una cerveza helada, pero ahora ni fuma, ni dejan fumar en los garitos, ni apenas puede beber. Cómo cambia la vida, piensa, y aunque sea una mierda, uno se aferra a ella con fuerza.

Son pasadas las once de la noche y Carlota Franco entra por la puerta del bar. Su gesto es inescrutable, por lo que Fanjul ya sabe que algo tiene. Algo más que él, que ha perdido el día en tirar de hilos que no le han llevado a ninguna parte. Ha preguntado a este y al de más allá, pero ninguno tiene ni idea de quién puede estar detrás del secuestro de María Labat. Todavía es peor: nadie sabe quién es Miguel Kanashiro.

—¿Tienes algo? —la recibe.

—¿No me dejas pedirme una birra?

Carlota pide la cerveza y pregunta a Fanjul.

—Nada, yo no tengo absolutamente nada.

—Pues yo he pillado algo —dice con cierta sorna.

Le explica que ha pedido al Ayuntamiento de Alcobendas las imágenes de las cámaras de seguridad de La Moraleja donde el informe de la Interpol señala que María fue secuestrada.

El problema es que le han dicho que hasta mañana no las tendrán. Como no media una denuncia, no puede decir que se trata de una desaparición, así que se ha tenido que inventar que están investigando una historia menor, tampoco quiere levantar mucho la liebre. No les queda más que esperar al día siguiente. Y piensa que ni siquiera eso les va a servir de mucho.

—Eso no es tener nada —sentencia Fanjul.

—Calla, macho. Luego, dándole vueltas, he dado con algo en lo que ninguno habíamos reparado al mirar en las fichas de María Labat y su marido. En el historial de búsqueda, he descubierto que

alguien ha estado fisgando desde la central de Pablo Iglesias durante los últimos días. Hoy mismo, por última vez.

—¿Qué quieres decir? —pregunta, ahora sí interesado, Fanjul.

—¿No te parece raro?

—Hostia, claro, pero no sé a dónde quieres ir a parar. ¿Has hablado con la central?

—Mejor: en el historial aparece el nombre del funcionario que lo ha hecho. Miguel Pérez, un currito de poca monta.

—¿Y por qué coño ha mirado la ficha de Labat y su mujer?

—Eso mismo le he preguntado. Me he plantado allí y lo he cogido por las solapas. Ya verás que no me ando mucho por las ramas —dice con una sonrisa en la cara.

El ánimo de Carlota contagia a Fanjul, que le pide un whisky al camarero.

—Eres un diamante en bruto, Franco.

—Bueno, pues el caso es que al principio el Pérez se me ha puesto gallito, pero vamos, que lo he acojonado pero bien, y ha terminado cantado la Traviata. Al parecer, un maleante del tres al cuarto al que le debe un par de favores le ha pedido que bucease en la ficha de Labat, para saber si habían denunciado su desaparición.

—Joder, eso es que ese tipo está en el ajo.

—Eso creo yo.

—¿El Pérez sabe por qué preguntaba?

—No y parece que dice la verdad.

—¿Y sabemos su nombre?

—Lo sabemos todo de él. Jon Goizueta, nada del otro jueves. Antecedentes penales por robo con violencia, pero lleva limpio mucho tiempo. Me he hecho con su dirección. Vive en La Latina.

—No sé si estoy contento o jodido, Franco.

—¿Por qué?

—Porque estás dejando a la altura del betún.

—Eso les pasa a todos. Si hay un poco de suerte, mañana hemos resuelto esto.

—No te me vengas arriba —farfulla entre carcajadas Fanjul, al que le han hecho un efecto inmediato los dos sorbos de whisky que ha dado.

—De tu amiga, ¿sabes algo? —Cambia de tercio Carlota Franco.

—No. Me llamó antes, que ellos seguían tras la pista de Kanashiro.

—Pues igual deberíamos recogernos. Mañana a primera hora tendríamos que hacerle una visitita a Jon Goizueta.

—A sus órdenes, Franco.

—Por estas cosas prefiero que me llames Carlota.

Ambos ríen.

## XI

Son cerca de las tres de la mañana y Bob está de subidón. El grupo de jóvenes al que ha invitado a su suite se lo sabe montar de verdad. Han traído de todo y se están dando un buen festín. Epicuro estaría orgulloso de Bob Martel.

Ha tenido sexo con varios de ellos. El más guapo de los chicos le ha hecho en el baño la mejor felación que recuerda y luego se ha estado magreando con dos de las chicas en el cuarto, mientras el resto seguía la fiesta en el saloncito.

Hoy, por primera vez en su vida, ha probado el MDMA, una droga que suele estar muy presente en las fiestas que frecuenta, pero que nunca se ha atrevido a tomar. Le daba miedo (como si la coca fuera una cosa segura), pero hoy ha sentido que tenía muy poco que perder.

Y se siente como nunca.

Ahora está sentado sobre un sofá, con una sonrisa de oreja a oreja y sus problemas con Florin Popescu y Augusto Babic son sólo parte de una nebulosa que le es ajena.

El chico que le ha hecho la felación, un joven rubio de anuncio, está hablando con ímpetu del GHB o éxtasis líquido. Dice que es una puta locura y Bob atiende con cierto desinterés.

—¿Os enterasteis de aquel tipo que mató a no sé cuántos gais en La Coruña? —pregunta a la audiencia.

—Sí, sí, lo vi en las noticias —dice una—. Quedaba con ellos a través de Grindr y luego los desplumaba.

—Eso es. Pues la cosa es que la poli al principio no se dio cuenta de que eran asesinatos. ¿Sabéis por qué? —No espera respuesta alguna—. Porque el tipo usó GHB y resulta que es una sustancia muy difícil de identificar en una autopsia. Hay que pedir una prueba especial que no se hace de primeras, así que los informes dijeron que fueron muertes naturales: rollo infarto o ictus.

—¿Qué dices?

—Sí, sí. No fue hasta que el hermano de uno se cató de que seguían haciendo movimientos en la cuenta de su bro incluso muerto, cuando alertó a la Policía. Entonces, se descubrió todo el pastel. Rehicieron las autopsias, esta vez con el análisis de GHB, y dieron con el tema: los había asesinado metiéndoles el éxtasis en la bebida, porque es un líquido incoloro y sin sabor. En un rato, pumba, pepinazo al corazón.

—¿Lo has probado? —pregunta otro.

—Una vez, macho, me lo metería por el culo.

—A mí ya me tienes dando volteretas, bro, hay que pillar cuanto antes.

—Bueno, de momento, pongámonos otras copas —media Bob, que se da cuenta de que no pilla las nuevas jergas de los jóvenes: no está nada *in* al respecto. Sólo sabe, porque alguien se lo explicó cuando lo escuchó por primera vez, que meterse algo por el culo ahora significa una cosa así como que ese algo mola mucho o que está muy bueno… ya no se acuerda.

## XII

Reconozco que al despertarme me he palpado el cuerpo entero para cerciorarme de que seguía con vida. Tampoco me he recreado, ha sido más bien algo instintivo. No es que la situación ahora mismo sea la bomba, pero la perspectiva es algo mejor que hace sólo unas pocas horas, cuando todo era negro tizón.

Eso ha sido sobre las seis. He intentado dormir algo más, pero no he podido. Así que me he levantado, me he duchado y me he servido un café. Y aquí llevo dos horas en la mesa de la cocina, frente a un café frío y dándole vueltas una y otra vez a los acontecimientos de anoche.

Cuando bajamos del coche, tenía la certeza absoluta de que nos iban a agujerear como a uno de esos quesos de bola. En ese momento de sensación de irrealidad —pero no de ansiedad, ahí no la tuve—, me figuré muriendo como Warren Beatty y Faye Dunaway en la escena final de Bonnie y Clyde.

Pero no sucedió nada por el estilo. Mejor, y no porque mi Clyde fuera Billy, sino porque suponía vivir un día más.

En realidad, las cosas no se pusieron mejor inmediatamente.

Lo primero que sucedió es que el Perro y el albanés sin nombre pero con cara de hijo de puta sanguinario nos cachearon a Billy y a mí. Ni en la cárcel me han manoseado de tal forma. Fue una buena idea dejar las pipas en el coche.

Entonces, y según el manual de ajuste de cuentas del Croata, tocaba que Babic nos sermoneara un rato con su deje argentino para explicarnos por qué nos iba a liquidar. El sádico empezó a hablar y reconozco que el temblor de la rabadilla se agudizó de tal forma que temí que fuera demasiado evidente: parecía que tenía el baile de san Vito.

«Bueno, bueno, bueno —comenzó—. Jon y Liam, mis figuras favoritas del *star system* madrileño. ¿Tenéis puta idea de por qué os hice venir hasta acá? Tranquilos, no voy a daros boleto. No de

momento. Supongo que os acojonaron el Perro y el resto de la jauría, pero hicisteis bien en no traer con vosotros esas pistolas que cogiste —me señaló— del almacén de Junior, os habríamos llenado de plomo».

En ese momento pensé lo evidente. Incluso creo que mis labios dibujaron un joder enorme, pero no iba acompañado de una voz que lo pronunciara. Porque no la tenía: mis huevos arrugados tiraban con fuerza de mis cuerdas vocales.

La cuestión es que me habían seguido. Sabían todo lo que había hecho. Había pecado de principiante. Y creo que, después de esa reflexión, balbuceé un sordo "coño" que en mi mente sonó a sideral.

De todas formas, y aunque no tenía todas conmigo, empezar de esa manera, diciéndote que no te van a matar, es mejor que nada. También es verdad que suele ser habitual tranquilizar al finado para que escuche todo el chorreo, así que en ese momento estaba la cosa cincuenta-cincuenta.

«Tengo un vecino que es, por así decirlo, una figura internacional. Bueno, más bien lo es su suegro. Resulta que mantengo algún negocio con él, nada serio y sí muy discreto, pero nos llevamos bien, porque mis críos y los suyos son amigos… en fin, el otro día me pidió ayuda; al parecer, un tarado no tuvo mejor idea que secuestrar a su mina — incluso un reloj estropeado da bien la hora dos veces al día, pensé—. El pibe consigue la identidad del tarado al momento, porque es tan pelotudo que la secuestró con su propio auto. Pero mi vecino no consigue dar con él. No está en su casa, no está en ningún lado. Se ha esfumado de la faz de la tierra. Así que viene y me pregunta si lo conozco».

En ese momento, no tengo muy claro a dónde quiere ir a parar el Croata. Veo que se empieza a recrear y su explicación, demasiado explícita, me intranquiliza hasta puntos insospechados. Lo que definitivamente era seguro es que a Billy le debe faltar más de un cromosoma y que quizá mi idea de llevarlo a la nave de Ciempozuelos no fuera tan buena. Tenía que haberlo dejado en su casa, que el Labat lo encontrase y le diera su merecido.

«Como siempre que se acude a Augusto Babic, mi vecino hizo lo correcto. Lo que pasa es que yo prefiero andarme con mil ojos, así

que no le confirmé al instante que sabía quién era el tarado. En ese momento no tenía nada concreto en la cabeza, pero sí sabía que algo iba a sacar de todo este quilombo. Le dije que lo dejara en mi mano, que haría lo que pudiera, que pondría a mi jauría a laburar. Lo bueno de todo esto es que él no sabe que vosotros dos vais siempre juntos como la Guardia Civil, así que supuse que si daba con vos —de nuevo me señaló—, podría dar con el tarado. Porque, seamos francos, vos no estás en este asunto, no, vos no sos tan repelotudo».

Me consoló que Babic me tuviera en la estima adecuada. Aunque seguía sin saber a dónde nos estaba llevando con su parloteo de mierda. Sus hombres, gente del este que no entienden más que tres palabras en castellano, no paraban de reírle las gracias, forzando mucho el gesto, casi tanto que parecía que les estaba dando un ictus, y demostrando que tienen el sentido del humor de un primate estreñido.

«Supuse que sí sabrías de todo el asunto, porque este tarado —dijo señalando a Billy— tené las luces justas para no cagarse encima. Supuse que fuiste vos el que lo escondió, pero no tenía ni idea dónde. Mandé a uno de mis sabuesos a que te siguiera, y no le costó dar con vos. Cuando fuiste a La Moraleja, ya lo tenía claro. Y se me presentaban dos opciones: o esperar a que fueras al lugar donde tenés escondida a la mina, que ya sabemos que es en Ciempozuelos, o sacar un buen partido de todo este asunto. Te llamé de inmediato y me cogiste. Te tenía agarrado por las pelotas, querido Jon. Así os convoqué acá, todavía sin tener muy claro qué hacer. Pero he visto una luz, una luz que brilla con fuerza en este precioso cielo estrellado».

Ese puto estreshado, así, en argentino, me repateó las entrañas. Casi prefería que sacara una AK-47 y nos volara la cabeza a los dos a seguir escuchándolo.

«Pensé: a la mierda, que le pidan un rescate al vecinito de dos millones de euros por su jefa. Si sale bien, seré bueno y os dejaré vivir y el diez por ciento del rescate. Si veo que la cosa se tuerce, siempre puedo salvar yo mismo a su mujer y sacar tajada de alguna

manera, aunque sea porque me deba un favor el mismísimo Kanashiro».

No sé si es que se le fue la boca o qué, pero había dado un nombre del que no había oído hablar en mi triste vida. Entiendo que Kanashiro (no lo sé, no lo he buscado, no he tenido tiempo entre dormir y estar petrificado frente a un café frío) es el suegro de Labat. Tiene sentido, por los rasgos japoneses de la mujer. Sólo sé que, por lo que nos dijo al principio de su charla, es un tipo importante. Y que no haya denunciado la desaparición de su hija, pues me hace pensar que debe ser un capo mafioso de los gordos.

Babic nos dio cinco días desde hoy mismo para poner en marcha el plan y volver a vernos. Entonces, y en función de cómo haya evolucionado el asunto, decidiría qué haría.

Se guardaba, no lo escondió, la potestad de cambiar de opinión en cualquier momento antes de la fecha señalada. Siempre era posible que su vecino avanzara por su cuenta con la investigación, nos dijo, y, a riesgo de perder su posible recompensa, no dudaría en tomar cartas en el asunto. Todo dependía, aseguró, de nuestra profesionalidad y saber hacer.

Y nos dejó marchar.

Llevé a Billy a la nave de Ciempozuelos, sabedor de que nos seguían, aunque no veía un maldito faro tras nosotros. Me reproché no haberme fijado de camino de casa a Ciempozuelos y de ahí a La Sagra en que me seguían. En realidad, tampoco habría cambiado mucho las cosas.

Le pedí a Billy que fuera todo lo discreto que nunca en su vida había sido. Le pregunté de dónde había sacado las anfetas y me respondió que las había pillado en un poblado cercano. Le dije que se acabó salir a por droga. Le dejaba comprar algo de comer al día siguiente (evidentemente en efectivo), pero que no volviera a salir de la nave. Lo cogí por las mejillas y lo amenacé con matarlo con mis propias manos.

Ahora, sigo frente al café frío. No me fío de Augusto Babic. ¿Quién demonios lo haría?

Me he quedado dormido con los brazos y la cabeza sobre la mesa. El timbre me ha despertado.

Estoy azorado. Miro el reloj: las nueve y media. He sobado cerca de dos horas sobre mis brazos y ahora los tengo dormidos y las piernas entumecidas.

Como un pelele, me pongo en pie.

¿Qué hago?

Tengo un plan de huida trazado desde que me fui a vivir a esta casa. Consiste en escapar por la ventana de la cocina, que da a un patio interior. Vivo en un primero y puedo descender por la bajante con facilidad. Desde el patio interior puedo salir a la calle, atravesando el portal. Pero si son los hombres de Kanashiro, sea quien sea ese hijo de puta, me parecería ciencia ficción que no hubiera un par de maromos apostados ahí.

Debo reaccionar.

Suena otra vez el timbre y tomo una decisión. Contengo la respiración como un domador de leones hambrientos y me planto frente a la mirilla sin hacer un solo ruido.

Son un hombre y una mujer. No parecen sicarios. Más bien, dan el palo de ser de la pasma. Qué narices está pasando…

—Jon, sabemos que estás en casa, abre.

Es la tipa la que habla y lo hace como lo que es, una poli. ¿Cómo han dado conmigo? O más importante, ¿por qué? Ahora recuerdo la llamada de mi contacto en la Central de Pablo Iglesias y cobra cierto sentido… ¿por fin ha denunciado Labat?

—Voy, es que estoy en pelotas —grito.

Siendo la pasma, el plan de huida era más factible, pero prefiero no sumar a más elementos indeseables a mi persecución, menos a la poli.

Tengo que pensar rápido y ser muy cauto.

Abro.

—Goizueta, somos la Policía Nacional, ¿nos dejas pasar? —dice el gordo y calvo.

—Claro, pero os advierto de que no me van los tríos.

## XIII

Por fin ha sucumbido a la bajona.

Después de más de veinticuatro horas de desfase y desenfreno sin control, llegó a su límite. Echó a los jóvenes de su habitación —en realidad, el hotel lo había amenazado con llamar a la Policía— y terminó por dormirse.

Se ha despertado a las dos horas y ha pasado las últimas cinco compadeciéndose. Al fin, ha querido buscar alguna solución, sin cerrarse a nada.

La primera y más evidente, quitarse de en medio. Es la segunda vez que se lo planteaba en pocos días, y eso que nunca antes lo había hecho. Imagina que, si sigue así, terminará por acometer la proeza. Pero no, ahora no.

Luego, entrar en una clínica. A ver, no está mal, quiere cambiar, dejar la coca, la bebida y, sobre todo, el juego. Ha dilapidado tanto dinero que, sólo de pensarlo, pierde la respiración. La recupera gracias a una arcada no productiva. Llora. Se jura ponerse en manos de una clínica para patología dual, para tratar su politoxicomanía y ludopatía. Pero ahora es imposible, tiene algo de dinero con el que entrar y pagar la terapia, pero sería renunciar a su vida televisiva… y no lo ve ni tan mal.

Pero no, tiene que intentar conseguir el dinero y pagar a Florin, aprovechar el verano para desengancharse y dedicar los ingresos de la próxima temporada a saldar su deuda con Babic. Suena difícil, pero él se lo ha buscado.

No sabe si volver a acudir a Mihai, desde luego, no para más póker, si acaso para la Mors. El problema es que no tiene ningún soplo que le permita hacer una apuesta segura como la de Laura Burgos.

Le da mil y una vueltas. Llama a un par de conocidos del mundo del corazón y les pregunta si saben de alguien que esté a punto de palmarla. Le reciben con incredulidad, ¿para qué quería saber algo

así? No saca nada, nombres de gente por la que no le dejarían apostar.

Se queda adormilado sobre el sofá. Es una especie de duermevela de la que en ciertos momentos sale sobresaltado, con espasmos angustiados. Así pasa los minutos durante un tiempo…

…Y se despierta del todo con una idea ridícula, absurda, inviable, pero que le ayudaría a salir del atolladero en el que está. De hecho, mataría dos pájaros de un tiro. La clave se la dio el chico rubio de anuncio.

Pero no puede hacerlo sólo. Necesita ayuda.

Tiene otra idea.

Se viste y coge un taxi con dirección a la Cava Baja, a La Posada del Truhan.

## XIV

—Lo mejor será que nos dejes solos, no quiero que te involucres en nada de esto. Tienes que estar limpio.

Miguel Kanashiro es un hombre de una edad indeterminada. Es probable que sea mucho mayor de lo que aparenta o que disimule muy bien los achaques. Tiene claros rasgos japoneses y viste unos chinos y una camisa remangada hasta los codos.

La orden, formulada pausada y serenamente, se la ha dado a su yerno, Eduardo Labat. Porque, aunque no media imperativo, Miguel Kanashiro no hace sugerencias ni ofrece posibilidades. De todas formas, por primera vez desde que lo conoce, Labat opone algo de resistencia.

—Miguel, María es mi mujer y quiero estar en esto.

—¿No me vas a poner en evidencia ante mi invitado, verdad?

Eduardo Labat termina por cejar en el empeño. En realidad, sólo quería mostrarse preocupado, interesado por el paradero de su mujer. Si algo le sucediera a María —en realidad, le daba un tanto igual—, tenía que garantizarse la herencia, seguir manteniendo el grifo abierto. Y, aunque era el padre de sus nietos, tenía que mostrarse ante Kanashiro como un fiel y abnegado esposo de su hija.

—¿Le puedo ofrecer algo? —dice al fin, cuando la puerta del sótano se ha cerrado tras la figura de Eduardo Labat.

–No, señor Kanashiro, estoy bien —responde Pete Kelly.

—¿Qué han avanzado? —interroga el japonés.

—Ya tenemos a la Policía española investigando la desaparición. Hemos evitado valernos de la Unidad dedicada a las personas desaparecidas, porque sería difícil escurrir el bulto. El amigo de Azcona nos servirá para que, si son ellos los que dan con los secuestradores, podamos seguir el plan que tiene en mente. No nos será muy difícil que esto quede en nada para la Policía española.

Porque la primera orden que dio Miguel Kanashiro cuando Eduardo Labat le informó de la desaparición de su hija, fue la de no acudir a la Policía. Intuyó que detrás se encontraba alguna organización criminal enemiga que quería hacerle daño donde más le duele. Pronto puso en marcha un operativo por todo lo alto para dar con ella y un merecido castigo a sus raptores. En muy pocas horas, ya sabían quién la había secuestrado: Guillermo García, alias Billy.

No podía haber nadie importante detrás de ese energúmeno, dado su lamentable historial. No era un profesional, sino un raterillo chapucero. Tenía, además, un antecedente por agresión sexual. Pero ya era tarde para acudir a la Policía española y no involucrarse demasiado.

No sabían qué querría ese delincuente de pacotilla, incluso dudaban que fuera consciente de a quién había secuestrado. Así que tiró de su contacto en la Interpol, precisamente, la persona supuestamente encargada de atraparlo, a quien tenía untado, como a otros perseguidores suyos en las policías de todo el mundo. La idea, casi desesperada, era implicar, extraoficialmente, a la Policía Nacional en el dispositivo de búsqueda de su hija. Al no mediar denuncia, si daban con él, podría aplicarle el correctivo que considerase oportuno. Y lo tenía muy claro.

Porque, a la luz de lo que sabían, a Miguel Kanashiro le daba la impresión de que se trataba de una cuestión sexual. El degenerado que había secuestrado a su querida hija debía de ser un depredador y lo hizo con intención de violarla y, luego, matarla y deshacerse de su cuerpo. No tenía otro sentido que no se hubiera pedido un rescate.

Kanashiro estaba desgarrado por dentro, imaginando que, cubriéndose de las amenazas más evidentes, había descuidado las más comunes, aquellas que acechan a cualquier mortal. Se había blindado contra las organizaciones legales y criminales que lo cercaban, pero no contra el incierto riesgo que supone someterse a la arbitrariedad de un perturbado mental.

Lo raro era que el mindundi había desaparecido. No estaba en su casa, ni en ninguno de los sitios que solía frecuentar. Se lo había

tragado la tierra. Un delincuente de medio pelo se había convertido en alguien capaz de burlar a una de las organizaciones criminales más poderosas de todo el mundo.

Por eso, ahora, tenía demasiadas esperanzas puestas en que la Policía española pudiera arrojar algo de luz, que quizá ese atorrante no hubiera perpetrado aún su crimen. Y sabía, en el fondo, que esa esperanza era su mayor debilidad.

—Pero tu compañera no sabe nada, ¿verdad?

—Tranquilo, señor Kanashiro, ella colaborará. Confía ciegamente en mí —responde Kelly, no sin algo de afección.

—Pete, si conseguís encontrar a mi hija viva, prometo que no tendrás que volver a pensar en el dinero en lo que te queda de vida.

# XV

Lo que me faltaba ahora es que el subnormal de la tele quiera verme.

Esta tarde, unas horas después de que se hayan ido los maderos de mi casa, Junior me ha llamado para decirme que un tipo importante me buscaba. Casi se me sale el corazón por la boca: no puedo tener más sobresaltos así.

Lo bueno es que no era lo que yo pensaba. Al preguntarle por ese pez gordo, me ha dicho que era un famoso de la tele, el tal Bob Martel. Que se ha presentado en La Posada preguntando por él, y que, al llegar, le ha explicado que andaba desesperado con dar conmigo. Le ha comentado que estaría por la zona, esperando para que me reuniera con él y le ha dado su número de teléfono.

Estaba muy nervioso según Junior.

Pero yo no estoy ahora para las tonterías de ese tipo.

La poli se ha enterado de que he ido preguntando a mi contacto en la Central de Pablo Iglesias por María Labat. Supongo que ese era el motivo de su llamada de anoche, cuando iba de camino a La Sagra. Y por eso han venido a mi casa.

Yo me he salido por la tangente. Les he dicho que sí, que así era, pero que la razón de que lo hubiera hecho es que había alguien ofreciendo pasta por conseguir información sobre ella y que yo he empezado por preguntar en la pasma. No sé si se lo han tragado, pero tampoco han insistido demasiado, no tenían más con que presionarme.

Me han amenazado, insinuado que saben que estoy en el ajo, pero les he dado esquinazo: ¿por qué investigan una desaparición que no está denunciada? Y se han callado.

No iba a darles ningún nombre, pero tenía un as escondido bajo la manga. Si la cosa se ponía fea, siempre podía utilizar el nombre de Augusto Babic. Habría sido él el que me habría pedido a mí y a otros sospechosos habituales información sobre María Labat. De

hecho, no me parecía mala idea que el Croata tuviera una visita de la Policía. Aunque, bien visto, podría haber sido mi sentencia de muerte.

Así que me he dado mus.

La pava, una malas pulgas de manual, ha sido un poco cretina, ha jugado duro y algo sucio, pero he estado sereno. El gordo calvo iba de colega, pero se le nota oxidado. Ha querido quedar bien, en plan amigo, y en que les diga algo si es que decido colaborar: me ha dado su tarjeta.

No sé, tengo la impresión de que no saben por dónde seguir. Evidentemente, que la poli se meta en mis asuntos no es algo que me mole demasiado, pero, en estas circunstancias, no me parece ni tan mal tenerlos como posible salvavidas. Al final, siempre el trullo es mejor opción que acabar enterrado en cal viva en una fosa en La Sagra.

Antes de que se marcharan, y a riesgo de meter la gamba, les he preguntado qué estaban haciendo. Por qué estaban investigando una desaparición que no había sido denunciada. Que igual la mujer se había ido por su propia voluntad —ahí me hice un poco el loco—. La respuesta fue bastante elocuente: un portazo en mis narices.

Y con todo el lío que tengo encima, no se me ha ocurrido nada mejor que llamar al Bob Martel.

Le he preguntado que qué quería y me ha dicho que le gustaría proponerme un negocio irrechazable. Dice que está relacionado con la Mors. Quiere verme y he tratado de darle esquinazo, pero me ha ofrecido quinientos pavos sólo por escucharlo. A ver, el tipo sabe cómo llamar la atención.

Ahí está, en la mesa de una terraza de un bar de la Plaza de la Cebada, tomando algo fuerte, se le nota a la legua que está nervioso. Me acerco y lo saludo con los ojos. Él tuerce el gesto, como si estuviera afectado.

Me acerco y me doy cuenta de que lo que está es cansado. Tiene unas ojeras kilométricas y apesta a humanidad. Este no ha dormido bien en unos cuantos días. Me invita a que me siente con un gesto.

—¿Quieres algo?

—No, gracias.

Él se pide otro chinchón. No bebo alcohol y no estoy seguro, pero juraría que nadie menor de setenta años pide un maldito chinchón.

—Mira Bob, te seré sincero, he venido sólo por los quinientos pavos. En realidad, como te he comentado por teléfono, no tengo mucho tiempo, así que suelta lo que quieras, pero, sobre todo, suelta la pasta.

—Antes, espera a escuchar lo que te voy a proponer.

—Yo te escucho. Tienes quince minutos, pero te adelanto que mi respuesta es que no.

—Vale, vale. ¿Te acuerdas de lo de la Mors, la porra de la muerte?

—¿Acaso crees que tengo alzhéimer?

—¿Y sí te digo que tengo una idea para ganar mucha, muchísima pasta?

—Supongo que será apostar por otra persona que está a punto de diñarla…

—No, en realidad no. Sería apostar por alguien a quien vamos a matar.

—No me vengas con esas… —le hago un gesto para que baje la voz.

Es evidente, va pasadísimo y no le importa absolutamente nada.

Ya cuando lo conocí en el hotel del aeropuerto me pareció que desprendía ese aire de la gente que está desesperada.

Y esta… esta sí que es buena.

Quiere liquidar a alguien, supongo que hacer que parezca natural o un suicidio, y cobrarse una buena pasta.

Tiene que estar metido en una gorda para querer hacer algo semejante. Porque no me cabe duda de que gana millones de euros al año, se lo debe levantar doblado. Si no, ¿a qué jugársela así?

—Mira, lo mejor será que me vaya y que esta conversación nunca haya tenido lugar. Ni te voy a pedir los quinientos pavos. —Paso de líos con gente desesperada; son imprevisibles. No quiero que me vuelva a llamar nunca y rechazar el dinero es una declaración de intenciones.

—Tengo un plan. Hay ciertos riesgos, pero sólo tendrías que…

—¡Te quieres callar de una puta vez! —he gritado y la gente de alrededor se ha girado para mirar qué pasa. Evidentemente, que en la mesa esté Bob Martel no ayuda demasiado a pasar desapercibidos. Me he disculpado con un gesto ante todos.

—Escúchame, te hablo de muchísimo dinero. El sesenta por ciento de los beneficios de la apuesta serían para ti, y sé una forma de hacerlo limpio y rápido. Sólo necesitamos hacernos con éxtasis líquido…

Es evidente que está como una regadera. Ha perdido la cordura que no sé si en algún momento ha debido tener.

Yo no sé quién está detrás de la Mors, pero si es el Chino el que paga las apuestas, tiene que ser algo gordo. Con que sólo fuera él, la cosa ya sería muy delicada. Joder al Chino es darse por muerto. Lo que me faltaba era tener detrás al Chino y a Babic pidiendo mi pescuezo. Nah, es ridículo.

Aunque tengo un poco de curiosidad por saber a quién quiere cargarse y cómo —algo he oído de que el éxtasis líquido es bastante difícil de detectar en ciertos análisis—, prefiero no seguir con el asunto. Así que me levanto y me voy.

No miro atrás.

Espero no volver a cruzarme con ese pirado.

De camino a casa, me doy cuenta de que está anocheciendo y pienso por qué demonios estoy perdiendo el tiempo como un retrasado.

Tengo que ponerme en marcha, porque Babic nos ha dado cinco días y ya hemos desperdiciado uno. Ni siquiera me he planteado cómo vamos a pedir el rescate. Tampoco me atrevo a llamar a Billy, aunque debería hablar con él para comprobar que todo está bien.

Así que, en definitiva, me quedan cuatro días.

# III
# La cuenta atrás

# CUATRO DÍAS

## I

Sé que el poli gordo me está vigilando.

Ayer, cuando dejé al de la tele, lo vi acechándome. No creo que sea un piernas, se deja ver a propósito. Quiere marcar su territorio, asustarme, pero si piensa que tengo algo que ver con la desaparición de la mujer de Labat, no sé por qué no lo hace con más disimulo. Lo normal sería que me dejara en paz y me siguiera allá donde quiera que la tenga escondida.

Sigo bastante descolocado por cómo la poli está metida en este asunto.

Pero ahora tengo que centrarme en el plan. El plan que todavía no tengo. He llamado a Billy a primera hora, por supuesto, a través de nuestros móviles de prepago. Me dice que está todo correcto, pero que esta noche han pasado algo de frío. Es verdad, aunque sea mayo, casi junio, todavía puede hacer su buen frío por las noches. Tenía pensado llevarles unas mantas, pero con todo el lío de Babic, se me pasaron las buenas intenciones.

Evidentemente, no voy a salir de casa. Tengo reservas latinas de sobra. Me siento sobre el sofá, café en mano y paquete de Winston recién abierto, y comienzo a darle a la hormigonera:

1. Punto uno y más importante: no exponerme. Será Billy el que lo haga todo: el contacto con Labat para pedir los dos kilos y la recogida de la pasta. Cómo, no lo sé aún, pero lo indispensable es que yo esté fuera de la ecuación. Si hay alguna opción de salir con vida de esta, esa pasa por quedarme completamente al margen de todo.
2. Punto dos: empecemos por el final. Qué posibles desenlaces hay. Esta es fácil: que acabe muerto, en la cárcel o vivito y coleando. No hay más.

En mi analítico proceder, le doy un 70/33/7 por ciento de probabilidades a cada evento. En realidad, pueden suceder dos de forma consecutiva, como que acabe en la cárcel y allí me den boleto. Son especulaciones combinadas, y aunque se tendrían que dar ciertas filigranas, hay que tenerlas en cuenta.

3. Punto tres: Cómo llego hasta cada uno de esos desenlaces.

Vayamos por partes.

a. Muerto: siendo el escenario con más probabilidades, es, a la vez, el que más posibilidades abarca. Es una incógnita: desde que a Billy lo pillen en cualquier momento (nada extraño, conociéndolo) y den conmigo los hombres de Labat o del propio Kanashiro de alguna manera, hasta que Babic decida liquidarnos, sea cuando sea. Quiero decir, morir a manos de Babic puede suceder en diez minutos —que el Perro aparezca en mi casa y me degüelle—, en unos días —cobrado ya el rescate—, o en unos meses —estando en la cárcel—. Evidentemente, ahí quedo absolutamente a merced de la psicopatía del puto Croata.
b. En la trena: bueno, esta es la más sencilla, y aunque hay opciones coyunturales, también la que está más en mi mano. Confieso todo al gordo y la malas pulgas y para el talego. Puedo ponerme de lado, presentarme como el colaborador de Billy —eso rebajaría mi condena—, pero no tengo claro que quiera pasar poco tiempo a la sombra estando el tal Kanashiro y Babic de por medio. El primero, si es lo que creo que es, no tendrá demasiados reparos en darme pasaporte, ni siquiera esperar el tiempo que haga falta para vengarse de los secuestradores de su hija.

c. Vivito y coleando: pues eso, mi sueño, pero también un poco quimera. Le doy un siete por ciento de probabilidades porque siempre pueden suceder eventos imprevisibles. No se me ocurre ninguno. Porque, incluso saliendo todo bien —esto es: que consigamos el dinero del rescate sin que Billy la cague —, que Babic cumpla su palabra de no matarnos es mucho suponer. A lo sumo, a esto le otorgo un dos por ciento. Así que mi suerte la fío a que suceda algo que no tenga en el radar. En ese escenario, estar lo más apartado de Billy, sin saber muy bien en qué desembocaría eso, me parece lo más sensato.

Hay otra opción de salir vivo: ir a la cárcel y confiar que sea durante este tiempo cuando suceda algo imprevisible. Por ejemplo, puede pasar que en cuatro o cinco años Kanashiro y Babic caigan. Del Kanashiro, no tengo ni idea, pero de Babic sí que sé que algo puedo colaborar en ello. Me refiero a convertirme en un soplón. Estoy seguro de que el gordo y la malas pulgas estarían encantados de que les dijera todo lo que sé del Croata.

En fin, estoy hecho un auténtico lío. Es evidente que todo pinta francamente mal, pero voy a intentar jugar mis cartas de la mejor manera posible.

Recapitulando: tengo como un cuarenta por ciento de probabilidades de no diñarla durante los próximos días. Creo que lo mejor es que explote ambas opciones al máximo.

Voy a hacer una combinada: trazaré un plan para que Billy pida un rescate a Labat y, a la vez, me guardo el as de la poli —cojo la tarjeta del gordo: Domingo Fanjul, se llama.

Creo que es lo mejor que puedo hacer…

## II

La ha vuelto a cagar.

Por supuesto, no le ha dicho nada a Jon cuando lo ha llamado por teléfono, igual que la otra vez. Si se enterara, iría hasta allí a matarlo.

Pero ya está un poco harto de Jon. Siempre tan listo él y tan soplapollas. Se cree el jefe de todo, y no es más que un pringado que no habría sido nadie en la vida de no ser por su hermano Iván. Si le toca mucho más los huevos, piensa cargárselo. El muy subnormal tendrá suerte de que lo deje con vida cuando todo acabe.

Porque piensa quedarse con el diez por ciento de los dos kilos que les prometió Babic. No sabe cuánto es, pero un buen pellizco, fijo. Y ojo no se largue con toda la pasta. Que los den por culo a todos.

No tiene miedo. Lleva varios días a base de anfetas y speed. Está convencido de que todo va a salir bien. Nadie sabe quién es y cómo se las gasta Billy. Les va a dar su merecido a todos, empezando por Jon.

Le tocó bastante las pelotas la paliza que le dio, no tenía ninguna razón para tratarlo así. Luego, tampoco entiende por qué lo ha mandado a ese lugar de mierda y, menos, por qué se ha llevado la pistola.

Lo había dejado completamente desprotegido, porque en aquel lugar no había nada que pudiera asemejarse a un arma.

No se quejó, no quería estirar el chicle. Tenía que parecer a su merced. Sí bwana, lo que diga el señorito... Lo que Jon no sabía es que Billy guarda una pipa en el falso maletero de su BMW.

Y además está la otra… Lo está volviendo majara. Apenas habla y se pasa todo el día lloriqueando. Esta noche se ha quejado del frío. Él, puesto hasta las trancas, en realidad no lo ha sentido. Ahí ha sido cuando se ha acercado a ella y la ha abrazado. Notaba cómo temblaba de miedo.

Aunque olía un poco a mierda, se le puso tiesa como un palo. No le quedó otra que volver a hacerlo. Se zafó menos que la primera vez.

Jon no debe enterarse de nada. Cuando ella cante, él piensa estar muy lejos de todos.

—¡Que os folle un pez, hijos de puta! —grita.

## III

Son las doce del mediodía y Bob bebe el Martini que le ha ofrecido Mihai, mientras él hace unas llamadas, mismo procedimiento que cuando lo de Laura Burgos.

Está nervioso, pero son nervios de impaciencia. Se ha tirado a la piscina y no hay vuelta atrás. Tiene a Mihai en el bote, aunque no puede confiar ciegamente en él. A lo mejor se la quiere jugar —lo que es seguro es que se cubrirá las espaldas de alguna forma—, pero es un riesgo que tiene que tomar.

Después de que le diera largas el cretino de Jon, se reafirmó en que lo haría de todas formas, solo o acompañado.

Llamó a su camello para ver si podría conseguirle éxtasis líquido. Él no tenía, pero le pasó el contacto de uno que sí. Quedó con él y le compró suficiente como para tumbar a un elefante.

Una vez en el hotel, se vio tentado de probar la mandanga, pero ha tomado una decisión: mientras esté metido en este fregado, nada de drogas y muy poquito alcohol. Tiene que estar en plenas facultades.

Se ha levantado pronto esta mañana, como una rosa, y ha llamado a Mihai.

La Mors estaba de nuevo abierta y podía entrar. Se ha presentado en su casa, pero con cierto tiento. Tenía que ir con cuidado.

Después de varias vueltas y de que le explicara Mihai que todos los apostantes han vuelto a entrar, ha terminado por darle un nombre. El rumano lo ha mirado con recelo.

—¿Estás seguro? —le ha preguntado.

—Puedo apostar por quién sea, ¿no?

—Claro…

—Y él es suficientemente famoso, ¿verdad?

—No creo que ese sea un problema.

—¿Entonces?

Mihai ha dudado. Se huele algo y, peor aún, le da muy mala espina. Quizá Bob no esté en las plenas condiciones que imagina.

—Mira, Bob. No sé qué te traes entre manos, pero debes tener mucho cuidado.

—No sabía que también eras consejero. ¿Organizas tú este juego?

—¿Eso importa?

—En realidad, no. Te estoy dando un nombre, si me lo aceptan, bien, si no, me voy con mi dinero a otra parte. Supongo que tú haces negocio por meter pasta, ¿no?

—Tengo la impresión de que vas a hacer una tontería y no quiero poner en peligro ni el juego ni mi reputación. Si esto se tuerce por mi culpa, me puedo dar por muerto o, peor aún, fuera de los negocios.

—¿Cuánto crees que me darían por esta apuesta?

—Treinta o cuarenta a uno, supongo. Si es que te la aceptan, que no lo tengo claro.

—Si meto, digamos, sesenta mil, a treinta a uno, hablamos de cerca de dos millones de euros.

—Sí, eso parece.

Bob se ha sentido en su salsa. Mihai no se había revuelto lo suficiente, por lo que, si seguía con su estrategia, todavía había opciones de convencerlo, pero tenía que camelárselo un poco más.

—Te propongo algo: mueve la apuesta y si gano, te doy un cuarenta por ciento.

Mihai seguía intranquilo, pero Bob tenía la impresión de que el rumano comenzaba a ver una luz.

—¿Y si no ganas? O peor, ¿si la lías?

—Si no gano, es cosa mía. Tú no perderías nada. Si la lío, también es cosa mía. Siempre puedes argumentar que no tenías ni idea de qué me traía entre manos. Soy de fiar, ¿no? Vengo de la mano del propio Florin Popescu.

—Eso no lo saben. Saben que eres tú, pero no de parte de quién vienes. —Dudó mesándose los pelos de la barba. —En realidad, supongo que sí, que eres un valor fiable…

—Pues no tienes mucho que perder, por no decir que nada —Bob seguía insistiendo, aunque sabía que el rumano se lo estaba

pensando.

—Un riesgo sí que corro, aunque sea pequeño. No hago eso gratis, y si no ganas, no veo un euro.

Ya lo tenía dónde quería exactamente.

—Está bien. Sólo por mover la apuesta, te ofrezco cincuenta mil euros. Siempre y cuando no gane. En ese caso, te la soplarán los cincuenta.

—Déjame que pregunte —le había dicho.

Oye ruidos. Mihai ha terminado de hacer las gestiones. Instintivamente se levanta, pero de inmediato se vuelve a sentar. Saca un cigarrillo y se lo enciende.

—Ah, no, aquí no se puede fumar. Mi mujer me mata. Sal al balcón —le dice el rumano sin mucho reproche.

Bob se levanta y sale al balcón, que no es ni muy grande ni muy pequeño. La Gran Vía lo recibe con bocinas y humo. Mihai lo sigue. Se imagina al rumano tirándolo al vacío y se ríe nerviosamente. ¿De qué te ríes? Le inquieren los ojos de Mihai.

Él se enciende un purito. Están en una posición casi ridícula: los dos apretujados en el balcón, demasiado cerca el uno del otro.

—¿Qué?

—Treinta y cinco a uno. Un mínimo de diez y un máximo de cien. Les he dicho que sesenta. Lo aceptarán, pero no podía cerrar el trato de primeras, tengo que hacerles ver que lo consulto contigo.

—¿Cuánta pasta hay?

—Tres kilos. Siempre pasa cuando entra uno nuevo y gana, aunque no es algo que suceda demasiado a menudo.

—Pero los participantes no saben quién ha ganado, ¿por qué apuestan más?

—El que pierde, siempre apuesta más. Al perder los de siempre, el bote es mayor. La casa gana.

—¿Alguna vez el bote es menor que el premio?

—Sí, ha sucedido, claro, pero la casa gana mucho con este juego como para no asumir esas pequeñas y puntuales pérdidas.

—¿Y el resto saben quién es el muerto de la apuesta ganadora?

—Sí, ese es el juego.

Mihai da una calada al purito que desprende un olor a canela. Bob sabe que está sopesando algo, como si confesarle cierta cosa de lo que pueda arrepentirse.

—Mira, Bob. La casa sí sabe quién gana. Saben que entraste, que apostaste por Laura Burgos y que ganaste en menos de veinticuatro horas. Este juego ha habido veces que ha durado meses, incluso años. No es normal entrar como tú. Ahora, llegas y apuestas de nuevo. Si ganas tan pronto, van a tener la mosca detrás de la oreja. Una vez es suerte, dos, no.

—Pero supongo que a la organización le interesa que el juego vaya rápido…

—Sí, eso sí, pero la gente puede quejarse. Prefieren tener a los clientes habituales contentos a ganar dinero rápido un par de veces.

—Pero si los participantes no saben quién gana —reflexiona Bob.

—No te quiero engañar, Bob, la mayoría de los habituales se conocen y saben quién apuesta por quién.

—Ya, un juego amañado…

—No, amañado tampoco. Dejan entrar a unos cuantos para que el bote sea mayor y para que la organización tenga más beneficios. Las condiciones de entrada para los *outsiders* son distintas que para los habituales.

Mihai ha terminado por abrirse en canal a Bob. Parece que quiere convencerlo de que no apueste, pero Bob sigue en sus trece.

—¿Qué puede pasar?

—No lo sé. No creo que pase nada por esta vez, la verdad. De pensar lo contrario, no habría ni levantado el teléfono. Ahora bien, creo que no te dejarían volver a apostar nunca.

—No tengo intención de hacerlo.

—Lo que tengo que valorar yo es si me dejarían seguir siendo corredor de apuestas. Me pones en un compromiso. A ver, si no ganas, no hay problema. Si te pillan, puedo intentar convencerlos de que yo no tenía ni idea de tus intenciones… pero se supone que me pagan para adivinar o intuir esas cosas.

—¿Te vas a rajar?

—Nunca he estado dentro, tampoco fuera. Sólo he preguntado para ver qué pasaría...

—¿Entonces?

—Mira, te diré la verdad. Estás apostando por un cliente habitual. Eso te da mucha chance de no ser pillado. Quiero decir, si un habitual apuesta por otro habitual, lo que no va a hacer es reconocerlo y a la casa la deja bastante cubierta. Eso es lo único por lo que me planteo meterme contigo en esto.

—Pero quieres más…

—La mitad. Cincuenta-cincuenta.

La mitad es más de un millón de euros, con eso, podría saldar toda su deuda e, incluso, pagarse la entrada en el centro de desintoxicación.

—Hecho.

—Y cien si no ganas.

—Eres un cabrón correoso, Mihai, pero acepto.

—Sólo espero que no me lleves al agujero. Si es así, te puedo asegurar que te mataré con mis propias manos.

Y Bob se lo imagina. El rumano mide cerca de dos metros y tiene los dedos de la mano como su brazo. Aunque carraspea un poco, termina por decirle que es un placer hacer negocios con él y que no se arrepentirá.

## IV

No ha tardado mucho en dar con el nombre de Guillermo García.

A las diez de la mañana tenía las imágenes de las cámaras de seguridad de La Moraleja; a las diez y cuarto, el nombre del dueño del BMW y su domicilio en Algete. Un poco más tarde, ha descubierto en los informes de la época que el hermano fallecido de Guillermo, Iván García, era socio habitual de Jon Goizueta.

Hay gato encerrado.

Ha llamado a Fanjul para decirle que ha dado con un sospechoso, que iba de camino a su casa en Algete y le ha informado del vínculo entre él y Goizueta. Domingo la ha felicitado con entusiasmo.

Por su parte, él le ha dicho que sigue tras Goizueta, pero que no está haciendo, de momento, ningún movimiento extraño.

Ahora, sabiendo de su posible nexo, quizá era un buen momento de hacerle una nueva visita.

De la Interpol, ninguna novedad, aunque le comenta Fanjul que se verá con la inspectora Azcona a lo largo del día.

Está llegando a la casa del sospechoso. Es un chalé y la cancela de entrada para coches está abierta. Reduce al máximo la velocidad, con intención de advertir cualquier peligro. Sopesa si entrar con el coche dentro de la finca, algo no muy recomendable (sería un allanamiento, y más de servicio), pero no hay espacio para parar en la carretera. Debería irse a la calle más cercana, aparcar y hacer todo el camino andando. Así que se decide por entrar.

No hay ningún vehículo en la casa, por lo menos, a la vista. Estaciona a no demasiada distancia de la vivienda, eso sí, habiendo dado la vuelta, por si necesita salir corriendo.

Se acerca a la puerta y ya desde unos cuantos metros se da cuenta de que está abierta. Segunda infracción que va a cometer, pero ahora no puede dejarlo así. Entra.

La casa está hecha una cochambrera: es evidente que Billy no limpia mucho, pero no es sólo eso. Está revuelta, alguien ha estado buscando en ella, y, tiene la sensación, no han dado con lo que querían. Supone que los hombres de Kanashiro habrían descubierto que el tal Guillermo García es el secuestrador de María y le hicieron una visita en su domicilio. Tiene pinta de que esto ha sucedido hace unos días. Es evidente que les sacan varios cuerpos de ventaja (si es que no han dado ya con el sospechoso, en cuyo caso, ya no hay mucho más que hacer). Se lo toma como un reto.

Está segura de que en esa casa no hay nadie, pero sigue investigando, con cuidado y tiento. Aunque es de día, en el interior hay poca luz, muchas persianas están echadas, así que utiliza la linterna del móvil.

Se encuentra con una puerta abierta que antecede a unas escaleras que descienden. Es un sótano. Su instinto le dice que ahí hay o ha habido algo. El hedor es importante. Comienza a bajar, pistola en una mano y el móvil alumbrando en la otra, una a una las escaleras. De lado. Al llegar, se encuentra con un cuadro: el suelo está lleno de meados y defecaciones humanas. Ahí ha estado la mujer de Labat un tiempo, sin duda.

Explora el cuarto, ya con la guardia bajada. Mala idea. Un objeto contundente le golpea en la cabeza por la espalda. Cae al suelo inconsciente, golpeándose con fuerza en el hombro, pero eso ya, no lo nota.

# V

He estado dándole vueltas y creo que sé cómo podemos hacer todo el tema del rescate.

El problema es que necesito ir a visitar a mi colega Gámez y debo hacerlo sin que el gordo seboso me siga.

Supongo que no será muy difícil darle esquinazo, pero necesitaré, por lo menos, dárselo una vez más en otro momento para ir a la nave de Ciempozuelos. Cuando suceda —imagino que mañana o pasado, a lo sumo— sí que será importante que no me siga de ninguna manera, por lo que me reservo para ello mi plan principal y trazo uno alternativo para mi visita a Gámez.

Así que me pongo a ello.

Salgo de casa con una mochila y me lo encuentro más o menos cerca, está en el bar de la esquina tomando un café, sentado en una mesa desde la que ve a la perfección mi portal. Nos cruzamos las miradas. Aprieto el paso, pero tampoco demasiado. No quiero que se mosqueé conmigo. Entro en la estación de Metro de La Latina, a unos pocos pasos del bar. Echo la vista atrás y ahí está. Doy por hecho que en esta ocasión quiere alcanzarme.

—¿Dónde vas, Goizueta? —me interroga por la espalda. Nunca me llaman Goizueta, por lo que se me eriza un poco el pelo de la nuca.

—Tengo que hacer unos recados, ¿y tú?

Se pone a mi altura. Camina conmigo y noto que le falta un poco de aire. Menudo policía de mierda.

No hablamos, pero vamos juntos. Voy a la izquierda, para coger el Metro en dirección a la Alameda de Osuna. Lo miro y me responde con el mentón, con un gesto que significa: tira para allá.

Esperamos juntos el tren. Dos minutos, dice la pantalla. Lo miro de reojo y noto que él hace lo mismo. Supongo que quiere hablar conmigo, pero prefiere esperar a que nos sentemos en el vagón. Saco el móvil para mirar Instagram.

Llega. Subimos y nos sentamos juntitos, en una de esas filas de tres asientos —yo en un lado, él en el centro—, y noto lo tremendamente gordo que está. Abre las piernas intimidatoriamente.

—¿Qué recados tienes que hacer? —pregunta mirando hacia ningún sitio.

—Tengo que comprarle unas bragas a mi vieja.

—¿No irás buscando a Guillermo García?

Reconozco que tardo en darme cuenta a quién se refiere. Nunca he oído a nadie llamarlo así, pero está claro que ya saben quién secuestro a la mujer de Labat.

—No sé dónde anda, lleva unos días desaparecido…

—Ya, como la mujer de Labat, ¿coincidencia?

—Puede ser.

Fanjul se calla. Ahora soy yo el que mira hacia todos lados, incómodo. Próxima estación: Ópera.

—¿Dónde vamos? —me pregunta.

—Tú sabrás.

Volvemos al silencio, supongo que espera a retomar el tema de Billy. Tengo que pensar qué decir. Próxima estación: Callao.

—Mira, Goizueta, te diré todo lo que hay y, luego, tú decides qué haces. Resulta que vas preguntando por María Labat, pero no por ahí, sino en la puta Central de Policía. Bueno, tu excusa, aunque un poco floja, puede valer: aceptamos que lo hagas para llevarte unos cuartos, si bien supone pedir un favor demasiado grande para lo que obtienes. Pero vale. Luego, sabemos que eras el novio del hermano del secuestrador de María Labat…

El gordo hace una pausa, como para que yo sopese sus palabras. No es la primera vez que se refieren a Iván como mi novio, pero si piensa que me molesta lo más mínimo, es que es un gilipollas. No pienso responder.

—No sé, creo que se te está poniendo oscura la cosa —sentencia.

—Tú mismo lo has dicho. —Ahora sí que entro—. Sé más de lo que debería, como que la desaparición de la mujer de Labat no ha sido denunciada. Así que no sé muy bien qué coño pintáis tú y tu amiga investigando nada.

Próxima estación: Gran Vía.

—Sabes demasiado, pero no lo sabes todo…

—Suficiente como para decirte que te vayas a tomar por culo.

Vuelve el silencio. Evito mirarlo, aunque sea con el rabillo del ojo. Sé que me está mirando de hito en hito.

Se piensa que lleva la delantera y voy a dejar que se lo siga creyendo. Esto no nos lleva a ningún lado, pero sólo hay una cosa de la que no me cabe duda: cuando vaya a Ciempozuelos, tengo que estar al cien por cien seguro de que no me sigue.

—Te diré lo que creo. El hermano de tu novio ha secuestrado a la mujer de Labat y, por lo que sea, tú lo sabes. No sé si estás o no compinchado con él, pero lo sabes. A lo mejor es que le estás echando una mano. Da igual. El caso es que estás a tiempo de decirnos qué sabes y salvar tu culo, de lo contrario…

No dice más. Se calla. Próxima estación: Chueca. Me mira. Me provoca. No voy a entrar esta vez.

—Venga, hombre, sé razonable —dice por fin.

El tren cierra las puertas y se pone en marcha en dirección a Alonso Martínez. Me levanto, aunque acabemos de partir de la estación, dejando claro que me bajo en la siguiente. Me pongo frente a la puerta.

—Ya es casualidad que nos bajemos en la misma parada, ¿no crees?

Sigo sin responder. En realidad, no me preocupa que me siga hasta la tienda del Gámez. Sé que puedo confiar en él, porque odia a la poli tanto como el que más.

Aunque me ha seguido por la estación, ya no hemos hablado más. Al salir, no me he dado media vuelta para comprobar si me seguía. Tampoco lo he hecho de camino a la tienda. Doy por hecho que lo hace.

He entrado.

Gámez me ha recibido con entusiasmo porque hace poco que le quité de encima a unos mierdas que atracaban con frecuencia la

tienda. De todas formas, nos conocemos de toda la vida y, aunque nos veamos poco, tenemos una buena amistad.

Le he dicho que necesito hablar con él a solas —en ese momento había un cliente en la tienda—y me ha pedido cinco minutos. Lo ha atendido y he visto cómo le ha vendido cosas que el tipo ni sabía qué eran ni para qué servían. El Gamo —así lo llamábamos en el barrio— le vendería hielo a un esquimal.

—Dime, Jon, ¿en qué puedo ayudarte? —me dice al fin, después de echar el cerrojo de la tienda.

—Mira, esto es para un colega…

—Venga, tronco, que no necesito que me cuentes tu vida —me interrumpe, como molesto por las explicaciones—. Hay confianza.

—Necesito algo con lo que hacer llamadas que no se puedan rastrear. Un móvil de prepago preparado o algo así.

—Olvídate del tema móvil. ¿Quién crees que lo va a rastrear, la poli?

—No, no. La poli imposible. Sería un pavo al que vamos a hacerle un trabajito.

—¿El tipo es importante?

—Lo es, sí. Tiene medios… creo.

—Mira, lo mejor que tengo es esto.

Gámez saca de un armario un portátil, al tiempo que un tipo aporrea la puerta del local. Me asusto, pero no es Fanjul el que quiere entrar. Gámez suspira. Se acerca y abre la puerta. Le dice algo que no soy capaz de entender.

—Puto friki. Es uno que viene todos los días a darme la brasa. Lo he tenido que mandar a paseo.

—Bonita guardería de subnormales te has montado —le digo.

Gámez vuelve sobre el portátil.

—Es un pc normal que he customizado para este tipo de cosas. Le he instalado un software libre específico y el sistema TOR, para que sea prácticamente ilocalizable. Supongo que quieres que me ahorre los detalles, ¿no?

—Para mí, hablas en suajili, macho.

—En cristiano: se vale de un sistema de comunicaciones de baja latencia y superpuesta sobre internet para proteger la información

que viaja por ella y la dirección IP.

—¿Eso es cristiano? Me cago en la puta…

—A ver, navega por la darknet, ocultando su carné de identidad, para que me entiendas. Con este ordenador, será imposible que den con vosotros.

—¿Y cómo llamamos desde él?

—Nada, es sencillo. Ahora mismo te instalo una extensión para que pueda hacer llamadas y listo —me dice mientras cacharrea con el ordenador.

—¿Cuánto cuesta?

–Bueno, ese es un problema, supongo. Es un portátil con unas especificaciones muy concretas. A mí me costó dos mil pavos. Te lo dejo por ese precio por ser tú.

Pongo cara de boniato, pero sé que Gámez no intenta tangarme. Son lentejas. En realidad, no tenía ni idea de lo que me iba a costar, y haber llevado seis mil pavos en efectivo demuestra que, en el fondo, me temía algo peor. Tengo suerte de que los trabajitos para el Chino me hayan dejado una buena pasta.

—Está bien, Gamo.

Saco de la mochila un sobre con billetes relucientes. Pongo tres mil sobre el mostrador. Lo mira con recelo, porque sabe que no me he equivocado.

—Mira, tronco, va a venir la pasma a preguntarte. Un tipo calvo y gordo enorme. ¿Hay algo que no vendas?

—¿A qué te refieres?

—Que si hay algún cacharro de informática así sencillo que no vendas.

Gámez piensa. Tiene una tienda de componentes informáticos de segunda mano para cerebritos. Es como una especie de cazatesoros que los revende a hackers de cuarenta palos que no salen del cuarto de la casa de sus padres. Imagino que va a decir alguna frikada que no sabré ni qué es, por lo que no me valdrá, pero me sorprende.

—No vendo impresoras.

–¿No vendes impresoras?

—No. O sea, me planteé vender impresoras 3D, pero paso, porque las buenas, ocupan demasiado. La mayoría de mis clientes

no quieren una puta impresora y además es que es un producto de pena. Tienen una obsolescencia acojonante y paso de reclamaciones.

—Bueno, pues el caso es que, cuando venga el poli este, le tienes que decir que vine preguntando por una impresora.

—Oído cocina.

—Te preguntará por qué he estado tanto tiempo aquí, y le dirás que somos colegas, que nos hemos puesto un poco al día. Yo, ahora iré a comprar una impresora a otra tienda, aunque no la necesite, ¿alguna sugerencia?

—Hay un tipo muy fiable en la calle Barquillo, la tienda se llama ComPC. Dile que vas de mi parte o te timará. Si no la quieres para nada, que te dé la más barata.

Le doy las gracias y le pido que me enseñe a usar esa aplicación de teléfono. Necesito que sea para subnormales, porque la tendrá que usar Billy. Por suerte, es muy intuitiva. Tiene una interfaz –eso ha dicho Gámez— que imita el teclado de un teléfono. No hay posibilidad de fallo, ni siquiera para Billy.

Guardo el portátil en la mochila y le doy un abrazo.

—No me falles, ¿vale? —Gámez entrecierra los ojos, como ofendido, y no hace falta que diga nada más.

## VI

Hay novedades.

La noche se cierne sobre Madrid y Miguel Kanashiro y Eduardo Labat están sentados en sendos sofás del minimalista pero enorme salón de la casa de este último. Ambos se muestran cansados, más bien hastiados, pero escuchan atentamente lo que James Fritz, el hombre de mayor confianza de Kanashiro, les está explicando en una de las muchas actualizaciones que tienen a lo largo del día, la mayoría siempre infructuosas.

En este caso, se trata de algo que no aporta demasiado a la investigación, pero que sí puede convertirse en un problema. Una mujer ha entrado en la casa del hombre que ha secuestrado a María y la persona que estaba vigilando el terreno la ha dejado inconsciente. Al registrarla, ha descubierto que se trataba de la subinspectora de la Policía Nacional, Carlota Franco, la que está colaborando con la Interpol. Ahora mismo, la tiene retenida en la casa de Algete, bajo los efectos de un sedante.

Kanashiro entra en cólera. Lo último que necesitan es buscarse un problema con la Policía española. Le da igual que la mujer fuera armada, su hombre no debía haber hecho nada, en todo caso, seguirla, aunque seguro que cantaba a la legua que se trataría de una poli. Lo mejor es que la devuelvan a la circulación lo antes posible.

Kanashiro da una orden clara. Deben dejarla en libertad, pero que siga todo el rato fuera de combate y que lo hagan sin dejar rastro. No le importa cómo. James Fritz asiente.

—¿Qué sabemos del Tuerto? —pregunta impaciente.

—Ya sabe, señor, que el Tuerto va por libre. No nos informa de mucho, sólo sabemos que está siguiendo al otro poli —responde Fritz, que tiene un fuerte acento norteamericano.

—No le pagas para que siga a un policía, Miguel —le interpela molesto Eduardo—, sino para que encuentre a María. Todo lo que

descubra el poli lo tendremos a través de Kelly. Es malgastar recursos.

Kanashiro entiende a Labat y comprende que quiere aportar para encontrar a su esposa, pero tiene ganas de mandarlo callar. Se reprime para no dejarlo en mal lugar.

Su yerno es excelente en el trabajo que realiza para él y cree (o por lo menos, eso le está demostrando) que es un amantísimo esposo y un padre que se desvive por sus hijos, pero está claro que no tiene ni la más lejana idea de cómo hacer otras cosas más peliagudas, como esta, por ejemplo. Por eso se vino de Perú y se está encargando personalmente de buscar a su hija.

—Martin sabe lo que se hace, Eduardo, dejémosle trabajar —zanja.

## VII

Fanjul está intranquilo. No sabe nada de Carlota Franco desde el mediodía. La ha llamado un par de veces, pero el teléfono no da señal: apagado o fuera de cobertura. Son las nueve de la noche y le parece muy raro.

Pero su preocupación se difumina en el fondo de su encéfalo al ver entrar en el bar de Ponzano a la inspectora Marta Azcona. Se alegra de volver a verla, de que retorne a su vida.

Hubo un tiempo en el que necesitaba desconectar de todo lo relacionado con el CNI, y eso, mal que le pesara, incluía perder el contacto con las personas con las que había trabajado codo con codo durante tanto tiempo. Marta era una de las que más le costó despegarse, pero era una cuestión de pura salud mental.

Ahora cree que las heridas, que aún le duelen, han cicatrizado lo suficiente como para que no le afecte volver a verla. Pero está seguro de que no tiene sentido alguno rememorar lo que vivieron. No hay catarsis posible, no hay un proceso sanador que experimentar, sino sólo esperar a que el tiempo pase y la vida siga.

—Hola, Mingo. Perdona el retraso, pero se me había olvidado lo que cuesta moverse a ciertas horas por esta jodida ciudad.

—Nada, Azcona, me invitas a cenar y listo. Además, fijo que ganas el doble o el triple que yo.

—Eso no te lo voy a negar…

Fanjul siente que la química entre ambos sigue intacta, como sucede con dos amigos del barrio o del colegio que no se ven desde hace décadas. Es una energía muy positiva, de esas que sólo desarrolla un policía con uno o dos compañeros a lo largo de su carrera.

De hecho, no tiene nada de sexual, no hay ninguna tensión en ese sentido, quizá porque el propio Fanjul supo desde el primer momento que no estaba en la misma liga que Azcona, por mil motivos, como, por ejemplo, ser casi veinte años mayor que ella.

Azcona tiene cuarenta y pocos, o lo que es lo mismo, está en la flor de la vida profesional de un policía, piensa Fanjul. Pero hay algo que no le huele bien.

Lo ha notado desde el día en el que se reencontraron. La percibe apagada, cansada o quizá desmotivada. Fanjul sabe que ese es uno de sus fuertes, intuir a los demás. Tiene un olfato innato para esas cosas, para saber cuándo un sospechoso miente o cuando un amigo oculta algo. Sólo falló una vez en su vida: en su divorcio. No se lo vio venir, pero es que, entonces, estaba tan absorbido por su trabajo que lo raro sería que se lo hubiese olido.

En el caso de Azcona, considera que debería comerse el mundo, pero no con las ganas o ilusión de un principiante, sino con esa determinación madura que mezcla la experiencia y la plenitud física y mental de la edad por la que transita. Le restan unos cinco años de ese momento tan especial, a partir de ahí viene el declive. Lo sabe con conocimiento de causa, si bien está seguro de que Azcona ha llegado más lejos de lo que consiguió él. Sin embargo, la ve apocada y recelosa, como un animal herido, como si su tiempo ya hubiera pasado, aunque sea demasiado pronto. Vaticina que hoy va a descubrir por qué.

—No sabes lo contenta que estoy de volver a verte, amigo.

—El sentimiento es mutuo, pero supongo que tú jugabas con ventaja. ¿Sabías que yo estaba en esto?

—La verdad es que sí, pero te aseguro que es mejor tu situación. Yo me pasé dos noches seguidas durmiendo como el culo pensando en que te vería. A ti, por lo menos, te llegó todo de sopetón.

—Es lo más bonito que me han dicho en la puta vida, Azcona.

Fanjul se salta su cada vez menos estricta dieta abstemia, pero la ocasión merece la pena. Además, tiene que guardar las apariencias, Azcona era la única que le aguantaba el ritmo en sus mejores épocas y no quiere que se percate de la verdad: que se hace viejo.

Entre cañas, tercios y tapas sin probar, se ponen al día, olvidando pedir para cenar. Son las once de la noche y Fanjul se siente muy achispado, pero no tiene hambre.

Durante la conversación, en la que han hablado de todo y nada, ha seguido notando, por momentos, casi como fogonazos, ese deje

pesimista en la voz y la mirada de Marta (por fin, a la tercera caña, empezó a llamarla así).

—¿Qué demonios te pasa, Marta? —pregunta de una vez, fruto del envalentonamiento insensato que provoca el alcohol.

—No sé, Mingo, estoy un poco hasta el coño, la verdad.

—¿De qué?

Marta Azcona sopesa si lanzarse o no, si abrir un grifo que luego será difícil de cerrar.

—¿Pero tiene que ver con lo del CNI? ¿Te afectó hasta ese punto?

—No, Mingo. No es eso, aunque influye. Esa parte de mi vida la he sepultado en lo más profundo de mí. Me obligué a hacerlo y me dije: Marta, las cosas no son así, no funciona tan mal, el mundo no puede estar tan podrido.

Por fin ha llegado al punto de no retorno. Ya no hay vuelta de hoja, Marta va a abrirse en canal. Y lo peor es que, en ese mismo instante en el que su amiga o ex compañera o lo que sea que es Marta para él, se sincera, a él le viene a la cabeza Carlota Franco.

Ha estado dos horas sin pensar en ella, ni siquiera en los momentos muertos, o en las veces que Azcona ha ido al baño o a fumar. No ha pensado ni un instante en ella y, ahora, justo ahora, se agobia por no saber nada de ella. Tiene ganas de mirar el móvil, por si ha dado señales de vida, pero no se atreve a mostrarse así de descortés: para ello, debería sacar el móvil del bolsillo en un gesto demasiado evidente.

—Empiezo a colaborar con la Interpol y todas mis antiguas convicciones se refuerzan. Estoy otra vez en la pomada y con la certeza de que hay un equilibrio justo de las cosas… hasta que hace un año y medio me meten en el tema de Kanashiro.

—Dijiste que está blindado, ¿es eso?

—No joder, Mingo, no eres capaz ni imaginar de lo que te estoy hablando. No digo que el Gobierno peruano o la Interpol o la CIA o Dios bendito estén con él, no como organizaciones. Sólo que hay gente, dentro de cada casa, untado por Kanashiro hasta las trancas. No hay forma de acabar con él, porque nadie quiere acabar con él. No es ni un narco que suministre a Europa de coca o heroína, ni un proxeneta con una red internacional, ni un paramilitar que amenace

la convivencia de un estado, ni un estafador de ricos, es todas esas cosas a pequeña escala, y, por eso, no hay una determinación imperiosa de acabar con él.

—Ya —Fanjul no sabe qué decir exactamente.

—Kanashiro es la puta gallina de los huevos de oro de los corruptos del sistema. Es suficientemente discreto como para no molestar o no llamar la atención de los mandamases. Los untados se encargan de ser nombrados los responsables de su búsqueda con recomendaciones o moviendo los hilos necesarios. Nadie les pide cuentas, no, porque Kanashiro es demasiado sutil como para ser un problema real o visible.

Marta toma aire. Se reclina sobre la silla, estirando la espalda, como si hubiera hecho un esfuerzo físico sobrehumano. Hace una panorámica del lugar sin mirar a nada en concreto. Fija la mirada en un cuadro hiperrealista con motivos de caza, pero Fanjul supone que no ve más que formas cubistas.

—El tema es que, cuando ya no les interese, ya sea porque pierda poder o porque sea demasiado peligroso ocultarlo, acabarán con él.

—¿Crees que ese jefe la Interpol —Kelly, apunta Azcona, intuyendo por dónde va Fanjul—… Kelly, crees que está en el ajo?

—Yo qué sé Mingo. —Hace una pausa para beber el culo del tercio de Mahou—. Al principio estaba jodidamente enamorada de él… profesionalmente, no te pienses, que tú tienes la mente podrida. Me parecía lo mejor con lo que trabajar, pero fue pasando el tiempo, empecé a ver cosas… no sé, macho.

Vuelve a callar, como si necesitara calcular cada una de las palabras que va a decir. Fanjul sabe que están llegando al punto clave.

—No sé si lo está o no lo está, pero cada vez estoy más segura de que todo es una puta pantomima, incluso lo que estamos haciendo aquí en Madrid… Como si en realidad no estuviéramos nada más que cubriendo el expediente o, incluso, algo peor.

—¿A qué refieres? —la interrumpe Fanjul confuso.

—A cualquier cosa. Puede que le estemos ayudando a lo que sea que se traiga entre manos. En estos días que llevamos en España, apenas he visto a Kelly. No sé en qué anda.

—¿Por qué no le sigues?

—¿Para qué, para que me pille? Deja, prefiero tragar y que sea lo que Dios quiera… Yo ya tengo una vida hecha y voy a arriesgar lo menos posible.

Silencio de nuevo. Ambos.

—Por cierto —cambia Azcona de tercio—, ¿tenéis algo de la hija de Kanashiro?

Fanjul vuelve a pensar en Carlota Franco. No sabe si confesarle su preocupación. No tiene intención de ocultarle nada importante, pero no sabe si eso lo es o está haciendo un mundo de su falta de respuesta. Igual se ha quedado sin batería y ha estado todo el día fuera. Quizá todavía no haya vuelto a casa.

—Sabemos ya la identidad de la persona que la secuestró. Es un desgarramantas con un par de condenas por agresión sexual.

—¿Creéis que se trata de eso?

—No estamos seguros. Estoy siguiendo a un antiguo socio de su hermano, ese es algo más peligroso. Creo que tiene que ver con el asunto, porque ha estado preguntando por María Labat.

—Si es una cuestión sexual, el pollo ha metido la gamba hasta el corvejón.

—¿Sabes si han pedido rescate? —pregunta Fanjul.

—Hasta donde yo sé, no, pero eso no significa nada.

Domingo Fanjul está a punto de preguntarle algo sobre Pete Kelly, pero su móvil vibra y le da un vuelco el corazón. Es su compañero Castellanos. Está confuso, pero no piensa y lo coge, excusándose ante Azcona.

Es Carlota Franco. Está en el hospital Infanta Sofía, en San Sebastián de los Reyes, con varias contusiones, pero fuera de peligro. Nada grave. Está consciente, pero aturdida.

Maldice. Evidentemente, la cena con Marta Azcona ha terminado, y ella lo intuye, por el cariz de la conversación. El hospital no acepta visitas a estas horas, pero es policía. Tiene que verla, saber qué le ha pasado.

—Azcona, perdona, pero es Carlota Franco.

—¿Qué le ha pasado?

—No lo sé, sólo que está en el hospital —dice levantándose.

—Venga, ve, Mingo. Por cosas como esta eres el mejor compañero posible.

# TRES DÍAS

## I

Es jueves y hay programa. El penúltimo de la temporada.

Se ha despertado al alba, y aunque lleva unos días sobrio, ha dormido francamente mal.

Hoy quiere poner en marcha su plan, si bien hay condicionantes que no dependen de él. Suspira por tener un golpe de suerte.

Finalmente, Mihai hizo la apuesta. Le pidió el dinero y se lo dio. Así funcionan las cosas. El rumano no le especificó el procedimiento, pero sí que le dijo que debía llevarlo a "un lugar" para que fuera válida. Se vio tentado de preguntar quién está detrás de todo, pero sabía que no recibiría respuesta.

Son las ocho de la mañana y quedan más de catorce horas para que empiece el programa, pero decide ir a la cadena. Cuanto más tiempo esté, más probabilidades hay de que consiga lo que pretende, especialmente, si es temprano.

No tiene coche de alquiler, así que llama a la chica de producción. Está dormida, pero debe estar pendiente del móvil las veinticuatro horas. Su trabajo le va en ello. Primer marrón del día, conseguirle un chófer para llevarlo al edificio. Tiene que ser rápida, porque es Bob Martel, la estrella de la cadena y de la productora, y no puede permitirse una sola queja ante sus jefes. No es que tenga fama de déspota, pero pasa de líos. Pierde el culo por conseguirlo y, a las ocho y veintitrés minutos, Bob tiene un coche esperándolo en la puerta de su hotel.

Bob baja con dos regalos envueltos.

Ya en el coche, palpa con temblores el GHB o éxtasis líquido que lleva en la americana. Es un bote con veinte mililitros. Le han dicho que tres pueden ser suficiente para matar a una persona y piensa usarlo todo. No le preocupa, porque es incoloro e insípido.

Se ha dormido en el trayecto. Se había olvidado de que era la hora punta y del tráfico intenso de la ciudad. Hace años que no tiene que circular por Madrid tan temprano. Han tardado más de una hora en llegar desde el hotel en el centro hasta la carretera de las afueras en la que está el edificio y los estudios de la cadena.

Lo primero que ha hecho es ir a su camerino y guardar el GHB en un cajón con llave y dejar los regalos sobre la mesa. Después, ha bajado al parking VIP, para comprobar si el coche de Florin Popescu está en su plaza. Se ha relamido al no ver ni el Maserati, ni el Mercedes, ni siquiera el Ferrari que fuera suyo. Aunque no necesariamente signifique que no está: Florin tiene un chófer particular y va alternando su forma de desplazarse hasta allí. Pero la estadística juega a su favor: el jefe no va más que unos pocos días a la cadena, y tampoco lo suele hacer tan temprano, así que hay pocas probabilidades de que esté.

Ha vuelto al camerino y ha cogido de nuevo el GHB y los regalos. Tiene que darse prisa, porque el tiempo es ahora su mayor aliado. Toma el ascensor hasta la planta noble. Ha repasado una y mil veces lo que va a decirle a Carmen, la secretaria de Florin Popescu, a la que la tiene completamente encandilada. No cree que sea un problema, si juega bien sus cartas.

—¡Hola, guapísima! —dice triunfante.

—Hola, Bob —le responde ella agradecida.

—Creo que si fueras un bombón, serías una de esas cerezas recubiertas de chocolate…

—Pero con una gotita de alcohol. —Carmen le guiña un ojo.

—Esto es para la flor más bonita de este jardín. —Le extiende el regalo, que es una caja de bombones. Quizá se esté pasando de zalamero, sopesa.

—¡Bob, a qué se debe!

—Es un detalle, mujer. Siempre me tratas tan bien, y yo, cuando subo a ver al jefazo, suelo estar muy nervioso, que no soy todo lo cortés que te mereces.

—Tonterías, siempre eres un sol. Tendrías que ver cómo se comporta algún mindundi con ínfulas: soy invisible para ellos.

—Pues son gilipollas, Carmen. Eres la persona más importante de toda la cadena.

—Además de verdad.

Carmen mira el otro regalo con recelo. Bob tiene que ser ágil, ahora llega el momento determinante.

—Necesito que me hagas un favor, reina.

—Pide por esa boquita.

—Ábreme el despacho del jefe, quiero dejarle este regalo, que es muy especial.

—Trae, ya se lo pongo yo. —Reacción previsible.

—Es que es una cosas muy delicada, de arte, y prefiero colocarlo yo de una forma especial, como me lo han dicho en la tienda. No te preocupes, no tardaré más que un minuto. Si quieres, puedes mirar mientras lo hago —le echa el órdago.

—Bob, por favor, que confío en ti… ni que fueras a robar.

Carmen abre la puerta con sigilo entre risitas, como si estuviera cometiendo una chiquillada. Echa un vistazo para comprobar que todo está en orden. Mira por los ventanales que dan a la sierra.

—Todo tuyo.

Bob entra en el despacho, mientras la secretaria de Popescu se queda en el umbral, apoyada sobre el quicio de la puerta abierta. Él se acerca a la mesa y comienza a colocar el regalo con cuidado y ceremoniosidad, como si dentro hubiera nitroglicerina y tuviera que calcular el punto exacto en el que debe estar para no explotar.

Al tiempo, saca de su bolsillo el móvil prepago que ha comprado. El imponente escritorio lo oculta, ya que él está inclinado sobre este. Sólo tiene que hacer dos movimientos con los dedos; el segundo, pulsar el botón de llamar. Lo ha practicado cien veces en casa.

Suena el teléfono de Carmen, un número directo que muy pocas personas conocen, por lo que es importante que lo coja. Incluso puede ser Florin. Así que vuelve a su sitio tras lanzar un suspiro y farfullar algo inaudible. Desde allí no tiene casi visión del interior, solo de una pequeña esquina.

Bob se mueve rápido. Deja el regalo sobre la mesa, de cualquier manera, y va al minibar a toda velocidad. El whisky del que bebe Florin Popescu está decantado en una botella de cristal de bohemia

que siempre se jacta de que perteneció al emperador austrohúngaro Carlos I.

Saca el GHB, desenrosca el tapón (que ya había abierto varias veces para comprobar que no se atascaría en el momento menos indicado), luego destapa la botella mediada y vierte el contenido. Vuelve a tapar la botella y la agita ligeramente, para que se mezclen bien los líquidos. No ha tardado más de quince segundos. Se gira y va raudo para posicionarse frente a la mesa, justo en el momento en el que Carmen hace aparición para decirle que no ha contestado nadie y que el número no lo tiene registrado. Él ha terminado de colocar el regalo meticulosa y ridículamente y lo observa con satisfacción, con las manos en jarra, en una pose evidentemente impostada.

—¡Pues ya está!

—Por cierto, ¿cuántos programas quedan? —pregunta Carmen, mientras le cede el paso para que salga.

—Quedan dos programas y vacaciones.

—¡Qué suerte! A mí me quedan dos meses aún para irme a la playita. Estoy hasta el gorro del amigo. —Hace un gesto con la cabeza hacia el despacho de Florin.

Bob le regala otra de sus galanterías y se encamina hacia el ascensor, pero antes de tomarlo, se vuelve para hacerle una última pregunta:

—¿Sabes si hoy viene el jefe? —Lo hace distraído, como sin darle importancia alguna. —Es que tengo muchas ganas de que vea el regalo.

—¿No lo sabes? Está en Nueva York. Creo que viene a principios de la semana que viene.

No es tan grave, se dice Bob. De hecho, que sucediera lo que necesita que pase en tan poco tiempo, no sería demasiado bueno. Confía en que nadie se le adelante: Mihai dijo que hay veces que pasan meses o incluso años hasta que una apuesta gana.

Ya no tiene nada más qué hacer, así que puede volver a perder un poco la sobriedad. Se ha puesto un whisky y un par de rayas,

mientras espera a que sea su hora de almorzar. Está nervioso, más bien impaciente, pero muy satisfecho.

Si se atiene a lo dicho por Mihai, el tiempo, lejos de lo que pueda parecer, juega en su favor: cuantos más días pasen desde su "invasión" del despacho y la muerte de Florin, menos posibilidades hay de que Carmen pueda sospechar nada.

Repasa el devenir perfecto de los acontecimientos: Florin vuelve de Nueva York a principios de semana, y, en unos días, irá a la oficina. Es cierto que se encontrará con el regalo: un incunable del siglo XV que Bob tiene de casualidad y sabe que Florin siente debilidad por las antigüedades. No es que sea un ejemplar caro, que lo es relativamente, es más el valor que Florin le puede otorgar. Lo llamará, le preguntará el motivo y le dirá que se trata de un detalle de agradecimiento por su paciencia con él. También le informará de que está a punto de tener el dinero. Luego, en algún momento, Florin se servirá un whisky de su preciada botella y a tomar por culo.

Aquí hay un pequeño riesgo: que no lo tome a solas, es decir, que alguien le acompañe en el trago. Pero es una contingencia que debe asumir. En ese caso, sí que puede darse por jodido o muerto: evidentemente, habrá una investigación y se llegará a la conclusión de que han sido envenenados. La Policía interrogará a Carmen por si sabe de alguien que pudiera haber entrado en el despacho sin la supervisión suya o de la de Florin.

Al principio no caerá, dirá que sólo las chicas de la limpieza, pero a la noche, en la cama, se dará cuenta de que Bob Martel entró unos días antes en el despacho y, justo, llamaron al teléfono. Lo denunciará inmediatamente, pero es cierto que no habrá pruebas. En paralelo, los organizadores de la apuesta sabrán que la muerte de Popescu no fue natural, sino provocada. O ellos o Mihai irán tras él.

Pero estaba pensando en el devenir perfecto, no en que se torciera todo. Florin toma el whisky solo. Tal y como le han informado, al rato, se sentirá indispuesto, pero será algo pasajero, lo que hará que no pida ayuda. Poco después, perderá la consciencia y sufrirá un paro cardiaco. Tiene edad suficiente como para que nadie se pregunte por qué.

Habrá ganado la apuesta, dará su parte a Mihai, saldará toda su deuda con Babic, hará su último programa de la temporada, aceptará la oferta que tiene de la competencia para presentar un programa similar en su cadena a partir de otoño y se irá a una clínica de desintoxicación dual en Santa Bárbara, California, en un plan intensivo de tres meses.

Aunque le cueste un riñón, no puede permitirse el más mínimo riesgo de que lo pillen en España, que salga en los papeles.

Se sirve el último whisky y las últimas dos rayas. Quiere estar bien para el programa.

## II

Compra otro café de la máquina y sale del hospital. Aunque apenas ha dormido, debe que continuar con su seguimiento a Goizueta.

Ha pasado la noche en la butaca de la habitación de Carlota Franco y tiene dolores de riñones y de cuello considerables. Ella había insistido en que no necesitaba compañía, pero Fanjul, también influido por las palabras de Azcona y el subidón de adrenalina y todavía bajo los efectos de la cerveza, le ha dicho que ni hablar de dejarla sola. Luego, ha mal dormido.

Carlota no ha querido llamar a su familia para no asustarlos. Está bien, tiene un hombro dislocado y una contusión en la cabeza, por lo que debe pasar en observación las próximas veinticuatro horas. Los análisis muestran que fue sedada repetidas veces, suponen que para que no recuperara la consciencia.

A eso de las diez de la noche, un camionero la encontró tendida en arcén de un polígono industrial de Tres Cantos. Creyendo que se trataba del cadáver de una prostituta, llamó a la policía, pero ni se acercó a ella (tenía antecedentes penales). Resultó que era policía (llevaba consigo la documentación) y que sólo estaba inconsciente. La trasladaron a toda prisa al Hospital Infanta Sofía.

Le repitió a Fanjul lo mismo que había explicado, aún aturdida por el efecto de los sedantes, a sus compañeros: lo último que recuerda es haber estado en la casa de Guillermo García, un sospechoso de una investigación.

El porqué de su entrada en la finca: porque intuía que había personas en peligro. Lo que no llegó a decirles, pero sí a Fanjul, era que entró en la casa y que ahí todo se convierte en una nebulosa que la envuelve completamente. Recuerda un hedor insoportable y el charco de orines y heces humanas.

Eran de María Labat.

En medio de la noche, Fanjul había recibido una llamada, era uno de los agentes que se estaban encargando de la investigación: el

coche de Carlota estaba en la zona de aparcamiento del polígono industrial de Tres Cantos. Se comprometió a informarlo con cualquier novedad, pero Fanjul intuía que no habría ningún avance en la investigación: aquello fue cosa de los hombres de Kanashiro.

Ahora tiene que coger el transporte público para ir a La Latina (anoche se desplazó hasta allí en taxi), en un trayecto de más de una hora, con una mezcla de cansancio, dolor y resaca. Una noche para olvidar, pero al menos Franco está bien.

Son las nueve y media de la mañana y ya está frente a la casa de Goizueta. Intuye un día largo y en el que va a tener que tirar de cafeína por encima de lo aconsejable para una persona con antecedentes de enfermedad cardiovascular, pero no ve otra forma de afrontarlo.

Sin embargo, se equivoca. De hecho, ha tenido suerte: al poco de apostarse en la mesa del bar desde la que tiene una visión razonablemente amplia del portal de Jon, lo ve salir con tiento, mochila en mano. Quizá haya sido incluso demasiado pronto, porque ni siquiera ha empezado el tercer café de la mañana, que acaba de ordenar.

Como siempre que persigue a alguien: ya ha pagado la cuenta, por lo que sólo debe salir del bar sin más ceremonias.

## III

A este cabrón lo tengo todos los días pegado al culo desde las ocho de la mañana y hoy, justo hoy, no lo veo.

He bajado un par de veces al portal para buscarlo en el puto bar, pero no está. Necesito hacer contacto visual con él, saber que está, porque el plan es darle esquinazo. No puedo permitirme que, habiendo cambiado de táctica, me siga sin yo saberlo, porque puede mandarlo todo al traste.

He hecho la misma jugada, sin que nadie me siguiera, sólo por practicar mi plan, como cien veces durante los últimos dos años, aún sin saber en qué situación lo voy a usar. Hoy es el día y justo el gordo desaparece.

Vuelvo a bajar. Rezo (es una forma de hablar) para que esté. Me arrimo con cuidado al cristal del portal; sé que estoy en la penumbra y no me verá.

¡Por fin, coño!

Ahora toca salir y asegurarme de que me vea.

Voy con las gafas de sol, para poder mirar hacia su posición, aunque sea con la cabeza en otra dirección. Salgo, hago que miro a un lado, al otro, y finalmente hago contacto visual, o más bien, me cercioro de que me ha visto, porque él no sabe que lo he cazado mirándome; yo tengo la cabeza hacia mis tres y no a mis doce y media, que es su posición y hacia donde de verdad miran mis ojos.

Empieza el espectáculo.

Voy a la boca de Metro de La Latina.

Entro.

Me sigue.

Resulta que La Latina tiene las escaleras mecánicas más largas de toda la red de Metro de Madrid, y, aunque prefería hacerlo a las ocho y pico, todavía es, relativamente, hora punta.

Bajo por las escaleras, intuyendo que el gordo lo hará por las mecánicas. Se convencerá de que así es más discreto, pero, en el

fondo, será por pura comodidad. Lo que no sabe es que voy más rápido que las mecánicas y que éstas están lo suficientemente llenas como para que abrirse paso por ellas sea complicado.

En realidad, no quiero perderlo, no aún, necesito marearlo y asegurarme de que no me lo pueda encontrar de casualidad en un momento peor. Así que rebajo el paso.

Llego al andén de la única Línea que hay en esta estación, la 5, con dirección, como ayer, Alameda de Osuna, pero me coloco estratégicamente en una zona concreta.

Queda un minuto para que llegue el tren y aún no veo a Fanjul. Espero no haberlo sobreestimado.

Ahí está, no tiene resuello. Sigo con las gafas, así sólo necesito girar un poco la cabeza para verlo. Creo que piensa que no me he dado cuenta de su presencia. Se queda a una distancia prudencial, más o menos, a un vagón.

Llega el tren, subo y él hace lo mismo. Los vagones están interconectados, por lo que me ve con cierta facilidad. Yo me quedo pegado a la puerta.

Próxima parada: Ópera.

Llegamos y, oh, qué casualidad, mi puerta da justo al túnel que lleva a las salidas y a la Línea 2. Así que aprieto el paso. Voy a una velocidad razonable por los pasillos. Ahora no me importa perderlo.

Llego al andén de la Línea 2 con dirección a Las Rosas, el tren está a punto de hacer acto de presencia, la pantalla de avisos —menos de un minuto—, pero, sobre todo, los chirridos de las vías, lo anticipan. Me da tiempo a llegar a mi vagón, pero no de darme la vuelta y ver si Fanjul me sigue. No importa, debo mantener la calma.

Próxima parada: Sol.

De nuevo, mi vagón da al pasadizo de la salida, en este caso, al entresijo de pasillos que conforman la estación de Sol, que acoge cuatro líneas de Metro, el Cercanías y tiene un gran distribuidor lleno de tiendas y puestos. Es el lugar perfecto para perder mi pista.

Me muevo con soltura, yendo y retrocediendo por diversos pasajes y túneles. Subiendo aquí por esta escalera y bajando allá por esta otra.

Ni rastro del gordo.

Después de ir y venir durante más de diez minutos, llego a mi destino en el momento exacto en el que hace aparición el tren (he ido mirando en las pantallas): el andén de la Línea 1 con dirección Pinar de Chamartín. Subo al vagón y las puertas se cierran tras de mí, con la certeza de que nadie que me estuviera siguiendo podría haber llegado. De cualquier manera, me muevo dentro del tren hasta llegar al vagón apropiado.

Próxima estación: Gran Vía.

De nuevo, mi puerta se coloca justo en frente de la boca de salida del andén. Gran Vía no es Sol, pero es una estación grande, también con Cercanías y un museo. Aquí no quiero perder el tiempo, y estoy seguro de que el gordo no me sigue, así que voy directo al andén de la Línea 5, ahora no con dirección a la Alameda de Osuna, sino a la Casa de Campo.

## IV

Fanjul ha seguido ha Jon hasta el Metro de La Latina y ha tenido problemas para alcanzarlo, pero ha llegado justo para coger el mismo tren que él. Va en dirección a la Alameda de Osuna, así que es probable que vuelva a ver al friki de ayer en Alonso Martínez. Está muy cansado, por lo que, a pesar de que sucediera ayer, le parece que fue hace un año.

Por eso hace un repaso mental, por si se le enciende alguna luz o recuerda algo que haya pasado por alto: después de media hora dentro de la tienda de informática, Jon salió caminando con dirección a Chueca. Allí, en Barquillo, entró en otra y sólo tardó unos diez minutos. Esta vez, se iba con una caja relativamente grande, que necesitaba coger con ambos brazos. De ahí, a su casa.

Fanjul entró tras Jon en la tienda. El dependiente, al principio, decía no recordar a nadie que respondiera a la descripción que le estaban dando —aquel tipo venía recomendado por Gámez—, pero se avino a colaborar en el mismo momento en que Fanjul sacó la placa: había comprado una impresora de segunda mano. Y no, no sabía quién era.

Luego, fue a ver la otra, la de Alonso Martínez en la que pasó más tiempo.

El dueño no se puso nervioso, ni se amedrentó ante la placa: sí, sabía perfectamente quién era: un amigo suyo de la infancia, y fue convincente: buscaba una impresora de segunda mano, pero él no las vendía.

—Por qué tardó tanto en salir, si no tienes impresoras.

—Somos amigos y hace siglos que no nos vemos; nos hemos puesto al día.

Recupera un poco el aliento y pega su culo a la puerta opuesta a la de salida, porque desde ahí puede ver a Jon en el otro vagón, que está como si fuera a salir. Se pone en guardia, por si tiene que echar a correr.

Próxima estación: Ópera.

Efectivamente, el cabrón de Goizueta sale.

Fanjul lo sigue, pero con tan mala suerte de que termina perdiéndolo en un distribuidor: no sabe si ha ido a la calle o si ha seguido a la Línea 2.

Decide que está demasiado cerca como para haber cogido el metro, así que se decanta por la otra opción; lo que pasa es que ahora tiene que elegir entre dirección Cuatro Caminos o Las Rosas.

Mira un mapa para ver qué paradas suenan más razonables, aunque eso no signifique nada. Tiene que darse prisa. Blasfema en alto y tira una imaginaria moneda al aire: Cuatro Caminos.

La suerte no está de su lado, porque, justo al llegar al andén, ve a Jon caminando, de espaldas en el contrario, en la punta opuesta, literalmente. Sabe que no lo ha visto, así que da media vuelta y corre para intentar alcanzarlo, pero oye que el tren está a punto de entrar. No cree que llegue, pero un impulso lo lleva a intentarlo.

Llega, porque tiene la suerte de que permanece en la estación más tiempo de lo habitual.

Dentro, coge aire, pero no tiene tiempo que perder: debe localizarlo y le da igual que lo vea, así que va moviendo sus casi dos metros y más de cien kilos a empellones entre los viajeros que se giran y lo miran mal, pero que no lo recriminan porque ciertamente intimida, a pesar de los años.

Próxima estación: Sol.

Aún no lo ha visto, pero intuye que está a dos vagones de distancia, por la posición en la que lo vio en el andén. Tiene que ser rápido si quiere saber si va a salir o no en la primera parada (ya lo hizo en Ópera), y le huele que sea una táctica evasiva, por lo que está más interesado que nunca en encontrarlo.

Lo ve a lo lejos, entre la gente.

¡El hijo de puta sale en Sol!

Definitivamente, está esquivándolo. Y lo peor es que lo consigue.

Ahora sí, no tiene ni puta idea de adónde ha podido ir: hay muchas opciones, pero Fanjul es un perro viejo y un gran policía. Se la juega todo a una: va a coger la línea original, la 5. Se lanza otro órdago: quizá vaya a la tienda del friki y se dirige hasta el andén con

dirección a la Alameda de Osuna, pero ha errado o quizá es que ya haya pasado un tren y lo ha cogido, porque no está, ni en su andén ni en el contrario.

De todas maneras, no ceja en el empeño y se sube al siguiente. Va a comprobar en persona si está en la tienda, pero, una vez allí, sólo se encuentra al dependiente y a un par de empollones pululando.

Da por perdido el día. Decide irse al bar de enfrente de la casa de Goizueta, para esperarlo. El tiempo que tarde en volver es lo único que puede sacar del día de hoy, y, desde luego, no es gran cosa.

Camino de nuevo al metro, sudado, oliendo a mierda (hoy no se ha duchado) y tremendamente cansado («entre lo de anoche y el juego del perro y el gato, me ha dado un tute de cojones», piensa), le vibra el teléfono. Es Marta Azcona.

—Hola, Mingo, ¿qué tal está tu compañera?

## V

En realidad no vuelvo a casa, sino que voy al parking público donde guardo el coche, en el que pago un abono mensual bastante económico, en una callejuela perpendicular al Paseo de Acacias, así que paso de largo La Latina y me bajo en esa parada.

Camino alerta, pero con la certeza de que no me sigue el gordo.

Me subo al coche y resoplo. Ha sido mucha tensión y una buena panzada. Ya empiezo a no tener edad para según qué cosas. Además, creo que debería dejar de fumar.

Pongo el motor en marcha de mi viejo Renault Megane del 2005, pero que todavía funciona a la perfección, y me encamino a la salida…

—¡Me cago en mi puta vida!

Casi atropello a un tipo.

Del susto, ha dado un salto ridículo que le ha hecho perder el equilibro, cayendo sobre el capó de mi coche. Salgo y le pregunto que si está bien. Sólo dice que sí, que sí, y se va.

En realidad, no sé si ha sido culpa suya o mía o un poco de los dos, pero tampoco importa. Lo que no quiero es liarla justo cuando voy a Ciempozuelos. Ambos íbamos con gafas de sol en medio de un puto parking oscuro. Yo iba pensando en mis cosas y él iría haciendo lo mismo con las suyas.

Me va a dar un infarto.

Noto a Billy irascible y muy violento. Supongo que es una mezcla de las drogas, los días solo en la nave (bueno, con la mujer de Labat, que es lo mismo que nada) y no sé si un sentimiento de odio hacia mí, porque me trata con desdén.

Me preocupa que todo eso lo vuelva más imprevisible si cabe.

De todas formas, he sido claro y firme todo el rato. Lo hice cuando lo llamé para decirle que iría hoy. Le dije que no iba a entrar en la nave, que nos veríamos fuera (no quiero exponerme, que la

tipa diga que había otro hombre, que ni siquiera reconozca mi voz en un juicio o ante Kanashiro o lo que sea).

También lo he hecho ahora, una vez allí.

Le he enseñado el ordenador portátil y cómo hacer la llamada. Le he puesto en un papel los números de Labat (tanto el de casa como del móvil; no me ha costado mucho hacerme con ellos, la verdad) y le he ordenado que haga la llamada a las cinco de la tarde de mañana, primero al móvil, y, si falla, al fijo.

Después, le he dado el discurso escrito de lo que debía decir. Nada de improvisar. Que sea tajante si le cortan. Que se ciña las putas cinco frases que le he puesto.

Léelo, le digo.

—¿Por quién cojones me tomas, Jon? Me estás inflando las pelotas, y creo que ya te he dicho en otra ocasión que soy medio gitano, y no es bueno calentar a uno tipo peligroso como yo. Estoy a un tris de pegarte un tiro entre las cejas.

Efectivamente, está algo irritado. Y ahora vuelve con la estupidez de que es cíngaro. Pero ya me da todo igual. Sólo quiero que esto acabe de una santa vez. Sigo teniendo el as de entregarme al gordo en la manga, pero a cada minuto lo veo todo más negro. Por suerte, la ansiedad me está dejando tranquilo. De momento.

—Venga, Billy, léelo, coño. Sólo quiero estar seguro de que todo va a salir bien.

Voy a darle algo de cuartelillo, porque necesito que se tranquilice.

—Mira, todo lo que nos dé Babic de esto —prosigo—, te lo quedas tú. Al final, fue idea tuya y te lo estás comiendo tú solo…

—Joder, Jon, gracias. ¿Ves como no era tan complicado un poco de reconocimiento?

—Tienes toda la razón, perdona, porque todo esto me está sacando de mis casillas. Igual te estoy tratando un poco mal y no te mereces nada de esto, tío. —Le doy una palmadita en la espalda, como el dueño que acaricia el hocico de su perro después de apalearlo.

—No te preocupes, tronco. —De repente, el humor de Billy ha oscilado al otro extremo—. Somos socios, casi hermanos. Y no, vamos al cincuenta-cincuenta, coño.

Y ahora nos abrazamos. Está como una puta regadera.

Le ha costado leerlo las cinco primeras veces, demostrando que pisó menos el colegio que un cura un burdel —aunque no sé si es una gran analogía—, pero ya lo hace con cierta soltura. Creo que esta es la vigésima vez. Ahora, se lo toma como un juego, como si fuera un actor que estuviera leyendo un papel en una audición.

—¿Eduardo Labat? … Tenemos a tu esposa … queremos dos millones de euros en billetes no rastreables … ¡calla, joder! —Esto es improvisación, como si lo estuviera interrumpiendo. —… en estas coordenadas: 40.171079, -3.618624 … Las repito sólo una vez más: 40.171079, -3.618624 … tienes tres días para juntar el dinero, esa noche, a las veintitrés horas, lo dejarás en el punto exacto y desaparecerás de allí … una vez tengamos el dinero y comprobemos que está todo ok, te volveré a llamar para informarte de dónde está tu esposa … No hagas gilipolleces o lo lamentarás el resto de tu vida …

He hecho aposta lo del tuteo, no sólo por ayudar a Billy (que no ha tratado de usted ni al juez que lo metió en chirona), sino porque le da un toque un poco más tarado, como imprevisible: si Kanashiro tiene la más mínima duda de que su hija pueda sufrir algún daño, no hará nada.

—Muy bien, Billy. ¿Qué haces si te preguntan cualquier cosa o si te piden una prueba de vida?

—Esto es lo que hay, si quieres ver a tu mujer con vida, sigue las instrucciones.

—Bien, bien. Lo has clavado, macho. Recuerda: no improvises.

—Oye, ¿tendré una de esas voces metálicas?

Me quedo a cuadros: vaya cagada no haberle pedido a Gámez que me pusiera uno de esos, pero ya no hay vuelta de hoja y paso de volver a enfadarlo.

—Claro, tío. Está guapísimo, no hay forma de identificar la voz, pero tú no lo escucharás...

—Crema, bro. Vamos a salir de esta, Jon, verás.

Hemos ido hasta el punto exacto de las coordenadas, a riesgo de dejar a la mujer de Labat sola. Es un lugar en el que ya he estado, Iván y yo enterramos las armas que usamos en una historia que no salió demasiado bien hace muchos años. Es puro campo manchego junto al arroyo de La Cañada, no muy lejos de la nave. Se trata de la zona de vegetación más frondosa en cincuenta kilómetros a la redonda (bueno, esto me lo estoy inventando y es una exageración, pero vamos, que todo allí es campo amarillo y gris). Los arbustos y árboles y el terreno no van a permitir acceder allí en coche, sino que tendrán que hacerlo andando. Y, en caso de que le tiendan una emboscada, Billy tiene alguna posibilidad de escapar, aunque no las tengo todas conmigo.

—Es aquí, ¿vale?

—Vale, pero ¿no estarás tú esa noche?

—Tenemos que minimizar riesgos. Tú no te la juegues. Ven un rato después de la hora convenida. Será fácil ver si hay alguien acechando, en cuyo caso, te piras y me llamas inmediatamente con el prepago. ¿Cuánto saldo te queda?

—Mucho aún. No lo uso.

—Volvamos a la nave —digo con la certeza de que todo va a ser un desastre.

Pues nada, no hay mucho más que hacer, por lo que la suerte ya está echada.

Ahora estoy en el coche, de vuelta a Madrid.

Allí, en la nave, después de comprobar que la mujer de Labat seguía bien (Billy, yo no mi he acercado), hemos vuelto a repasar el plan.

Me he despedido de él con la impresión de que nunca más voy a verlo con vida.

Lo siento, Iván, creo que, definitivamente, te he fallado.

## VI

—Estoy siguiendo a Kelly, ¿te apuntas?

Esas han sido las palabras de Azcona cuando lo ha llamado por teléfono.

Fanjul, que iba arrastrando los pies por la calle San Mateo, a causa del cansancio y el enojo, ha dudado.

—Venga, no me jodas, Mingo.

—No he pasado por casa, huelo a mierda, necesito una ducha.

—He estado contigo en peores situaciones, no me voy a asustar.

—Está bien.

Lo ha hecho a regañadientes, pero lo ha hecho porque ha notado un nuevo ánimo en la voz de Azcona y eso lo ha revivido un poco.

Ahora, está en la calle en la que ha quedado con ella.

—Eh, Mingo, aquí —le dice una voz en alto pero como susurrada desde un coche.

Azcona está aparcada justo frente al hotel donde se aloja con Pete Kelly. Le hace una seña con la cabeza, como invitándolo a subir. Fanjul lo hace con dificultades, el asiento está muy echado para delante y él es demasiado grande y tiene las articulaciones oxidadas.

—Dónde coño…

—En el lateral tienes unas teclitas.

—Gracias.

—Joder, Mingo, ¡apestas!

—Ya te he dicho…

—Te estoy tomando el pelo, bobo.

Una vez acomodado, se toma un instante para frotarse los ojos y respirar.

—¿A qué este cambio de opinión sobre Kelly? —pregunta intrigado: sólo doce horas antes, le había dicho que no iba a arriesgar ni un pelo su puesto.

—Luego, en la cama, lo pensé. Lo que me tiene de bajón no es la mierda podrida, sino yo misma: quedarme quieta y no hacer nada.

Así que creo que no me queda otra que ponerme en marcha. Voy a seguir a Kelly y, aunque me puede llevar meses, terminaré descubriendo de qué lado está.

—Esa es la Marta que me gusta, ¡sí señor!

—¿Me has llamado Marta? —le dice divertida.

—Ya te he dicho que estoy hecho un guiñapo…

Azcona le explica a Fanjul que se ha levantado a las seis de la mañana con fuerza, a pesar de haber dormido pocas horas y de tener algo de resaca.

Se ha ido a coger el coche de alquiler —es uno de esos de etiqueta cero— y lo ha estacionado enfrente del hotel.

Luego, ha ido a desayunar, coincidiendo con Kelly. Él le ha explicado que seguiría con algunas cosas que tiene sin cerrar, pero que puede que esté tras algo gordo. Como siempre, ha evitado decirle qué o darle más explicaciones. Se ha interesado, sucintamente, por los avances de la Policía Nacional. Marta le ha mentido: nada, no han conseguido nada. *Useless*, ha dicho él en inglés.

Kelly se ha subido a su habitación y Azcona ha fingido que hacía lo mismo. Una vez se ha apeado en su planta (una menos que la de Kelly), ha vuelto a coger el ascensor para bajar.

Se ha subido al coche y lleva dos horas y pico esperando a que el jefe de la unidad de la Interpol salga a hacer lo que se supone que tenga que hacer. Son las once de la mañana.

—Kelly no conduce, así que hay dos opciones: o coge un taxi o va a pata. Si él se iba antes de que vinieras, estos eran los dos escenarios: si pillaba un taxi, genial, porque no podrá percatarse de que lo siguen y, menos aún, que soy yo. Si lo hacía andando, tenía pensado jugármela, a riesgo de que me descubriese.

—¿Qué estás insinuando? —pregunta Fanjul oliéndose la tostada.

—Pues… que si pilla un taxi, el plan es el mismo, peeeero, si decide ir andando… te toca seguirlo.

—Venga, Azcona, no me jodas…

Fanjul odia caminar y, especialmente, perseguir a un sospechoso. Lo ha hecho demasiadas veces en su vida y nunca le ha gustado. Entre que no está forma (hace años que no lo está y se puede decir

que ha olvidado qué supone verse el pene cuando está desnudo) y que mide casi dos metros (lo que le convierte en un espía poco discreto), no es que sea su punto fuerte. Además, acaba de estar persiguiendo durante un buen rato al gilipollas de Goizueta y los zapatos ya le hacen daño.

—Que sepas que hoy he perdido al sospechoso que te comenté anoche mientras lo seguía.

—Vamos, Mingo, hazme ese favor. Ten en cuenta que igual ni hace falta: quizá coja un taxi.

Fanjul suspira y accede. Desea con todas sus fuerzas que así sea.

—Vas a tener suerte.

Las palabras de Azcona lo sacan del breve sueño que ha descabezado. No sabe cuánto ha sido, pero está seguro de que no mucho.

—Me he dormido, ¿qué pasa?

—Lo sé: has roncado como un cochino —dice Azcona al tiempo que pone en marcha el motor—. Es Kelly, está cogiendo ese taxi.

—¿Cuánto he dormido? —pregunta, con la esperanza de que hayan sido más que cinco minutos.

—No lo sé, Mingo, como tres cuartos de hora.

«Ah, pues no está mal», piensa. Y no tiene que seguir a pie a Kelly, dos golpes de suerte en un momento.

La persecución ha comenzado.

El taxi se mueve por las callejuelas de un solo sentido de la Milla de Oro madrileña, en el Barrio de Salamanca. Azcona lo sigue sin disimulo. Pronto salen a Príncipe de Vergara.

Fanjul tiene una intuición, pero se calla.

En María de Molina con Avenida de América, giran a la derecha, dirigiéndose a uno de los nudos más importantes de la ciudad.

Ahora sí, está seguro.

—Van a coger la M-30 con dirección a la A-1.

—¿Y qué? —pregunta Azcona.

—¿Sabes que la A-1 es la Carretera de Burgos?

—Puf, no me hagas ahora exámenes, Mingo, ¿qué quieres decir?

—La Moraleja está en la A-1.

—Me cago en la puta…

Efectivamente: M-30 y continúan por la A-1. Luego a la vía de servicio de la autovía y salida 12: La Moraleja. Entrada por Conde de los Gaitanes.

Ahora sí, Azcona ha tomado algo de distancia: lleva siguiendo al taxi desde el centro de Madrid.

—Va a la casa de Labat, no hay duda ¿sabes dónde es? —Pregunta a Fanjul.

—No tengo ni puta idea.

—Es que veo que aquí va a ser difícil aparcar o hacerlo sin que se dé cuenta.

—Bueno, tú sigue al taxi —le indica.

Fanjul todavía tiene algo de ascendencia sobre Azcona, aunque nada más sea por la edad y experiencia que carga a sus espaldas. Marta sigue sus indicaciones, confiando en que algo se les ocurrirá.

Finalmente, el taxi para frente a una descomunal puerta metálica de color óxido. El muro que la flaquea a ambos lados es de más de cien metros de largo, por lo que se intuye que se trata de una finca imponente. Desde fuera no se puede ver nada más que los altos árboles de su interior, pero nada de la vivienda.

Rebasan al taxi parado con los intermitentes encendidos. Un poco más adelante, hay una bocacalle hacia la izquierda y la toman, con la suerte de que se trata de una zona con algunos coches estacionados. Tiene que dar media vuelta rápidamente y aparcar en la esquina para poder ver los movimientos de Kelly, aunque los intuyen.

Coloca el coche de tal forma que pueden ver la puerta de la finca, sin saber que ahí es precisamente donde se apostó en su día el secuestrador de María Labat. Lo ha hecho con la suficiente agilidad para darles tiempo a ver cómo Kelly accede a la propiedad, después de timbrar el telefonillo de la puerta de hierro anaranjada.

Azcona coge una carpeta de la guantera, obligando a Fanjul a encogerse de una manera cómica.

—Aquí está: Avenida de los Álamos, 5.

Miran en todas direcciones, pero no encuentran el cartel de la calle. Sí que ven que en la puerta hay un cinco de antracita bien visible.

—Es la casa de Labat —confirma Azcona lo que ya sabían.

—¿Y por qué entra?

—No lo sé, Mingo, no lo sé.

—Es un poco extraño que entre en la casa del yerno de la persona a la que estáis persiguiendo, que, además, probablemente esté ahí, ¿no crees?

El silencio de Azcona es una afirmación.

## VII

Le abre la puerta uno de los hombres del Japonés, un americano impasible —cree recordar que se llama James Fritz— al que ha visto en varias ocasiones durante los últimos años.

Lo invita en su lengua común a que acceda a la parte del sótano, donde ya se reunió con Kanashiro la otra vez; aunque la casa de Labat es grande y literalmente invisible desde el exterior de la finca, no puede permitirse que lo vean.

A Kelly tampoco le iría demasiado bien aparecer en documento alguno sentado en la misma mesa que el hombre al que persigue, a pesar de que tiene una excusa construida para cubrirse las espaldas. Pero mejor no tener que usarla.

En realidad, no le parece buena idea ir a casa de Eduardo Labat, pero no hay otra opción: Kanashiro no sale de allí. Así que está seguro de que no es la última vez que tendrá que hacerlo, mal que le pese.

La casa está llena de hombres de Kanashiro, todos van de negro, con el pelo casi al cero y amenazan con la misma mirada torva.

Eduardo Labat está en el salón, se ven, pero no hacen ademán de saludarse. Sabe que Kanashiro lo deja fuera de cualquier reunión, ya sea porque no confía en sus habilidades para el mal o porque no quiere implicarlo demasiado. De cualquier forma, supone que es algo que a Labat, especialmente en este caso, no le gusta.

Baja al imponente sótano. Está acondicionado a modo de bodega, pero no de esas antiguas y rústicas, sino con toda clase de elementos modernos. Miguel Kanashiro, vestido con un traje cruzado de ojo de perdiz gris, está leyendo sentado sobre un sillón Eames de Herman Miller, sin apoyar los pies en la otomana.

—Querido Kelly —lo recibe con parsimonia, al tiempo que se levanta.

—Buenos días, señor Kanashiro.

—¿Puedo ofrecerle algo?

—No, estoy bien, gracias.

Se acomodan en una zona de sofás más dada a la interlocución. Kelly cuenta, por lo menos, cinco hombres. Mira las cámaras de seguridad: hay tres que pueda ver.

—¿Tienen novedades de su hija? —pregunta.

Kanashiro suspira sucintamente y esgrime una mueca que Kelly no puede desentrañar.

—Pensé que usted me traería información, pero ya veo que no.

—En realidad, Miguel, sólo he venido a Madrid para protegerlo y aprovechar que nos podemos ver con tranquilidad para que me dé mi parte —dice con aplomo.

—Veo que es usted inmisericorde, Kelly. Mi hija podría estar muerta y sólo le preocupa su dinero…

—Ya ve que no somos muy distintos, Miguel. Imagino que se ha encontrado en mi situación en innumerables ocasiones. *That's the business, I guess*.

—¿Cuánto le toca esta vez? —Le concede Kanashiro.

—Teóricamente, doscientos. Pero estoy pensando en subir la tarifa. Protegerlo se está convirtiendo en algo complejo.

—Es el comisario Vincenzo el que se encarga de mi protección en la Interpol. Usted sólo es una pieza más de todo este juego.

—Claro, el comisario Vincenzo —Kelly está sobreactuando—… pero verá, soy yo el que se la juega en el terreno de juego por usted.

—¿Cuánto más quiere? —Kanashiro no muta ni el gesto ni el tono.

—Un veinte por ciento no estaría mal.

—Está bien, pero ahora dígame, ¿qué sabe la Policía española de mi hija?

Kelly saca un cigarrillo y lo enseña a Kanashiro pidiéndole permiso. Este le responde cerrando los ojos. Ya la otra ocasión le dejaron fumar, pero no quiere perder las formas. Uno de los hombres le acerca un cenicero a la mesa. Lo prende.

—Verá, que no denunciara al principio no fue una buena idea. La Policía española es francamente buena en investigar y gestionar secuestros, de las mejores del mundo. Pero, en estas circunstancias, sin una denuncia, no pueden hacer demasiado —dice exhalando el humo.

Aunque lo que dice sobre las habilidades de la Policía lo piensa de veras, habla por hablar. Esa mañana conversó con Azcona y abordó el asunto sucintamente, sin interés alguno, casi como un convencionalismo. Porque a Pete Kelly le importan tres pepinos qué le suceda a la hija de Kanashiro.

—Entonces, ¿nada?

Es la primera vez de todas las que ha tratado con el mafioso peruano que lo ve flaquear. Intuye que ha estado nervioso antes de su visita, quizá imbuido por un ligero hilo de esperanza de que le trajera buenas noticias. Kanashiro está mostrándose humano, pero no siente compasión alguna.

—Y el Tuerto, ¿qué saben de él? —responde Kelly con una pregunta.

—Ya conoce usted a Martin, él va por libre. No sabremos nada hasta que haga algo. Pero dígame algo de la Policía…

Kanashiro casi suplica. Kelly se da cuenta de que se le está agotando la paciencia, así que decide darle algo de tregua:

—Sólo puedo decirle que las personas que lo están investigando son buenas…

—¡Pamplinas! —También es la primera vez que lo ve perder la compostura. —Los que lo investigan ni siquiera son de la unidad que se dedica a los secuestros.

—Sabe que hemos escogido a esta unidad para tener al amigo de Azcona en el asunto. Necesitamos cubrirnos las espaldas para que no haya ningún imprevisto.

—Le contaré algo, señor Kelly. —Kanashiro cambia de tercio y de gesto por completo. —Nunca olvidaré la primera vez que visité Madrid. Fue en 1955 con mis papás. Yo tenía unos trece años. Recuerdo perfectamente que una de las primeras cosas que hicimos fue ir a ver la Casa de Fieras del Retiro. Mi papá era bien estricto y no nos concedía muchos caprichos, pero me empeñé de tal forma, que no les quedó otro remedio que llevarnos. Nunca en mi vida había estado en un zoológico. No se puede imaginar lo que supuso para mí ver por primera vez un león. Me lo quedé mirando embobado tanto tiempo como pude. Me sorprendió verlo enjaulado de aquella forma, y, a pesar del pequeño espacio que tenía, me

pareció un animal majestuoso. En ese momento, lo único que era capaz de pensar era: ¿qué sucedería si le abriéramos la jaula?

Kanashiro hace una pausa dramática, sin esperar una respuesta a su pregunta.

Kelly ha escuchado con cierto desinterés sus palabras, sin saber muy bien a dónde quiere llegar. Espera que retome el relato, y sólo lo interpela apagando el cigarrillo, aplastándolo con fruición contra el cristal del cenicero. Se arrulla educadamente sobre el sofá y lo mira.

—Se tomaría venganza de su encierro, señor Kelly. Un león herido es más peligroso que un león sano. Ándese con mucho cuidado de acercarse demasiado a depredadores lastimados.

—¿Cuándo tendré mi dinero? —lo desafía.

—Pronto. Ya le avisaremos, señor Kelly.

La reunión ha concluido.

# DOS DÍAS

## I

Me enciendo un cigarrillo y la calada me da ganas de vomitar.

Debo haber fumado dos paquetes y medio durante las últimas quince horas. No sé muy bien qué hacer, pero no me queda otra que fumar y esperar.

Leer ni me lo planteo, así que he intentado distraerme con documentales.

He probado con uno de mis temas favoritos: la selva. Esta, en concreto, es una serie española llamada Planeta Selva, y el capítulo que me he puesto es uno sobre la de Borneo. La gente suele confundir selva y sabana… pero eso qué demonios importa ahora.

El caso, que no consigo concentrarme en el documental. O mejor, no soy capaz de quitarme lo otro de la cabeza.

Hoy he vuelto a dormir como la mierda, despertándome cada dos por tres; la mayoría de las veces, sobresaltado. Así que me he levantado a eso de las cinco y pico, con mucho sueño, pero prefiero estar tirado en el sofá que en la cama tratando de dormir.

El plan era llamar esta misma mañana a Babic. Quedan dos días para que nos volvamos a ver y decida qué hacer, pero quiero sorprenderlo, cambiarle el paso y pillarlo a contrapié. Sé que es arriesgado y puede que diga que no, pero es la táctica que me parece más inteligente.

El problema es que todavía es pronto, debo esperar, por lo menos, a que sean las diez.

Eso supone casi cinco horas removiendo todo en la cabeza, y cada vez le veo más atractivo a llamar al gordo.

Por cierto, no lo he visto desde que lo perdiera ayer en el metro. Ni cuando volví a casa, sobre la hora de comer, ni después cuando salí a hacer un poco de compra.

Pero eso da igual.

Tengo su tarjeta —la veo sobre la mesa—. Puede que, incluso, llegue a un buen acuerdo con ellos y me libre de chirona. Algo de

protección y empezar una nueva vida en un sitio perdido. Sé que Gámez puede conseguirme documentación falsa en poco tiempo. Tengo, además, un buen colchón de pasta, pero hay algo que me tira para atrás, que me hace no dar el paso. Sé que lo normal es que Billy acabe en la trena o bajo tierra —esto es lo más probable—, pero no quiero defraudar a Iván sin por lo menos intentar salvarlo. Pase lo que pase, esto es lo último que hago por él.

Pues, aunque suene extraño, al final me dormí en el sofá. Me he despertado a eso de las diez y media y lo primero que he hecho ha sido ponerme un café y encenderme un piti. He mamoneado un poco, porque me aterra llamar a Babic, pero no me quedaba otra.

Así que, al final, lo he llamado.

Han sonado los tonos y, cuando estaba a punto de colgar —la verdad es que he ido a colgar antes de lo habitual, casi aliviado—, me ha cogido. Su puto "qué pasó *star"* me ha provocado tanta arcada como cualquier calada de esta mañana.

Le he explicado, evidentemente de forma sutil, que lo tenemos todo listo y que pretendemos pedir la recompensa esta misma tarde, para tener el dinero en tres días. Lo he notado sorprendido, pero no sé si enfadado, nervioso o satisfecho. Luego, ha tenido una reacción bastante neutra, pero, a la vez, enigmática. Me ha dicho que necesitaba comprobar unas coas y que me llamaría de vuelta a lo largo de la mañana.

Así que aquí estoy, esperando su llamada y haciendo cábalas sobre qué está tramando. Es imposible que fume más sin que vomite, y, aun así, me enciendo otro cigarrillo.

## II

—Eduardo, soy Augusto, ¿cómo vas?

—Desesperado, Augusto. Seguimos sin noticias de María. ¿Tú tienes alguna novedad?

—No, amigo, pero te juro que tengo a mis hombres removiendo todas las piedras de España para dar con ella y el tarado.

—Gracias, esperemos que todo esto acabe pronto.

—Con cualquier cosa que sepamos, te digo, amigo.

—Abrazo, Augusto.

—Otro para la familia.

Parece que los hombres de Kanashiro no han dado con el tarado, así que puede ser buena idea seguir adelante con la extorsión y empezarla hoy mismo. Pero necesita asegurarse de que Jon y el tarado no están tratando de joderlo, por lo que manda al Perro y a dos de sus hombres que se acerquen a la nave para comprobar que todo está en orden.

Entretanto, llama a Jon para decirle que de acuerdo, que pueden proceder y pedir el rescate.

## III

No ha dormido en toda la noche: se ha puesto hasta las trancas de todo.

El problema es que ahora no le queda casi de nada. Tiene un par de anfetas, pero ni una gota de alcohol y la *bajona* está empezando a hacerle efecto. Son las doce del mediodía y no sabe cómo va a matar el tiempo hasta las cinco de la tarde, hora en la que tiene que hacer la llamada de la extorsión a Eduardo Labat.

Ha estado practicando sus frases. Ha pensado alguna que otra imponente y las ha apuntado todas caóticamente en la hoja que le dio Jon, emborronándolo todo.

Se alegra de que este haya recapacitado, que le reconozca el mérito que tiene. Ya no siente ningún rencor hacia él, aunque sigue sin entender por qué lo deja ahí solo, sin armas.

Por si acaso, ha cogido la pipa del coche. Quiere estar protegido si es que lo necesita.

El problema es que, de madrugada, bastante puesto, estuvo jugueteando con la pistola, primero solo, fantaseando con un tiroteo en la nave, y, luego, con María Labat.

Ahora se arrepiente un poco, porque se las ha hecho pasar canutas.

Lo ha vuelto a hacer, incluso cosas peores que las anteriores, y se siente bastante mal. La pobre mujer no se merecía lo que le ha hecho.

Ella gritó y se resistió todo lo que pudo, provocando que él le infligiera mayor dolor.

Decide ir a verla al despachito de paneles, donde está esposada, y darle algo de comer, para lo que se pone el pasamontañas y coge unos sándwiches preparados de supermercado de la nevera.

Al entrar, le llega un hedor insoportable. La mira y ve que está despierta, aunque parece catatónica.

Quiere pedirle disculpas, pero prefiere callar. Le pone al alcance la comida y agita la mano ante sus ojos. Ella lo mira sin mirarlo. Ni siquiera hay desprecio, sino unos ojos vacíos. Antes de marcharse, observa que el cubo donde hace sus necesidades está lleno, así que decide vaciarlo. De camino al lavabo, comprueba que hay bastante sangre dentro.

—¡Buenos días!

Una voz de acento extraño se cuela en la nave.

Billy deja el cubo en el suelo y saca el arma. Se pone en guardia, oculto tras una columna. Desde su posición no tiene visión del intruso y, de momento, toma la decisión de no mostrarse.

—¿Hay alguien aquí?

Dice de nuevo la voz, esta vez, demostrando que no es español. Pero Billy es incapaz de ubicar el acento. Quizá sea un vecino de alguna de las naves industriales cercanas, aunque es cierto que no ha visto a nadie en todo el tiempo que lleva por allí. Tal vez sea un hombre de Babic, que viene a comprobar que todo está bien.

—Hola —le sorprenden a su espalda.

Billy se retuerce de un escalofrío, se da la vuelta y apunta al hombre.

—¿Vienes de parte de Babic? —le pregunta.

El hombre, duda, pero termina por responder:

—Claro, vengo de parte de Babic, puedes estar tranquilo, Billy.

Billy baja el arma y la guardia, prefiere no meterse en líos con Babic.

Ahora tiene un par de segundos para fijarse en el tipo, que es más bien menudo, casi tanto como él, pero lo que realmente le llama la atención es el parche que lleva en el ojo. Por cómo pronuncia las erres, está casi seguro de que es francés o árabe, pero tiene un acento un tanto peculiar.

Ha sacado de uno de sus bolsillos una libreta pequeña y un bolígrafo. Está escribiendo algo.

—¿Qué estás escribiendo? —lo interroga.

—Yo lo apunto todo —responde al tiempo que vuelve a guardar la libreta.

—¿Y qué haces aquí?

—Bueno, saber que todo está bien…

—Pues ya ves que sí. Ahora puedes volverte por donde has venido y decirle a Babic que nos deje hacer las cosas a nuestra manera.

—Quiero ver a la mujer —le dice.

—¿Para qué?

El hombre vuelve a vacilar. Escruta a Billy con el ojo sano y este lo desafía con los dos suyos. Todo sucede en un instante.

El Tuerto ejecuta un movimiento grácil, como de baile.

Con el brazo derecho empuja levemente a Billy hacia su izquierda, que topa con el pie de su oponente, perdiendo el equilibrio. Lo intercepta en el aire por su brazo derecho —con el que agarra el arma—, para caer ambos al suelo: Billy de cara y sin poder protegérsela y el Tuerto sobre él. Lo inmoviliza con las rodillas, una presionando su rabadilla y la otra la coloca en una posición muy concreta entre el hombro y el principio del antebrazo izquierdo, inutilizando el brazo que tenía libre. La mano derecha de Billy sigue agarrando con nervio la pistola, pero la tiene contra el suelo, bien sujeta por la del Tuerto. Nota una fuerza descomunal para un hombre tan aparentemente pequeño. Ahora se recrea en el regusto metálico que le inunda la boca, está sangrando a borbotones a causa del golpe contra el cemento. El Tuerto, con su mano izquierda, golpea con eficacia la derecha de Billy, que termina por soltar el arma, y la hace deslizarse por el piso de un palmotazo, para que no esté a su alcance.

Luego, extrae de uno de sus bolsillos una brida de plástico que pone entre sus dientes. Le coge la mano derecha y se la coloca en su espalda, bajo su rodilla; mismo procedimiento para colocar la izquierda al lado, que aprisiona con su otra rodilla. Ya tiene ambas manos libres para anudarle la brida a sus muñecas. Después, le coloca una cincha más larga en los pies. *Game over*.

Con Billy en el suelo, inmovilizado, Martin Dubois comienza a inspeccionar el lugar. De vez en cuando tiene que apartar una botella de ron o de cerveza con su pie. Le sorprende la cantidad de mierda que hay, incluso sobre el colchón donde intuye que duerme el tarado.

En realidad, busca a María Labat. Ve al fondo un módulo sin ventanas, donde supone que está escondida, porque en el resto de la nave, más o menos diáfana, no está.

Desde la distancia, le pregunta a Billy algo que ya supone: si está solo.

Billy no responde, porque no sabe qué decir.

Menea la cabeza y chista repetidas veces.

—Tienes que ayudarme, Billy.

—Estoy solo, sí —reconoce al fin.

El Tuerto da vueltas en rededor de un imaginario círculo, como sopesando qué hacer. Vuelva a mirar hacia el módulo y se decide por acercarse a Billy, que sólo ve unas zapatillas Nike Air Jordan. No levanta la mirada, y hace bien, porque el Tuerto le asesta un golpe en la cabeza que lo deja fuera de juego.

Ahora, Martin Dubois se dirige hacia el módulo.

## IV

Después de inspeccionar la casa de Billy en Algete, el Tuerto decidió seguir a los dos policías que habían entrado en escena por medicación de la Interpol.

Era el calvo y grande el que más trabajo de campo realizaba, así que fue a él al que se pegó como una lapa. Como casi siempre desde que perdiera el ojo, Martin se quitó el parche para no llamar la atención, y utilizó gafas de sol para ocultar la cuenca vacía.

El poli no hacía nada más que una cosa: seguir a un tipo.

Investigó y no le costó mucho descubrir que el tal Jon Goizueta al que acechaba el inspector era el antiguo socio del hermano del secuestrador. Entendió que la Policía iba tras una pista segura.

Fue ayer cuando la bolita con su número salió del bombo.

El policía no estaba en su puesto, como era costumbre en él. Sin embargo, Goizueta merodeó en varias ocasiones por su portal. Cuando por fin apareció Fanjul y Goizueta se puso en marcha, el Tuerto supo que algo serio iba a hacer y que pretendía asegurarse de perder al policía de alguna manera. Al entrar en el Metro, entendió que su propósito sería darle esquinazo en el suburbano.

Había subestimado al tal Goizueta, el plan de despiste que había pergeñado era francamente bueno, pero él jugaba con dos puntos a su favor: ninguno de los dos, especialmente Goizueta, lo conocían, y ambos estaban tan pendientes el uno del otro, que sería harto difícil que repararan en un tercero.

Le costó seguir los movimientos del hombre, pero lo consiguió. Estuvo a punto de perderlo en su última jugada, cuando cogió la Línea 5 de vuelta.

Una vez en el tren y con Goizueta claramente aliviado y sentado en un asiento, supo que la pantomima había finalizado, si bien no pudo más que quitarse el sombrero ante una maniobra realmente buena. Si ese tipo estaba vinculado con el secuestro de María Labat, quizá no fueran tan principiantes.

Ya fuera del metro en Acacias, lo siguió hasta el parking y, allí, le colocó un dispositivo GPS en el parachoques delantero. Sólo necesitaba dos segundos para pegarlo a la zona de del capó bajo el parabrisas, ya que se trataba de un chip no más grande que una moneda de cinco céntimos. Así que se cruzó en su camino, literalmente, de salida del parking. Frenazo, caída sobre el capó… y dispositivo adherido al coche.

El resto, muy sencillo, sólo tenía que esperar y ver.

Cuando localizó en Google las coordenadas que marcaban el lugar adonde había ido Goizueta, una vez parado el vehículo, estuvo convencido de que allí estaría María Labat.

# V

Billy despierta sacudido por tres litros de agua fría y turbia. Mira a su frente y ve al hombre tuerto con el cubo donde hacía sus necesidades María Labat entre las manos, como si acabara de arrojárselo a la cara, que de hecho es lo que ha sucedido, diluidas en un poco de agua del grifo.

Detrás de él está María Labat, de pie, con una manta cubriéndola, aunque no hace frío. Billy la mira a los ojos y sólo recibe de ellos un odio inhumano.

—Bueno, Billy, dime, ¿este encargo te lo ha hecho Babic? —dice leyendo de su libreta el nombre.

El Tuerto no sabe quién es Augusto Babic, pero, cuando lo nombró Billy, estuvo seguro de que era el responsable de todo y apuntó su nombre en su inseparable libreta.

Luego, mientras rescataba a María, estando Billy inconsciente, le ha preguntado por él. Ella, todavía aterrada, pero ciertamente aliviada por su liberación, le ha explicado que Augusto Babic es su vecino, con el que tienen una relación cordial, y del que su marido le ha comentado que es un mafioso local y hermano de un capo más importante del sur de España.

Ahora, el Tuerto quiere estar completamente seguro.

Billy no responde. Se hace el duro, pero en realidad está asustado.

Lo ha atado a una silla de pies y manos y se le ha bajado de golpe todos los efectos de las drogas.

Sopesa qué hacer: quizá implicar a Babic sea una buena idea, quizá sea su forma de salir con vida de esto, y, a la vez, sirva para darle su merecido al Croata.

—Vamos, Billy, no pienso hacerte nada si confiesas. Sé que es Babic el que organizó todo esto y que tú sólo eres un peón suyo.

Definitivamente, ese hombre con un parche en el ojo derecho es francés, pero tiene un acento suave, con toques sudamericanos.

—Es todo cosa de él, sí. Él nos contrató para hacerlo.

No se da cuenta, pero ha cometido un error: ha hablado en plural. Está implicando a Jon en todo esto. Tampoco sabe que el Tuerto lo hila al instante. De todas formas, al sicario de Kanashiro no le cabía duda de que aquel tipo que le llevó hasta la nave industrial estaba metido en el asunto.

—Así me gusta. María —ahora se dirige a la hija de su jefe —, voy un momento al coche. Vigílalo.

Billy observa cómo el hombre se va de la nave, ya que no quiere mirar a la cara a María Labat, pero nota que se acerca a él. Ya no le queda otro remedio, porque la tiene frente a frente. Lo está escrutando, sabe que ella está mirando al hombre que lo ha secuestrado y, sobre todo, que la ha violado tres veces, una, desgarrándole entera con una pistola. Nota en su expresión el asco y la ira.

Un escupitajo le impacta entre los ojos.

—Vas a sufrir, hijo de la gran puta.

El Tuerto no tarda en volver con una bolsa, que posa sobre una mesa. La abre y comienza a colocar algunas herramientas con meticulosa parsimonia encima del tablero, desplegándolas en fila.

—Verás, antes te he mentido —le explica a Billy con un tono relamido—. En realidad, sí voy a hacerte algo: mucho daño.

Billy grita. Trata de zafarse, pero las bridas lo tienen completamente inmovilizado. Pide clemencia y recurre a Babic con insistencia.

—Ahora mismo me da igual ese Babic, Billy. Vas a pagar por todo lo que le has hecho a María. ¿Quieres hacerle tú algo antes de que comience el trabajo? —pregunta a la hija de Kanashiro, que sigue cubierta por la manta. Ella niega con la cabeza, pero está dispuesta a ver todo el espectáculo.

—Pues comenzaremos por las manos.

El Tuerto examina con su ojo bueno su arsenal, acariciándose el mentón, indeciso como un comprador ante un mostrador de relojes o joyas. Coge la sierra y se recrea en ella, pero termina por colocarla con mimo en el mismo lugar. Ahora, toma el martillo, con el que hace un ademán de golpear la mesa. Lo deja también y agarra el

taladro; lo enciende y comprueba que está a tope de batería. Finalmente, se fija en los alicates industriales, que los empuña con ambas manos. Corta el aire.

—Sí, esto me servirá.

Parece un actor recitando su papel. Billy tiembla.

Se acerca a él con templanza y ceremoniosidad, como disfrutando del momento. Billy sigue sollozando y pidiendo perdón a María, que lo recibe con indiferencia.

—No te preocupes, ya no los vas a necesitar más —le susurra al oído.

Se sitúa a su espalda y Billy ahora se mueve más que nunca, revolviéndose como un animal atrapado en un cepo.

—No te resistas.

Lo agarra del pelo con desdén y tira de él hacia delante.

Siente el frío del metal de la cabeza de los alicates paseando por sus dedos, que mueve frenéticamente. Ahora es el filo lo que nota en su dedo índice derecho.

Se oye un chasquido y siente una punzada de dolor, quizá mitigado por la adrenalina. No sabe qué ha pasado, pero lo supone. Gruñe como un cerdo al que lo están abriendo en canal.

Otro chasquido y otra ráfaga de dolor. Ahora sí que lo siente en todo su esplendor. No está seguro, pero cree que se trata de su dedo corazón. Piensa que se va a desmayar.

—Voy a por el taladro.

Billy ahora sólo lloriquea quedamente. No levanta la vista del suelo, prefiere no ver lo que está haciendo su torturador, menos saber cómo se lo está tomando María. Sólo desea que el tiempo se detenga, porque sabe que es imposible que suceda nada que lo salve.

Vuelve a temblar y zarandearse cuando entran en su campo de visión las Nike Air Jordan de su verdugo. Oye el rugido del taladro y todo su cuerpo se estremece de un espasmo.

Ahora no suena un chasquido, sino la broca atenuada al percutir sobre material blando: su propia carne. Es su mano izquierda.

Brama con un aullido que procede de lo más hondo de sus entrañas. Nunca imaginó que sería capaz de sentir tanto dolor y,

sobre todo, tanto pavor.

Recobra la consciencia. Se ha desmayado después de que el Tuerto le rompiera todos los dedos de los pies a martillazos. Ya no sabe si siente algo. Está completamente ido.

—Ahora tengo que cortar a tu soldadito de mierda —le explica el Tuerto con la sierra entre las manos.

Por fin mira a María, que sigue impasible. Esperaba que en algún momento sintiera lástima y le pidiera al Tuerto que acabara con todo. Eso es lo único que desea ahora mismo, pero ella se muestra imperturbable.

El Tuerto se planta frente a él y le obliga a mirarlo, levantándole el mentón.

—¿Cómo demonios se te ocurre violar a la hija de Miguel Kanashiro, pedazo de gilipollas?

—Lo siento, lo siento, por favor. Por favor. Por favor —una amalgama de babas y moco confluyen entre su nariz y su boca.

—¡Mírame, hijo de puta! —le ordena.

Billy levanta la cabeza despacio, pero llega a ver cómo el disparo alcanza al Tuerto.

—¿Qué cojones está pasando aquí? —grita una voz masculina.

Billy, salpicado de sangre, ve caer a su torturador. Luego, gira la cabeza, incrédulo, y ve al Perro y otros dos hombres de Babic en el umbral de la puerta de la nave.

## VI

Tiene que moverse rápido.

La bala lo ha alcanzado en el hombro izquierdo y ha caído al suelo. Va desarmado y las herramientas no le van a servir para hacer frente a tres hombres con pistolas.

Aprovecha el desconcierto para colocarse tras un mueble metálico. Sus atacantes se han guarnecido también. No sabe dónde está María, y la busca con la mirada. Por fin la encuentra, apostada tras una columna. Hace contacto visual con ella y le pide calma con la mano y, con los labios, muy despacito, que no se mueva. Ella asiente.

Recuerda que Billy tenía una pistola. Está a unos tres metros de él. Necesita trazar un plan.

Tiene que salir corriendo, cogerla y esconderse tras un murito de un metro de alto que está a su lado. Ha de hacerlo rápido, porque es cuestión de tiempo que sus atacantes se muevan, si es que no lo están haciendo ya.

Antes, debe hacer balance de daños. El proyectil ha entrado y salido de su hombro, por lo que la herida no es de consideración. Le duele, y casi no puede mover el brazo izquierdo, pero eso no es suficiente para tumbar a Martin Dubois.

Sale encogido, a toda la velocidad que le permite la postura, a por la pistola de Billy. Las balas le silban la cabeza. Consigue hacerse con ella y se lanza contra el muro.

Ha intuido que dos de los pistoleros están frente a él, mientras que el otro lo tiene a su izquierda. Ese ahora es el más peligroso, porque quizá esté desprotegido ante él, pero no localiza su posición exacta.

Hace un barrido visual y presume dónde puede esconderse, detrás de un montón de cajas vacías.

Sopesa qué hacer: si disparar a las cajas, para que su atacante se muestre, o hacerlo contra un foco industrial con pantalla metálica

que pende sobre la zona. Se decanta por esta segunda opción.

Da en el blanco, generando un estruendo formidable. El hombre muestra su espalda entre las cajas, sorprendido o más bien asustado, y recibe un balazo en la zona lumbar que lo hace caer. Otro tiro le atraviesa la cabeza.

Ahora, cree Dubois, sí está cubierto ante los otros dos, por lo que se lo toma con calma.

Piensa en María, pero, desde donde está ahora, no tiene posibilidad de verla, y ella tampoco a él. Comprende que habrá escuchado tres disparos y un gemido, por lo que puede estar desconcertada, pensando que igual ha caído su única salvación posible: él. Tiene que hablar, dirigirse a los atacantes de alguna manera, para que ella esté tranquila, a pesar de que delate su posición, pero lo hace tarde.

Una figura se muestra, corriendo. Trata de prevenirla, pero los disparos la alcanzan. María cae como un saco de patatas al suelo.

Sabe que está muerta. No hay tiempo para recrearse. Por la trayectoria, puede hacerse una idea de dónde está cada uno de ellos, aunque puede que yerre. Toma aire y se levanta, pistola en mano. Dos disparos a un lado, dos a otro. Ha dado en uno de los blancos, está seguro. En el otro ha fallado, pero ya tiene claro dónde está, tras una columna. Una bala le ha rozado el brazo izquierdo.

—¡Tú y Babic podéis daros por muertos! —grita, apostando a que se trata de uno de sus hombres.

—¿Quién demonios eres, hijo de puta? —le responde el único superviviente.

—Tu peor pesadilla, pendejo —dice entre dientes.

Lo ha notado acojonado, por lo que sabe que su oponente no va a descubrirse.

Será coser y cantar: ha estado en situaciones más complicadas, como aquella vez que se enfrentó a los sicarios del ruso en Paysandú con tres tiros en el cuerpo y el ojo sangrando como un marrano. Sólo tiene que moverse con sigilo hasta tenerlo a tiro.

Lo hace, poco a poco, va ganando terreno, yendo en contra de las agujas de un figurado reloj rectangular. Primera base, segunda y, por fin, tercera.

Ya lo ve: está sentado apoyando sus espaldas contra la columna y con las piernas encogidas sobre su pecho. El ángulo es un poco complejo y no puede avanzar más sin descubrir su posición y convertirse en un blanco fácil. Puede darle en una pierna y quizá sea la mejor opción, pero, justo, su contrincante hace un pequeño movimiento, como para inspeccionar el escenario. Se gira hacia el lado opuesto, por lo que supone que hará lo mismo hacia el suyo. Esa será su ocasión. No se equivoca, el hombre se acuesta ahora sobre el otro costado, lo tiene a tiro y no falla. Le ha dado en la zona del cuello.

No está muerto, aunque sí está convencido de que la herida es mortal.

Se acerca a él, comprobando que el hombre está dando sus últimos estertores de vida. Se relame, porque va a poder mirarlo a los ojos mientras muere.

Llega a su altura y ve que trata de levantar el arma, pero lo hace muy despacio, lo suficientemente despacio para que él lo encañone y apriete el gatillo y compruebe que no le quedan balas. Al tiempo que se reprocha no haber inspeccionado el cargador (intuía que estaría lleno, pero es un error de principiante), recibe un balazo que se le perfora la frente.

Martin Dubois, el Tuerto, antes conocido como el Marsellés, uno de los asesinos a sueldo más sanguinarios y eficaces del mundo, muere en una nave industrial abandonada de un pueblo en las afueras Madrid de una manera ridícula, después de haber sobrevivido a situaciones mucho más complejas, contra mentes mucho más astutas, y demostrando que cualquiera puede fallar, aunque, en su caso, sea su último y fatal error.

## VII

Billy no está seguro de qué es lo que ha pasado: ha presenciado todo el tiroteo con los ojos cerrados con fuerza y la cabeza pegada a su pecho.

Está desconcertado, pero empieza a entender que todos han muerto.

Por fin, los abre y ve, a su derecha, a María Labat tendida sobre el suelo. Hace luego una panorámica hasta encontrar al Perro y al Tuerto tumbados, uno frente al otro. El Perro tiene ligeros espasmos. Lo llama, pero el otro sólo es capaz de ahogarse en gárgaras. Ha muerto.

No puede moverse. Está atado a la silla y tiene los pies destrozados. Sólo le queda una esperanza, aunque es mucho más de lo que habría imaginado unos minutos antes: que Jon se acerque a la nave y lo salve.

Se promete cambiar de vida. Dejarlo todo: abandonar la delincuencia, desengancharse. Lo jura ante un Dios en el que nunca ha creído. Sabe que tiene todos los dedos de las manos destrozados y reza porque se los puedan reconstruir. Cree que los de los pies sólo están rotos y que podrá volver a caminar.

Con todo, el dolor no atenúa el alivio. Termina por perder la consciencia.

## VIII

La última persona que imaginé que me vendría hoy a ver es Augusto Babic.

Está acompañado de dos hombres, pero no por el Perro. Tampoco me tranquiliza demasiado.

Ha llamado con fuerza a la puerta, asegurando que sabía que estaba en casa.

No me cabe duda de que es así, por lo que no me queda otra que abrir; sólo me estoy preparando para la ocasión: he guardado la pipa bajo un cojín del sofá donde pienso sentarme y he plantado el micro en el móvil y me he puesto a grabar.

—¿Estáis intentando joderme? —grita al entrar.

Sí que está cabreado el Croata.

Me agarra por las solapas y me estampa contra la pared. Debe frisar los cincuenta y tantos, pero es un tipo alto y fornido. Si quiere, ahora mismo puede descoyuntarme como un elefante a un ratón.

—No sé de qué coño me estás hablando —le digo.

—Venga, Jon, no me rompás las pelotas.

—Te juro, Augusto, que no tengo ni puta idea de qué narices me hablas.

Y es verdad, pero mi cerebro ya ha empezado a carburar. Sea lo que sea, Billy la ha vuelto a cagar.

—Sentate.

Augusto se ha calmado, no sé si dándome cuartelillo o porque de verdad me cree.

No me queda otra que obedecerle y me siento sobre el sofá, en el sitio en el que guardo la pistola. Él coge una silla de la mesa y se pone a mi vera.

—¿Qué sabés del tarado?

Ya sabía yo que esto era cosa de Billy. Recapacito y pienso qué decir. Miro el reloj, quedan unos veinte minutos para que, teóricamente, haga la llamada de la extorsión a Eduardo Labat.

—No sé nada de él. En un rato hará lo que habíamos acordado.

—¿No me estás mintiendo, verdad?

—¿Por qué demonios iría a mentirte, Augusto?

—Llamalo —me exige.

Al ver que voy a levantarme, me planta la palma de la mano en el pecho y me hace recostarme de nuevo sobre el sofá.

—Tengo que coger el móvil.

—¿Dónde está? Te lo llevamos nosotros.

Le indico que está en un cajón bajo la tele. Uno de sus hombres lo coge y me lo alcanza. Es el de prepago, evidentemente.

Llamo y, aunque da tono, Billy no lo coge. Me insiste en que lo vuelva a intentar. Nada. Nos quedamos en silencio cinco minutos, esperando a que el teléfono suene, pero no lo hace.

—Mira, no sé qué coño está pasando… debería cogerlo o, por lo menos, devolverme la llamada.

—Te diré lo que sucede, Jon. Sucede que si me estás intentando pechar, te voy a enterrar vivo en ya sabes dónde.

No hay más explicaciones. Babic se levanta y me ordena que los acompañe. No cojo nada, ni siquiera se me pasa por la cabeza intentar guardarme la pipa. No me dan la opción ni de ir al baño. Nos vamos.

Pronto me he dado cuenta de que vamos a Ciempozuelos, a la nave.

No he preguntado, por más que me estuviera muriendo de ganas de saber qué piensa que está pasando. Hemos hecho todo el trayecto en silencio y he estado a punto de cagarme encima.

Hemos llegado. En la puerta hay dos coches y parpadeo incrédulo.

Babic me mira y me dice que salga del coche. Salgo, convencido de que todavía no me van a liquidar; no allí, al aire libre y a plena luz del día; no sin antes explicarme por qué hemos ido hasta la nave y de quién son esos coches.

—Entrá —Me invita con su tono más amable y encantador.

Sus dos maromos me siguen, empuñando sendas pistolas.

Es una situación la mar de confortable: por un lado, dos Pit Bulls sarnosos del este me siguen dispuestos a llenarme el cuerpo de plomo a la mínima; por otro, algo debe haber sucedido dentro de la nave y tengo la impresión de que me voy a sorprender, y no gratamente.

La puerta está abierta. Voy con tiento y entro sintiendo el cañón de una Glock en mi pescuezo.

Me entra un escalofrío que me hace removerme de tal forma que pienso que sería suficiente para que vacíen el cargador entero en mi cogote. Por suerte, el simio del Croata guarda la calma.

Dentro, hay una escena de cuidado. Se ha montado una buena fiesta en la sala, con barra libre e invitados especiales.

A mis pies, justo en la puerta, me topo con un esbirro del Croata tendido con una bala en el ojo. La cosa pinta bien fea.

—¿Qué cojones pasa? —pregunta impaciente Babic desde fuera.

Uno de los dos le informa del aliño.

Oigo blasfemar a Babic y nos ordena al otro gorila y a mí que inspeccionemos bien, por si queda alguien con vida.

Dudamos unos segundos, que dedicamos a tomar conciencia o a echarle bemoles al asunto.

El sicario mononeuronal me hace un gesto con la pipa y avanzamos, sirviéndole yo de improvisado escudo humano. Me muevo con más miedo que decisión, como si se tratara de un campo minado. Veo a un hombre atado a una silla, con la cabeza colgando sobre su pecho. No se me ocurre mejor idea que saludarlo desde la distancia con un ridículo hola, como para rebajar tensiones, pero, lejos de no obtener respuesta, una voz familiar me responde:

—Jon, ¿Eres tú?

El puto Billy. El puto Blly de los cojones está atado a una jodida silla sobre un charco de sangre.

—Jon, joder, ayúdame —solloza —. Me han destrozado las manos y los pies.

¿Qué hago yo? Me doy la vuelta y le interrogo al maromo con una mirada. Él me responde con la suya aún más confusa.

—Billy, ¿Hay alguien vivo? ¿Hay algún peligro? —le interrogo.

—No, están todos muertos, Jon. ¡Todos muertos!

Noto que el hombre de Babic se relaja un poco, porque me deja tomar cierta distancia. También baja la pistola. Me acerco a Billy y le miro las manos: las tiene literalmente descuartizadas. Me entra una arcada. Él, está impávido, entiendo que porque ha perdido mucha sangre. O hacemos algo rápido o se nos muere en poco tiempo.

Babic entra en la nave, lo hace como a cámara lenta.

—Están todos muertos.

—Tengo orejas, Nikolái.

Pero, por cómo actúa, no se fía ni un pelo.

—Aquí está el Perro —advierte el otro de sus esbirros, que ha ido a inspeccionar el resto de la estancia.

El Croata se acerca a él y se encuentra con la escena: el Perro y otro hombre frente a él, ambos tendidos en el suelo. Muertos los dos. Parece que se han matado mutuamente. Maldice todo lo que se pueda maldecir, porque ha perdido a su mejor hombre.

Mientras, algo llama mi atención. Miro a Billy, que tiembla como un corderito. Trato de hacerle una seña, para tranquilizarlo, pero no levanta la cabeza, como si fuera un perro apaleado. Me alejo de él y noto que sus lloriqueos se van acrecentando, pero ya no me importa.

No he caído en lo evidente. Había tal circo montado que ni siquiera he sido capaz de pensar en lo que más importaba: qué había sido de María Labat.

Conforme voy acercándome a su cuerpo inerte, me doy cuenta de la dimensión del asunto. Está muerta: al menos dos disparos la han atravesado.

Me quedo petrificado observándola, sin saber muy bien qué hacer o qué decir. Noto al tal Nikolái a mi vera.

—Jefe, tienes que ver esto.

Yo rezo las pocas oraciones que sé.

Babic viene desde el otro lado de la sala. Yo me vuelvo, pero miro al suelo, no como Billy, sino como un perro que no sabe por dónde le va a venir el golpe.

A mitad de camino se para para mirar a Billy con una mezcla de asco y desdén. Él está inmóvil, parece que catatónico o derrotado. Babic pregunta si está vivo, a lo que Nikolái responde que sí. Por fin,

Billy levanta la cabeza y mira al Croata, pero lo hace como pidiendo clemencia.

—No te movás, ahora mismo estoy contigo.

Vaya, parece que Babic tiene ganas de guasa. No las tendrá cuando vea esto.

—¿Qué sucede? —nos interroga al tiempo que llega —Qué cojo…

Se calla. No termina su frase.

Se echa las manos a la cabeza. Se repasa los pómulos, la frente, el cogote. Chista repetidas veces.

—¡Joder!

Él tampoco había caído en lo evidente. No ha sido hasta que la ha visto que ha reparado en que faltaba el elemento clave de todo esto. Mira primero a Nikolái, luego me mira a mí. Menea la cabeza gacha al tiempo que farfulla cosas inaudibles. Comienza a dar vueltas sobre un invisible carrusel, pero, de repente, se para en seco. Levanta la cara, como si hubiera sufrido una descarga eléctrica y se acerca a Billy.

—Tarado, ¿qué diablos ha pasado aquí?

Billy ha tratado de explicarlo todo con pelos y señales, pero ha necesitado más de un empujón. Lo ha hecho erráticamente y con titubeos, está cerca de perder el conocimiento o de palmarla directamente, y por eso Babic le ha soltado más de un guantazo. Yo he intentado varias veces hacer algo con sus manos, pero, en cada ocasión que me he acercado, he desistido, porque no sabía ni por dónde empezar. Tiene muy mala pinta.

—Es el Tuerto —señala Nikolái, que observa su cadáver desde los dos metros de altura que mide.

—¿Y quién diantres es el Tuerto, Nikolái? —le pregunta Babic. Yo tampoco sé quién es.

—Un sicario. Uno de los gordos.

—Por lo menos, el Perro murió matándolo —dice el otro de los matones de Babic, como si eso sirviera de consuelo alguno.

Yo sigo al lado de Billy. Siento mucha lástima por él, porque no va a volver a coger nada con sus manos y dudo que pueda caminar con

normalidad. Pero lo que realmente quiero es llevarlo cuanto antes a que un equipo médico le trate las heridas.

—Augusto, hay que llevarlo a un hospital o morirá.

Me mira con indiferencia y se dirige a Billy:

—¿Se me ha nombrado en algún momento? —le pregunta —. Cuando han llegado el Perro y sus hombres, ¿se ha dicho el nombre de Augusto Babic?

Pido a Dios que Billy no sea un gilipollas como de costumbre. No tengo ni la más remota idea de si eso ha pasado o no, pero sólo hay una respuesta posible: no, no se ha mentado a Augusto Babic en ningún momento.

Por suerte, Billy responde que no. Jura que no. Que sus hombres entraron y ahí comenzó el tiroteo. Que ha sido cosa de dos minutos, no más. Que todos han muerto sin que de la boca de nadie salieran las palabras Augusto Babic. Respiro aliviado.

—Augusto, por favor —le imploro—, tenemos que hacer algo con él.

—Oh, sí, claro, tenés razón.

Alza la pistola y le descerraja un tiro en la cabeza.

—Ya está, solucionado.

Ahora soy yo el impávido.

Lo siento Iván, he hecho lo que he podido, te lo aseguro. Sé que te hice una promesa y que te he fallado. He intentado cumplir con mi palabra, a pesar de que el encargo que me hiciste me pillara desprevenido, porque era lo último que imaginaba que me pedirías.

De hecho, pensé que nunca más volverías a decirme nada.

Todavía recuerdo aquellos últimos días tuyos. Acudo a ellos con frecuencia, cada vez con menos dolor, pero con la misma pena y añoranza. Fue algo fugaz, no sé si por suerte. Eras una roca y nunca te quejaste, ni siquiera cuando ya no aguantaste más y tuviste que ir al médico por aquellos dolores insufribles. Cáncer, te dijeron. Fuiste demasiado tarde, te afearon. Me lo contaste como me contabas cualquier cosa, como el que advierte que está lloviendo.

Fue el golpe más duro que había recibido en toda mi vida, pero sabía que no sería el único: estaba uno más gordo por llegar. Porque te explicaron, y me informaste como si nada, que no había nada que

hacer. Tratamientos paliativos que no ibas a aceptar. Te imploré que los aceptaras, pero, como siempre, fuiste terco como una mula. No me separé de tu lado ni un momento durante los dos meses que duró tu agonía.

Aún recuerdo con angustia cómo ibas poco a poco consumiéndote, perdiendo tu vigorosidad y reduciéndote a la mínima expresión. Los últimos días, casi ni respondías. Estabas la mayor parte del tiempo más allá que acá.

Conseguí a través del Gallo morfina y fentanilo, que te suministraba sin saber muy bien cómo y en qué cantidades. Yo sólo quería hacer más liviano tu trance. Por eso, me resultó extraño que de repente un día despertaras tan lúcido.

Dicen que sucede con frecuencia que, antes de morir, tengamos un momento así. No sé si es que me he sugestionado, pero creo que le sucedió algo parecido a mi madre, que murió por la misma puta enfermedad.

«Cuida de Billy», me pediste sabiendo que no podía negarme.

Siempre te advertía de que iba por mal camino, pero tú no me escuchabas. Con Billy no atendías a razones. Estabas ciego de amor y te cerrabas en banda, llegando a ponerte violento con el que se atreviera a señalártelo.

Pero eso ya no importa.

Pocos minutos después de pedirme aquello, te fuiste. Lo hiciste dejándome solo para siempre y con el recuerdo de un Iván a medias, disminuido a causa de la enfermedad. Fueron sólo dos meses, aunque me parecieron años y también un suspiro, y hace ya siete, pero soy incapaz de figurarme al Iván de siempre, al Iván pleno, fuerte, lozano y sonriente. En su lugar acude a mi memoria, cada vez con más insistencia, la sombra en la que te convertiste durante tus últimos días. Y eso es lo peor.

Te juro que lo he intentado, Iván, pero Billy era un caso perdido.

No, no, te aseguro que no estoy tratando de rebajar mi culpa, como me achacabas en vida cuando fracasaba en algo.

Sí, sé que siempre busco una justificación, pero, en esta ocasión, te garantizo que he tratado de llevarlo por el buen camino, asesorarlo bien, sacarlo de todos los líos en los que se metía por su

jodida imprudencia e incontinencia verbal. Incluso ahora estoy metido yo en uno gordísimo por no dejarlo en la estacada.

Pero es (o era) ingobernable.

No de la misma forma que tú, desde luego, pero ingobernable, al fin y al cabo.

Y ahora, por desgracia, creo que me toca a mí, así que quizá no tarde mucho en unirme a vosotros, Iván.

—Espera, Augusto: no está todo perdido —le digo protegiéndome la cara ridículamente. El Croata me está apuntando entre las cejas.

—Tenés un minuto para convencerme de que no te mande al otro barrio. —Me concede un último alegato y tengo que aprovecharlo.

# FINAL
# Todos los leones heridos

# I

Ha caído una tromba de agua tremenda sobre Madrid, tanta, que las alcantarillas se han desbordado y el metro se ha inundado, ocasionando cortes en diversas líneas que han puesto la ciudad patas arriba desde abajo.

En la superficie, la cosa no ha ido mucho mejor: calles impracticables y tráfico colapsado en todas partes.

Ha habido tantos accidentes y urgencias que los servicios de emergencias no han dado abasto. Como siempre que sucede algo así, los medios han centrado su atención en la capital, como si nada más existiera, como si el apocalipsis se cerniera sobre Madrid.

Hacía más de sesenta días que no caía una sola gota y ahora lo ha hecho con furia.

El aire se ha depurado y la vegetación se toma un respiro. El petricor tan característico de la lluvia estival, aunque todavía no sea verano, ha vuelto a engalanar las calles y lo ha vuelto todo del revés.

Pero siempre la lluvia es fugaz en Madrid.

Ha dejado de llover y todo, poco a poco, vuelve a la normalidad. Las guerras, la pobreza o la crispación política se encaraman de nuevo a las primeras planas. Quizá si haga falta un apocalipsis.

Domingo Fanjul apenas se ha enterado de la tormenta. Ha dormido casi doce horas y, cuando se ha despertado, el aguacero ya había cesado. Desde la ventana de su salón no podía intuir los estragos que todavía ocasionaba el agua.

Después de tomar el primer café descafeinado, ha recibido la llamada de Jon Goizueta.

Necesita verse con él, le ha dicho. Es urgente, ha insistido.

Fanjul ha remoloneado. En realidad, ya no sabe si le interesa o no avanzar en el caso de María Labat. Carlota Franco está fuera de combate y no tiene noticias de su jefe, que ni le ha preguntado por el asunto.

Cuando ayer siguieron a Pete Kelly hasta el hotel, Marta Azcona y él fueron a comer.

Ella ya sabe que la persona que la guía en su investigación con la Interpol es un corrupto, que tiene tratos con Miguel Kanashiro, como otros tantos. Sin embargo, no tiene nada claro qué hacer, cómo proceder.

Podría acudir al responsable de la Unidad en la Interpol, el comisario de la Policía Italiana, Damiano Vincenzo, pero necesita tener algo más que una intuición: necesita pruebas.

Ella, además —le había dicho—, no es que mantenga una relación muy fluida con el comisario, y sabe que Kelly y él son buenos amigos. Quién sabe, igual está también en el ajo.

Después, dedicó la tarde a visitar de nuevo a Carlota Franco en el hospital. Esperó a que le dieran el alta, después de comprobar que no había daños en la cabeza. La acompañó a casa y luego se fue para la suya, completamente extenuado.

Así que le ha dicho a Goizueta que lo siente, que ya es tarde. Pero el otro no ha cejado: tenía una información que era imposible que no le interesase, sólo que no podía transmitírsela por teléfono.

—Ven a mi casa, por favor, es el único lugar seguro.

Ahora, Fanjul está saliendo a la calle y descubre que la cosa ha sido más gorda de lo que imaginaba. Todo está encharcado y el metro, cerrado. No vive muy lejos de la casa de Goizueta, así que no le queda otra que desplazarse hasta allí caminando, esquivando las balsas de agua que se han formado en el pavimento.

No da crédito a lo que Goizueta le ha contado.

María Labat está muerta, Guillermo García está muerto y otros cuatro hombres, de los que sólo sabe sus apodos, también están muertos. Sólo tiene que ir a la nave industrial situada en las afueras de Ciempozuelos a comprobarlo o eso le ha asegurado: encontrará tres cadáveres dentro de un módulo de paneles en su interior; los otros tres, le ha confesado, los ha hecho desaparecer Augusto Babic.

Ha necesitado que le repita toda la historia dos veces, porque le parece una peli de Tarantino.

A Augusto Babic lo conoce bien, porque su Unidad lo sigue desde hace tiempo. Aunque el verdadero pez gordo es su hermano: Mateo Babic.

Lo que le ofrece Goizueta es la cabeza del Croata a cambio de su protección. «No me importa ir a la cárcel», ha llegado a decirle.

Fanjul le ha pedido que eche el freno, que necesita procesarlo todo y que si le importa que venga una compañera a su casa.

Goizueta le pregunta que si es la chica con la que vino la otra vez, y, aunque sabe que no tiene que darle explicaciones, Fanjul ha preferido aclararle que no, que en este caso se trata de una policía que está en una investigación de la Interpol. La cara que ha puesto Goizueta ha sido una de las razones por las que lo ha hecho.

Cuando Marta Azcona se ha unido a ellos, Jon ha explicado de nuevo la historia. Azcona no ha reaccionado muy diferente a como lo ha hecho Fanjul, que ha disfrutado de sus gestos y expresiones.

Ha habido una diferencia con respecto a Fanjul: Marta sí sabe quién es uno de los hombres con mote: el Tuerto.

Se trata, les ha dicho, de uno de los sicarios más conocidos del mundo, alguien que, según creen, trabaja en exclusiva para Miguel Kanashiro desde hace unos años.

—¿Y está muerto, seguro? —le ha preguntado incrédula.

—Remuerto, te lo garantizo.

Luego Jon ha proseguido con la historia, hasta que Augusto Babic (ella no sabe de quién se trata) liquida a Billy.

—¿Y cómo te ha dejado escapar? —le interrogan al acabar.

—Le he dicho que no había por qué renunciar al plan. Quiero decir, vale que María Labat está muerta, pero puedo seguir adelante con la extorsión y darle el dinero a él. No corre riesgos y ya poco puede ganar de Labat y Kanashiro. No tienen por qué saber que sus hombres han sido los que han matado a María y al Tuerto. Todo puede quedar en una incógnita para ellos, siempre y cuando se deshiciese de los cadáveres y limpiase la escena.

—¿Y? —le apremia Fanjul. Han llegado a la parte en la que él tampoco sabe qué ha pasado.

—Se lo pensó mucho. La verdad, creí que me iba a pegar tres tiros, pero ha terminado por darme cuarenta y ocho horas. Si en ese tiempo no tengo el dinero, me entregará a Kanashiro, y supongo que muerto, porque preferirá que no hable.

Todos esos acontecimientos sucedieron ayer por la tarde, les ha explicado.

Después del ultimátum, se volvieron los cuatro en coche y asegura que lo dejaron en su casa a eso de las siete.

Dedicó el resto del día a pensar qué hacer. Supone que los hombres de Babic se han pasado la noche entera limpiando la escena y enterrando a sus compañeros en cualquier descampado.

—¿Y cómo se supone que vas a hacer la extorsión? —se interesa Azcona.

—Tengo este ordenador... —Señala el portátil que hay sobre la mesa, pero Fanjul lo interrumpe.

—¿Esto es lo que te traías entre manos con el friki de Alonso Martínez?

—Sí, así es. Pero es que sólo porque quería salvar el pellejo y el de Billy.

Eso importa poco ahora. Fanjul y Azcona se excusan y se van a la cocina. Necesitan charlar a solas, porque la cosa es muy grave. Jon les insiste en que quiere colaborar, que no le importa ir a la trena, pero que quiere sobrevivir.

—Esto es un puto temazo, Azcona. Tenemos que informar inmediatamente a mi jefe y tiene que ponerse sobre ello el sursum corda.

—No te precipites Mingo. —Fanjul nota que está maquinado algo, lo ve en sus ojos.

—Venga, no me jodas, Marta…—Está tan nervioso que la ha llamado por su nombre de pila. Ambos se miran y ella sonríe. Tiene la delantera tomada.

—Mingo, hemos visto demasiadas cosas, hemos vivido demasiadas historias turbias. Hemos presenciado cómo jefes de los cuerpos de seguridad del Estado en realidad eran unos corruptos, cuando no unos criminales. Mira a Kelly. Quiero pillarle y he

encontrado un resquicio. A la mierda hay que hacerle frente con más mierda.

—No sé qué pretendes, Azcona, pero yo no quiero jugarme el culo por nada.

—¿Ni siquiera por mí?

—¿Qué quieres decir?

—Digo que confíes en mí. Vamos a ver cómo van las cosas, sólo digo eso. Si informamos de todo esto, Kanashiro se irá de rositas una vez más. Y vete a saber qué pasaría con el Babic ese. Te garantizo que todo acabará en nada y este pobre hombre —se refiere a Jon— enterrado en cal viva o apuñalado en una prisión.

—Pero habremos hecho lo que debíamos. —Fanjul se retuerce un poco, pero empieza a ablandarse.

—¡Una mierda lo que debíamos! Sabes que no. De verdad que no veo mucho riesgo. Vamos a dejar que haga la extorsión a Labat. Vamos a ver cómo se desarrollan los acontecimientos y, luego, decidimos. Siempre podemos poner todo esto en conocimiento de nuestros jefes en algún momento, sin necesidad de delatar que lo supiéramos de antes.

—Azcona, si lo hago, que no digo que lo vaya a hacer, es porque te aprecio más de lo que eres capaz de imaginar, pero te pido que no me tomes por un imbécil: riesgos hay y muchos.

—Venga, Mingui —hacía unos seis años que no lo llamaba así—, hazlo también por tu compañera.

—No metas a Franco en esto…

—Oye, igual con ella podías saltarte lo de llamarla por el apellido.

Se dan una tregua. Ambos ríen y tienen que contenerse, porque están en la cocina de un hombre desesperado por salvar su vida y que habrá oído sus risotadas infantiloides.

—Ni siquiera sabemos que lo que nos está contando sea verdad… —Una última embestida desesperada de Fanjul.

—¿Por qué coño nos va a mentir?

—Está bien, te doy cuarenta y ocho horas —cede medio en serio, medio en broma.

—Genial, Mingo, no te arrepentirás.

## II

Estos mamones se están descojonando en la cocina.

¿Les acabo de contar cómo se ha montado la de San Quintín en la nave de Ciempozuelos con seis muertos, les ofrezco a Augusto Babic y los muy imbéciles no tienen otra cosa que hacer que reírse como si nada pasara? ¿Me están tomando el pelo?

—Eh, parejita, que el tiempo corre y es mi pellejo el que está en juego —les apremio.

Salen. Toman asiento, cada uno a un lado de mí. No sé quién va a tomar la iniciativa, pero, el que lo haga, es, sin duda, la voz cantante del dueto: el que toma las decisiones, a quien tengo que hablarle de tú a tú.

—De acuerdo, Jon, vas a hacer la extorsión.

Vaya, esto sí que no me lo esperaba. Es la tía, que no conozco de nada. Al otro, por lo menos, ya le tenía cogido el truco. Deseaba que fuera él. Pero no…

…Y resulta que me dice que siga con la extorsión. ¿Pero nos estamos volviendo locos? Que me llevéis a la cárcel, al calabozo, id a la nave, ved los cadáveres, denunciadme, ponedme a disposición judicial o metedme en un plan de protección de testigos, coged a Babic, empapeladlo. ¡Joder, no me toquéis la moral!

—No entiendo… —es lo único que acierto a decir.

—Pues lo que oyes. ¿Cómo tenías pensado que la hiciera Billy?

Ya, que cómo tenía pensado que la hiciera Billy, eh. ¿Con que esas tenemos?

Pues no tenía nada pensado. Iba a hacerla sin más, pedir el dinero, que se lo dejaran en el lugar donde guardamos las armas Iván y yo hace años y a rezar para que no lo agujerearan como a un colador. Era Billy, no yo.

Pero, la verdad, no se me ocurre mejor idea. No tengo otro plan. Así que se lo explico. Noto que me miran con cierta desconfianza.

—¿Ese es tu plan maestro, pedir a Kanashiro que te lleve el dinero a una zona descampada en Ciempozuelos, como si fuera una pizza? —me pregunta el gordo.

—No, Mingo, puede funcionar…

Vaya, la de la Interpol se pone de mi lado. Está claro que le suda un pie qué me pase: tiene un interés desmedido en que se ejecute la extorsión, al precio que sea. Es decir: al precio de mi cabeza.

—Kanashiro no va a arriesgar ni un pelo de su hija. Es su ojito derecho. El plan será dejar que la extorsión se ejecute y, luego, una vez tenga a su hija, hará lo que tenga que hacer.

—Un momento, un momento —interrumpo, porque no me creo lo que está diciendo esta tipa—. A ver, dices que luego hará lo que tenga que hacer y eso supone encontrar y matar a la persona o personas que han hecho esto, es decir: yo. Y eso, teniendo en cuenta que Kanashiro piensa que su hija está viva, cuando se entere de que la han agujereado como a un colador, ¿qué coño me va a hacer?

—Bueno, para eso estamos nosotros, para protegerte —me explica la poli, pero vamos, que no se lo cree ni ella.

—Ese es otro asunto sobre el que nos tienes que contar, ¿qué piensas hacer cuando tengas el dinero?

—¿Qué quieres que haga? Dárselo al Croata. Entonces, él será el que quiera liquidarme. ¡Por eso os digo que me metáis en un calabozo y no me dejéis salir nunca!

—No, me refiero a qué vas a decirle a Kanashiro sobre su hija…

—Pues la verdad es que no lo había pensado. Mi única salvación eráis vosotros y me estáis llevando de la mano a la tumba.

La poli se levanta y comienza a dar vueltas por el salón, como pensativa. Ya se te puede ocurrir una idea cojonuda, y rápido, porque no veo que esto pueda salir bien. En un par de ocasiones, hace ademan de decir algo, pero se calla. Me está poniendo de los nervios. Enciende un cigarrillo.

—Está bien. Hay algo en lo que poco podemos ayudarte: ¿Tú podrías librarte de Babic al darle el dinero del rescate? Es decir, que no te liquide al instante…

—Bueno, tengo un par de ases bajo la manga, pero sería algo temporal.

—Suficiente. Entonces, esto es lo que vamos a hacer: vas a pedir hoy mismo el rescate. —Vaya, esto se pone cada vez más interesante, ¿por qué no me matas directamente ahora? —. No tienes tiempo, ha pasado casi un día desde que Babic te diera el ultimátum.

Ya lo sé, por qué te crees que estoy desesperado. Pero me reprimo y no lo digo.

—¿Qué pasa si Eduardo Labat te dice que no tiene el dinero? —pregunta al aire el gordo, que ha estado todo el tiempo callado.

—Eso le pregunté a Babic y me dijo que podía darme por muerto. Así que me temo que no hay mucho margen de maniobra, o lo tiene o me mata Babic.

—Bueno, si no tiene el dinero, no te preocupes —sentencia ella.

Noto que el gordo la mira extrañado y que ella le responde con un gesto de "tranquilo, tengo un plan". No estoy seguro de si ese plan es bueno para mí, pero me alivia saber que esta tipa parece que sabe lo que se hace. Empiezo a pensar que quizá sea bueno que sea ella la que tenga la sartén por el mango y no el otro papanatas.

—Pero, de momento —reemprende —, centrémonos en la posibilidad de que sí lo tenga. Haremos lo siguiente.

## III

—Señor, tiene que venir.

James Fritz ha bajado al sótano, donde Kanashiro está leyendo un libro. Su hombre de confianza no es de los que parecen alterados por cualquier cosa, así que sabe que no es momento de hacerle preguntas. Se incorpora y lo sigue.

Su yerno está sentado en el sofá del salón, más pensativo que preocupado. Al verlo aparecer se levanta como un resorte.

—Han llamado.

—¿Cuánto?

—Dos millones, antes de la medianoche.

—¿Dónde?

—Nos han dado unas coordenadas. Es en un descampado de las afueras de Madrid —le explica Fritz.

—¿Por qué no me has avisado cuando te han llamado? —le inquiere a Labat.

—Ha sido muy rápido y temía perder información o cabrearlos…

—Tranquilo, Eduardo —le espeta sin poder disimular cierto aire de desprecio.

Definitivamente, su yerno no es un hombre de acción. Pero, por fin, ya tienen la extorsión.

Ha pasado más de una semana desde que secuestraran a su hija y la falta de noticias era, precisamente, lo que más le preocupaba. Podría tratarse de un psicópata, de un violador que la ha matado y desmembrado y enterrado en cualquier lugar. La llamada, dentro de lo malo, lo tranquiliza, aunque no tiene ninguna certeza sobre el estado de su hija.

—¿Les has pedido una prueba de vida?

—Sí, pero me han dicho que es lo que hay.

—¿Y qué te han dicho de su paradero, cómo nos la entregan?

—Que nos indicarán dónde está una vez estén a salvo con el dinero…

—¿Cómo has quedado con ellos? —Kanashiro no deja acabar ninguna frase a Eduardo.

—Miguel, yo no tengo tanto dinero a mano. Podría conseguir unos miles, cientos a lo sumo, pero no dos millones de euros…

—¿Todavía no sabes quién soy yo, Eduardo? —lo vuelve a interrumpir ahora con más odio que otra cosa —. ¿Qué les has dicho?

—Les he pedido que nos vuelvan a llamar ahora, en quince minutos, para confirmarles si es posible y la hora de la entrega.

Kanashiro mira su Rolex. Son las cinco de la tarde. En menos de tres horas, Fritz estaría de vuelta en la casa con ese dinero, está seguro. Es Miguel Kanashiro. Sólo deben hacer una llamada.

—Vas a decirles que sí, que tenemos el dinero y vas a decirles que lo dejaremos a la hora que nos indiquen en el lugar convenido.

—¿Haremos algo, señor? —le pregunta Fritz.

—Absolutamente nada. Vas a entregar personalmente el dinero y te vas a ir. Nadie va a seguirlos, nadie va a hacer nada hasta que tenga a mi hija junto a mí. Entonces, pondré precio a la cabeza del pendejo o pendejos que hayan hecho esto. A todos. Los encontraré, no tengáis la menor duda. Ahora soy un león herido y enjaulado, pero mañana seré su peor pesadilla.

Suena el teléfono de Labat. Lo pone en manos libres y le explica a su interlocutor que sí, que tienen el dinero y que lo depositarán en el lugar indicado a la hora que les ordenen. El secuestrador le exige que sea a las once de la noche y que, de inmediato, se larguen. Si hay una sola duda de que se la quieren jugar, matarán a la mujer. Cuelga.

Kanashiro, que estaba sentado a la vera de su yerno, se pone en pie y comienza a dar órdenes:

—Quiero que rastreen el número desde donde llamaron. Tenemos gente que sabe hacer esto en las oficinas de Madrid, ¿no? —Eduardo asiente—. Pues que se encarguen de ello.

—Claro, Miguel.

—Fritz, llama al Chino. Él tiene dinero en efectivo de sobra para darnos. Aunque me deba favores, dile que se lo devolveré con un diez por ciento de intereses en no más de dos días.

—Claro, señor.

—Luego, cuando sea la hora, vas y dejas el dinero.

—Entendido, señor.

—No quiero —dice ahora alzando la voz y dirigiéndose a todos sus hombres que están alrededor del salón— que nadie haga nada hasta que tenga a mi hija, ¿lo han entendido?

Un sí quedo y al unísono inunda la sala.

Kanashiro se quita las gafas y suspira. Pide un cigarrillo y se lo prende. Ha vuelto a fumar desde lo de María. Se gira hacia su derecha y le susurra al oído a Fritz:

—¿Qué sabemos del pendejo del Tuerto?

—Nada, señor. Sigue desaparecido y sin dar señales de vida…

—Continuad buscándolo. Si dais con él, que se quede quieto. Que no haga absolutamente nada.

—Claro.

—Y dile a Kelly que se acabó, que ya no lo necesitamos más. No quiero a la poli española metiendo sus narices en esto. Que lo dejen en este mismo instante… No sé, que les digan que María ha aparecido o que se inventen cualquier cosa.

—A la orden…

—¿Qué? —Kanashiro sabe que Fritz duda.

—Pues que Kelly querrá su parte.

—Sí, claro. Dile que venga mañana al mediodía a recogerlo, pero que se encargue de sacar inmediatamente a la Policía española de todo esto.

—Hecho.

—Ponte en marcha, Fritz. No me falles.

—Claro que no, señor Kanashiro.

## IV

—Augusto, soy Jon. —Lo está llamando desde el teléfono de prepago —. Esta noche no te acuestes, voy a llevarte lo tuyo.

Jon se levanta y Fanjul lo sigue con la mirada. No dice nada más y cuelga.

—¿Qué te ha dicho?

—Me ha dicho que me espera con un conjunto sexy… y me amenazado con cortar todas y cada de las partes de mi precioso cuerpo, evidentemente.

—Bueno, nosotros nos encargamos de Kanashiro, a Babic tienes que gestionarlo tú… —le dice Azcona.

Por más que le han preguntado, no ha querido decirles qué tiene pensado para darle el dinero a Babic y salir con vida de su casa.

Asegura, completamente en serio, que se puede gafar. Por eso Azcona insiste, como si quisiera quitarse preventivamente ese muerto de encima.

Fanjul ya lo conoce lo suficiente como para saber que Jon no es un cualquiera, especialmente en lo que a planes de huida se refiere. Podrá salirle bien o podrá salirle mal, pero si confía es que tiene algo en mente, una jugada potente para escapar del Croata.

Ha habido un momento crítico al hacer la llamada a Labat, cuando le ha dicho que no estaba seguro de poder reunir tanto dinero. Azcona ha sido muy convincente: él no tiene esa cantidad, pero Kanashiro puede conseguirlo chascando los dedos. Llamará de nuevo y aceptará el trato, ha sentenciado sin preocupación. Jon no las tenía todas consigo, y, en cierta medida, a Fanjul le ha parecido que en el fondo deseaba que le dijeran que no.

No ha sido así.

Van a acompañarlo en su casa hasta que sea la hora, por si a Babic se le ocurre aparecer. Abrirían la puerta con las placas en la mano, para evitar sorpresas desagradables y que se monte un buen pollo.

A Ciempozuelos le ha dicho Fanjul que lo acompañaría él. Nuevamente, Azcona lo ha aplacado asegurándole que no lo van a liquidar ahí. No es el estilo de Kanashiro. Le ha explicado que, de ser él, lo que le preocuparía sería el después, su encuentro con Babic. Eso no parece que le haya tranquilizado demasiado.

En realidad, Fanjul sabe que Goizueta está que se sube por las paredes. Ha fumado casi una cajetilla en el tiempo que llevan en su piso. Marta le ha dicho a Fanjul que necesita airearse, así que se ha ido y los ha dejado solos. Goizueta ha puesto un documental de la BBC y, sin querer, Fanjul ha descabezado un ligero sueño, de unos minutos.

Pero el teléfono lo ha sobresaltado. Es su jefe. Debe cogerlo. Se va a la cocina para hablar con tranquilidad y que no escuche a los hipopótamos de fondo.

Se ríe al pensar qué habría sucedido si hubiera escuchado sus mugidos, pero la imagen se le pasa de un plumazo; tan rápido como el inspector jefe le dice que se acabó el caso María Labat. Que la Interpol le ha informado de que ha aparecido sana y salva en Perú. Que viajó con un pasaporte falso, por su cuenta y riesgo. Que todo apunta a un problema de cama. Fin del trabajo.

Fanjul no sabe qué pensar. ¿Es posible que Goizueta les esté tomando el pelo?

Rápidamente lo descarta, al percatarse de que ha presenciado cómo ha llamado a Eduardo Labat. Si bien incluso eso puede ser un farol… pero, ¿para qué haría semejante cosa? Está hecho un lío.

Aporrean a la puerta y sale de su letargo. Abre la de la cocina y mira a Goizueta, que está cagado sobre el sofá, en guardia.

—¡Abrid, soy Marta!

Los dos se miran aliviados y Fanjul abre, al tiempo que duda qué hacer, si informarle o no de la llamada de su jefe.

Ahora no se fía ni de su sombra y, por más que le pese, Marta Azcona no está libre de sospecha. Que su jefe lo haya llamado justo cuando ella no estaba, no ayuda a alejar las sospechas.

Por suerte para Fanjul, ha sido ella la que se lo ha comentado primero, en la cocina, de nuevo, en un aparte de Jon. Kelly la ha llamado para decirle que se vuelve a Lyon en un par de días y que puede dejar la investigación. Según el responsable de la Unidad, la hija de Kanashiro ha aparecido y tiene información de que su padre está ya en Perú. Ha notificado a la Policía Nacional que se desactiva todo.

—Definitivamente, está metido en todo esto —señala Fanjul, aliviado porque es evidente que Azcona está limpia. Se reprocha haber dudado de ella, pero ha sido un momento de debilidad.

—Hasta las trancas —responde ella.

—Tenemos que abortar el plan… —Fanjul parece más desahogado que resignado.

Azcona lo piensa. Farfulla palabras inaudibles para Fanjul, al tiempo que enciende un cigarrillo.

Él no se atreve a preguntarle cuándo empezó a fumar, porque no lo hacía cuando eran compañeros en el CNI. Imagina que a lo mejor lo hiciera alguna vez en su juventud y que ha recaído muchos años después, quizá a causa del estrés o tal vez impulsada por una pareja fumadora. Por un cigarro no pasa nada, le dijo que era la peor y más previsible forma de volver al vicio aquel coach de un curso online por el que pagó cincuenta euros. Y la verdad es que, él, que lleva cuatro años sin hacerlo, todavía lo echa en falta, todavía se descubre diciéndose que es imposible volver a engancharse por echar uno; aún sueña con que fuma, si bien es más una pesadilla que un deseo. Ahora se fumaría un purito de una sola calada, aunque supone que se marearía de inmediato.

—No podemos echarnos atrás, Mingo —dice al fin.

Ahora es él el que farfulla. Intuye que nada puede salir bien si siguen adelante con el plan. De hecho, no iba a salir bien ni siquiera estando oficialmente en el caso.

Pero Azcona ha entrado en el punto de no retorno, ese en el que un avión en pista ya no puede frenar y debe despegar irremediablemente, aunque haya un problema.

—Marta —la llama por su nombre para alejarse del plano profesional —, no es una buena idea. Sé que hay algo dentro que te

está quemando, pero seguir adelante es un riesgo absurdo, para ti, para mí y para este pobre desgraciado —dice señalando hacia el salón.

—Si lo dejamos, a este lo matarán y yo seguiré pudriéndome por dentro…

—Goizueta se lo ha buscado… De todas formas, me encargaré de él. Puedo ayudarlo si me echa una mano para pillar a Babic. Él no tanto, pero su hermano es una vieja aspiración de la unidad, quizá nos sirva para trincarlo.

—Está bien, Mingo. No te puedo pedir que me sigas en esto, pero déjame hacerlo.

Fanjul resopla y se acaricia la calva. Se gira y mira a la pared como si fuera una ventana y pudiera ver la calle o quizá su futuro de mierda por lo que está a punto de decir. No es la primera vez que un compañero lo arrastra hasta el barro y los resultados nunca han sido demasiado buenos: su divorcio y una angina de pecho lo atestiguan.

—No voy a dejar que te estrelles tú sola.

# V

Es noche cerrada y la lluvia vuelve a arreciar y golpea con fuerza el parabrisas.

En la radio suena el Beau Soir de Claude Debussy —una de las cosas que más le han gustado de España es esa emisora: Radio Clásica—. El humo del cigarrillo inunda todo el habitáculo, a pesar de que la pegatina sobre el salpicadero que advierte que está prohibido fumar en el interior del coche de alquiler es bien grande.

No le importa, porque pocas cosas importan a James Fritz.

Tampoco le importa una mierda qué le pase a María Labat (la sigue llamando María Kanashiro); por él, como si la ha violado y asesinado un perturbado sexual.

Desconoce cuándo se volvió un cabrón insensible, pero desde luego que sucedió en algún momento entre 2003 y 2005. No sabe si fue en Kandahar, Qunduz o Herat, (sí que está seguro de que su transformación se fraguó a bordo de aquel maldito Humvee en el que se pasó la mayor parte del tiempo y que lo volvió tarumba).

Tampoco recuerda si ocurrió después de matar a un chaval al que confundió con un enemigo, y las pesadillas que lo atormentaron durante años, o al tratar de taponar la herida en el cuello que mató a su compañero, y las pesadillas, distintas a las anteriores, que lo atormentaron durante más años.

Como cualquier persona nacida en los setenta, creció viendo cientos de películas que mostraban los estragos que la guerra de Vietnam había causado en muchos combatientes, pero pensaba que él estaba hecho de otra pasta cuando se alistó en el Cuerpo de Marines de los Estados Unidos. Lo hizo con la evidente intención (o más bien deseo) de servir en alguna guerra.

Al dar comienzo la Operación Libertad Duradera, tras los atentados del 11-S, seguía convencido de que a él no se le iría la cabeza si es que entraba en combate.

En realidad, nunca se le fue, simplemente, se convirtió en un sociópata. O quizá es que era una parte de su personalidad que estaba latente y que necesitó de aquella experiencia para brotar. Tampoco le importa demasiado.

Al volver de Afganistán no encontró su lugar en el mundo, pero no fue algo que sucediera inmediatamente, sino que se cocinó a fuego lento.

Al principio era un héroe para todo su entorno, especialmente para su queridísima mamá (así la llamaba, en español, ya que era chilena). Pero todo pasa y todo se olvida y la vida sigue y la suya se paró en algún momento entre 2003 y 2005 y las pesadillas eran de día y peor de noche, soñando con aquel oscuro Humvee y también con aquel niño al que mató y también con una aorta escupiendo a borbotones la vida de Mike Fernandez (o tal vez sólo era un líquido marrón y viscoso) y con los ojos idos de Mike Fernandez.

Pero todo pasa y todo se olvida, menos a él, a James Fritz, que en algún momento de 2006 o de 2007 o de 2008 termina por aceptar un trabajo que le ofrecen a través de un amigo y mata a un tipo. Le habían asegurado que era un pedófilo, pero no necesitó justificarlo.

Lo había matado mientras estaba en su coche, comiendo un bollo y tomando un café. Fue fácil: lo había seguido mucho tiempo y sabía de sus rutinas. Decidió hacerlo en aquel aparcamiento en el que cada noche se tomaba su tentempié (suponía que para luego dedicarse a distribuir pornografía infantil por internet). Se acercó a su coche, golpeó la ventanilla con los nudillos y le pegó un tiro entre las cejas al levantar una mirada que ni tuvo tiempo de sorprenderse.

Desde aquella noche, James (o Fritz, como todo el mundo lo conoce), dejó de tener pesadillas.

El nuevo Fritz regresó a Afganistán en 2009, como parte del ejército de mercenarios de la empresa de seguridad Blackwater, un empleo conseguido, de nuevo, a través del mismo amigo.

Él nunca supo si era cierto lo que se comentaba de que detrás de aquel grupo paramilitar, formado casi en su totalidad por excombatientes y expresidiarios, estaba financiado por la CIA o no.

Sí que tenía clara su misión: encontrar a Bin Laden y otros líderes talibanes sobre el terreno y acabar con ellos.

Estuvo todo 2009 en el país, donde dio rienda suelta a sus más bajos instintos, en todos los sentidos.

Durante su estancia, conoció a alguien que le planteó la posibilidad de incorporarse a una sofisticada red internacional de asesinos a sueldo.

Coqueteó con la idea y, cuando volvió con los bolsillos llenos a Estados Unidos, terminó por aceptar la propuesta.

Fue entonces cuando traspasó la última y difusa frontera que separa el bien del mal, y lo hizo sin ningún pudor ni remordimiento.

Sus primeras operaciones, en torno a 2010, fueron en territorios realmente hostiles, pero había encontrado su sitio como sicario. Una nueva vida en la que trabajaba tres o cuatro veces al año, permitiéndole vivir a todo tren.

En 2011 tuvo que hacer un trabajo con una de las grandes de leyendas del circuito: Martin Dubois, apodado el Marsellés. A él, todavía sin demasiado prestigio, se le conocía como el Marine, aunque le constaba que no era el único con pasado militar.

En 2012, comienza a trabajar para la organización de Miguel Kanashiro en Perú, por intermediación del propio Dubois, al que por entonces, se le consideraba muerto.

Después de un par de trabajos muy bien ejecutados, el Japonés lo ficha en exclusividad en 2014 y en 2016 se convierte en su jefe de seguridad personal, ganando, poco a poco, su confianza. Porque James Fritz, a diferencia de otros asesinos a sueldo, tenía otro tipo de aptitudes que Kanashiro supo apreciar desde el principio.

Precisamente por eso, hoy, Fritz es el hombre fuerte de Miguel Kanashiro. Es su sombra y no vela sólo por su seguridad, sino que su consejo es bien recibido por el capo mafioso.

En este tiempo, también ha tenido una relación estrecha con María y Eduardo Labat, especialmente durante los años que vivieron en Perú.

Y, a pesar de eso, le da igual lo que pueda haberle pasado a la hija de su jefe. Sólo quiere cumplir con su obligación escrupulosamente.

Su obligación ahora era conseguir el dinero de la extorsión y depositarlo en el lugar indicado, cumpliendo a rajatabla con las órdenes de Kanashiro, lo que supone desoír a sus instintos, que lo llaman a actuar: a esperar agazapado al amparo de la maleza y la noche, como lo hacía en Afganistán, a que el secuestrador tome el dinero, seguirlo y dar personalmente con el paradero de María Labat y cobrarse la justa venganza.

Pero no puede. No puede porque Kanashiro tiene miedo a que le pase algo a su queridísima hija y ese temor es su mayor debilidad.

Presume que algo va a salir mal, si es que no ha sucedido ya, precisamente porque Kanashiro no ha sido implacable, como lo es el resto del tiempo.

Por primera vez, además, no se ha sentido con la confianza de transmitírselo a su jefe, de explicarle qué es lo que él haría, y no lo ha hecho porque sabe que no razona adecuadamente, sino que está atenazado por el pánico.

Así que se ha resignado y ha ido al polígono de los chinos y se ha visto con Xuan. Le ha trasladado literalmente la propuesta de Kanashiro y en media hora estaba cogiendo el coche de nuevo, con una bolsa de deporte roja repleta de fajos de billetes de quinientos, doscientos y cien euros.

Luego, ha llamado a la casa de Labat para informar de que todo estaba en orden y avisar de que no volvería con el dinero hasta allí, a fin de evitar riesgos innecesarios.

El problema era que le quedaban más de cinco horas para cumplir con su parte y dejar la bolsa en el terreno indicado, así que no le ha quedado otra que parar en una gasolinera a pasar el resto de la tarde.

Los empleados de la cafetería lo han escrutado con asombro: una gasolinera no es más que un lugar de paso y él ha estado más de cuatro horas sentado en una mesa, frente al ventanal, desde donde podía ver la lluvia y su coche.

Ha pedido varios cafés y luego ha cenado una ensalada acompañada de un agua con gas, hielo y limón.

De vez en cuando, salía al porche a fumarse un cigarrillo. Pero ha matado el tiempo, básicamente, sin hacer nada. Ha estado horas ahí

sentado, sin leer (podía haberse comprado un libro en la propia tienda, pero no le gustan, nunca le han gustado), sin mirar el móvil, casi parecía que estuviera dormitando.

Para el común de los mortales, aquel tiempo habría sido insoportable, un tedio insufrible, pero, él, que ha tenido que aguardar horas, incluso días, hasta recibir una orden para atacar un objetivo, lo ha disfrutado. Le ha transportado al Humvee y a Kandahar, Qunduz y también a Herat. Ha vuelto a sentir la adrenalina regando gota a gota todo su cuerpo. Quizá no sea hoy, pero sabe que, tarde o temprano, va a entrar en acción el implacable hombre al que se conoce con el sobrenombre del Marine.

A las nueve y cincuenta minutos, ha pagado toda la cuenta y se ha marchado, dejando sorprendido al personal (algunos ya eran de un nuevo turno, pero todos estaban sobre aviso de aquel extraño extranjero), aunque no ha dejado de ser una anécdota más de las muchas que suceden en una estación de servicio a lo largo del día.

Se ha metido en el coche y ha partido en dirección a las coordenadas que habían facilitado por teléfono a Eduardo Labat solo unas horas antes.

Ahora, está cerca de ese lugar, maldiciendo que caiga la lluvia con fuerza. Sospecha que va a tener que llenarse de barro sus zapatos y se reprocha no haberse quitado el traje y haberse puesto una ropa más adecuada.

Llega hasta donde cree que ya no puede proseguir con el vehículo.

Es una carretera mal pavimentada y sin iluminación; sólo los faros de posición de su vehículo dan algo de luz al lugar. Es un fulgor exiguo en medio de la negritud absoluta.

Duda de que nadie pueda circular por esos andurriales, menos a esa hora de la noche.

Mira el reloj: son las diez y quince minutos. Ha tardado demasiado poco en llegar y todavía es pronto. El GPS le indica que está a unos trescientos metros del lugar.

Aguarda en el coche a que sean, por lo menos, veinte antes de las once. Lo hace con la esperanza de que deje de llover, aunque

nada más sea para que lo único que se ensucie sean los zapatos.

Continúa sintonizada Radio Clásica y de vez en cuando enciende un cigarrillo. Sigue estando tranquilo, sin un ápice de ansiedad y, menos aún, de miedo. Hace años que perdió cualquier atisbo de ese sentimiento. Se considera una máquina incapaz de albergar emoción alguna.

Es la hora, dice en inglés ante ninguna audiencia.

Agarra la bolsa y sale del coche. Llueve, pero con menos fuerza que antes. Se adentra por la zona de campo, alumbrando su camino con la linterna del móvil, al tiempo que el GPS le sirve de guía. No está utilizando Google Maps, ni cualquier otra aplicación de localización, sino una muy sofisticada, desarrollada por una de las empresas de Kanashiro, que tiene instalada en su dispositivo.

El terreno es firme y poco sinuoso, pero de vez en cuando se encuentra con pequeñas toperas provocadas por roedores y lepóridos, por lo que debe caminar con cuidado de no torcerse un tobillo.

Sólo se escucha el repiqueteo del agua fina cayendo sobre la maleza y el crujir de sus propios pasos. Está perdido en una inmensidad enorme, oscura y plana, como una estepa infinita.

Por fin llega al lugar de las coordenadas. Observa que es una zona algo más arbolada, pero tampoco muy discreta. Su instinto le dice que no está sólo, y no es por la presencia de alimañas nocturnas que han visto alterada su habitual tranquilidad.

Sabe que alguien está cerca: puede sentir sus latidos a través del suelo, huele su miedo mecido por el aire húmedo. Si tuviera el visto bueno de Kanashiro, sacaría su Glock 34 equipada con linterna láser y comenzaría la caza. Se relame sólo de pensar en la posibilidad, pero no puede permitírselo.

Sopesa dónde dejar la bolsa. Es de tela deportiva, pero no exactamente impermeable. Con mimo, la coloca bajo un arbusto y la alumbra con su móvil: está bien parapetada, pero puede costarle al secuestrador un buen rato encontrarla.

Da media vuelta, con intención de volver al coche, pero decide darse una pequeña licencia:

—He dejado la bolsa bajo un arbusto, para que no se moje —grita en su correcto español, sabedor de que lo están escuchando.

## VI

¿Cómo coño sabía que estoy aquí? ¿Acaso me ha visto o lo ha hecho por si las moscas?

De cualquier forma, me he cagado vivo.

Me he quedado aún más quieto de lo que ya estaba, y eso que creía estar completamente inmóvil desde que he visto por primera vez el pequeño haz de luz que se acercaba a la zona.

Me he imaginado que era una de esas presas que deciden que la única forma de sobrevivir ante un depredador es no mover un solo músculo.

Estoy calado hasta los huesos y noto entumecidas todas y cada una de las articulaciones del cuerpo, en parte por la tensión, en parte por la postura. Llevo escondido aquí casi de dos horas. El cabrón del gordo me ha traído a eso de las nueve y media, mientras que la otra se ha quedado en mi casa, ya que han decidido que haría las veces de centro de operaciones.

No hace frío y cuando hemos llegado, el suelo estaba húmedo, pero, por lo menos, no llovía.

He matado el tiempo pensando en qué haré con mi vida si salgo de esta. He intentado hacer un balance de las posibilidades, pero ni siquiera esta vez tenía la cabeza para eso.

Era incapaz de pensar, por lo que he matado los minutos suplicando a un Dios en el que no creo que este no sea mi final.

Al rato, ha caído la mundial otra vez y me he cagado en mi suerte. Se me ha hecho eterna la espera, y eso a pesar de que deseaba con todas mis fuerzas que no llegara la hora o que nadie se presentara.

Pero lo ha hecho a eso de las once menos cinco. Ha sido esa luz raquítica y blanca que he supuesto que se trataba de la linterna de un móvil.

He cerrado los ojos, y he esperado. Han pasado unos minutos eternos hasta que ha gritado lo de que ha guardado la bolsa bajo un

arbusto. Luego, he vuelto a cerrar los ojos y he apretado los dientes un buen rato. Demasiado diría.

El problema es que sigo atenazado. Tomo la decisión de ponerme en marcha y que sea lo que ese Dios en el que no creo quiera que sea.

Me acerco a la zona con la linterna prendida. Noto que su haz tiembla y es porque mi mano lo hace ostensiblemente.

Ha dicho que deja la bolsa bajo un arbusto. Alumbro hacia todos lados hasta que doy con ella. Es una de esas de deporte, roja. La cojo y noto su peso. Nunca imaginé lo que podrían pesar dos millones de euros.

No voy a comprobar que la cantidad es la correcta, menos ahí en medio, así que cojo el teléfono y llamo a Fanjul.

Me dice que me recoge en el mismo lugar en diez minutos.

## VII

Marta Azcona ha respirado aliviada cuando Fanjul la ha llamado explicándole que todo había salido bien y que ya estaban llegando a Madrid. Porque, en el fondo, no las tenía todas consigo de que nada se torciera.

Ya están en casa y Jon se está duchando: el pobre diablo ha llegado empapado.

Ella y Fanjul han preparado café. Han comprobado que está todo el dinero y han colocado el microchip de seguimiento en el forro inferior de la bolsa.

—¿Qué es lo que pretendes conseguir? —le interroga Fanjul.

La verdad es que ni ella sabe qué quiere conseguir.

Cuando Jon salga de la ducha y se cambie, va a ser ella la que lo acompañe hasta la casa de Babic para que le entregue la bolsa con el dinero.

Puede que el rastro se pierda allí, en su casa. Eso sería suficiente para intentar empapelar al Croata, pero el riesgo habría sido demasiado para tan poca cosa. En realidad, se está moviendo por inercia o desesperación.

—Vas a coger a Babic con esto —acierta a decirle.

—Tendría que explicar tantas cosas que no tengo claro si es algo que esté dispuesto a hacer.

Sabe que Fanjul tiene razón, pero va a terminar con todo. Su plan, si es que se le puede llamar tal cosa, es darle el dinero a Babic y que Jon llame de nuevo a Labat para decirle donde se encuentra su esposa, aunque lo que encontrarán los hombres de Kanashiro serán tres cadáveres, uno, el de la propia María Labat.

Qué sucederá después es una pregunta a la que no tiene respuesta, pero sabe que puede que la desesperación o la rabia o ambos factores a la vez hagan que el Japonés cometa algún error que lo destape.

La perspectiva no es demasiado buena, pero es lo único que tienen.

Jon vuelve a la sala, por lo que no tienen más tiempo para discutir, cosa que agradece, porque sabe que no tiene nada a qué agarrarse.

A él lo ve todavía más apocado que antes e intuye que teme más a Babic que a los hombres de Kanashiro. Pero el trato era claro: esta parte depende exclusivamente de él (aunque ellos no podrían haberlo cubierto si es que Kanashiro hubiera actuado de otra forma en Ciempozuelos, por lo que vuelve a suspirar aliviada).

—¿Nos ponemos en marcha? —le pregunta.

Hace el esfuerzo por mantener una charla despreocupada de camino a La Moraleja, pero Jon le responde con monosílabos. Quiere volver a interrogarlo sobre cómo pretende zafarse de Babic, pero sabe que será infructuoso, como las ocasiones anteriores.

—Oye, si ves que las cosas se tuercen ahí dentro, intenta pedirme auxilio…

—Ya, claro —la interrumpe con escepticismo.

—Mira, querido, ni siquiera tendría por qué ofrecerme, así que baja esos humos. —Se sorprende replicándole con agresividad.

El silencio inunda de nuevo el interior del vehículo. No llueve y apenas hay coches en la M-30.

Si nada se tuerce, en unos minutos estarán en La Moraleja, así que se plantea rebajar la tensión, aunque sabe que es complicado.

—Jon, todo va a salir bien.

—No me preocupa demasiado lo que suceda ahora. Tengo un plan y creo que va a funcionar. Mi problema es qué pasará a partir de mañana. Babic no va a parar ni un segundo hasta que dé conmigo, igual que Kanashiro cuando descubra todo el percal.

—Por Babic no debes preocuparte, Fanjul lo va a empapelar con esto —le miente —. De Kanashiro, si dices que el ordenador es irrasteable, no tienes tampoco nada de lo que temer…

—Vamos, tía, no me trates como un idiota. Sé a qué me arriesgaba cuando llamé a Fanjul. Esta es mi única esperanza de

salir vivo, pero necesito algo más que buenas palabras. Necesito que me ayudéis a escapar de aquí.

Marta no puede evitarse sentir lástima por él.

La verdad es que tiene un panorama complicado y sólo un golpe de suerte podría salvarlo. Fanjul no va a hacer nada con el tema Babic, salvo que algo improbable suceda. Por otro lado, le ha confesado que intentará proteger a Jon, pero que tampoco puede garantizar nada. Por su parte, ella, en ya está fuera de la investigación de Kanashiro, hasta que Kelly y sus superiores vuelvan a ponerla sobre ello. No puede hacer nada y, menos aún, ayudarlo.

Y como no puede prometerle a Jon absolutamente nada, por mucho que le duela, prefiere callar, aún a riesgo de acabar con las pocas esperanzas que ese desgraciado tiene.

Toman la calle de Babic (y también de Kanashiro). El GPS los está llevando hasta el punto en el que han decidido que lo esperaría. Tres minutos, señala. No quiere mirar a Jon, pero nota que se está incrustando en el asiento del copiloto. Ella está nerviosa y preocupada, así que ni quiere imaginarse cómo estará él.

—¿Sirve de algo que te vuelva a preguntar sobre qué tienes pensado hacer?

—Evidentemente no —responde con un hilo de voz —. Si te lo cuento, fijo que se gafa.

Le sorprende que esto último lo haya dicho con cierta guasa. En el fondo, y aunque sea un delincuente, le cae bien Jon Goizueta. Es un tipo inteligente y sensible. Ha estado fisgoneando en su casa el tiempo que ha estado sola y ha descubierto ciertas cosas de su vida que le han sorprendido. Se plantea cómo habrá sido su vida para terminar dedicándose al crimen.

Para el coche en una zona en la que tiene vía de escape directa.

—Pues parece que me toca bailar con la más fea —dice de nuevo con gracia.

Ella lo mira y hace el esfuerzo de sonreír. Se siente ridícula, porque sabe que no ha hecho más que esgrimir un gesto muy forzado.

—Trata de volver de una pieza, anda.

## VIII

Ha mandado a su mujer y los críos con su suegra, que vive en un pueblo de las afueras de Madrid, en una casa que él mismo le compró cuando se la trajeron de Galicia para estar más cerca de su hija y nietos.

Ha sido una discusión desagradable, como casi siempre que le ordena algo a su esposa. Ríe al pensar en que la única persona capaz de darle réplica a Augusto Babic, uno de los mafiosos más peligrosos de Europa Occidental (o eso cree), sea su mujer. Supone que pertenece a una generación blanda, que permite a las mujeres inmiscuirse en los asuntos del hombre y salir indemne.

De cualquier forma, lo hace por su bien y el de los niños. No sabe cómo se han torcido tanto las cosas, pero tiene que ponerlos a salvo, *just in case*, le ha dicho a ella, que sabe que odia cuando le dice cosas en inglés.

Tampoco tiene claro cómo va a proceder, aunque tiene una idea.

Si es cierto lo que le ha dicho Jon, en cualquier momento de la madrugada va a entregarle los dos millones de euros del rescate de María Labat. Así que ha llamado a todos sus hombres —los que le quedan— para que lo acompañen en su casa. No es que tenga el más mínimo temor de que Jon pueda hacerle algo (es astuto, aunque no tanto y, además, no tiene recursos), pero debe cubrirse las espaldas.

Ni siquiera sabe si será capaz de conseguir el dinero sin que lo maten o de evitar que los hombres de Kanashiro lo sigan hasta su casa. De ellos es de quienes tiene que cubrirse, si bien está más o menos convencido de que no pondrán en riesgo la vida de la hija del Japonés —para ellos, viva todavía— persiguiendo al extorsionador.

Le hace gracia que todo vaya a quedar en unos pocos metros a la redonda. Aunque fuera metafóricamente, el dinero había salido de la casa de los Labat unas horas antes y terminaba entrando por la puerta de al lado de madrugada.

Su plan, en definitiva, es matar a Jon en cuanto le entregue el dinero, guardar la mitad y entregarle cuanto antes a Labat la otra mitad y el cadáver del secuestrador, esgrimiendo que sus hombres han dado con él, después de enterarse de que era el socio de Billy en todo este asunto.

¿Por qué falta la mitad del dinero? A eso, él no sabe la respuesta, le dirá a Labat (porque que no interactuará con Kanashiro es lo único que tiene claro).

Intuye, seguirá, que la tiene o tienen otros socios de Jon en el secuestro de María. Habrá quedado bien ante Labat y se habrá embolsado un maravilloso millón de euros, que no le va nada mal.

Cómo se sucederán las cosas; no tiene ni idea.

Supone que, tarde o temprano, darán con la nave industrial de Ciempozuelos y con los cadáveres de María Labat, Guillermo García y el Tuerto. Eso ya, no le preocupa demasiado. Quizá, incluso le seguirían pidiendo ayuda y no descarta hacerlo, descubriendo todo el pastel. Pero es algo que decidirá más adelante.

Así que está en el salón, rodeado de los cinco mejores hombres de los que le quedan (la pérdida del Perro es irreparable), viendo una peli y tomando un whisky, cuando suena el interfono de su casa. Son las dos menos cuarto. Ordena que abran de inmediato y apaga la televisión.

—Comienza el espectáculo, chicos —les dice a sus hombres, que se ponen en guardia.

Jon accede al salón precedido por el que le ha abierto la puerta, lleva una bolsa roja en una mano y el móvil en la otra.

—¿Qué pasó, *star*?

—Vaya, me estabas esperando con el séptimo de caballería —dice desafiante y con confianza. Babic se pone alerta.

—¿Por qué llevas el móvil en la mano, Jon? ¿No estarás tratando de romperme las pelotas?

Jon deposita la bolsa en el piso y levanta la mano en la que lleva el móvil.

—Qué va, Augusto, el móvil no es para romperte las pelotas, es para advertirte.

—¿Advertirme de qué, boludo?

Babic está confuso y el gesto pícaro de Jon no ayuda. Quizá lo ha subestimado.

—Si en una hora no estoy de vuelta en donde debo estar, un inestimable amigo mandará este audio a Eduardo Labat de tu parte.

«Pensé: a la mierda, que le pidan un rescate al vecinito de dos millones de euros por su jefa. Si sale bien, seré bueno y os dejaré vivir y el diez por ciento del rescate. Si veo que la cosa se tuerce, siempre puedo salvar yo mismo a su mujer y sacar tajada de alguna manera, aunque sea porque me deba un favor el mismísimo Kanashiro».

Augusto Babic se queda petrificado. Se le escucha alto y claro decir aquellas palabras y es indudable que es su voz y su puto acento argentino.

—¿Sabes que estás firmando tu sentencia de muerte, gilipollas? —quizá como contraposición al audio, ahora le sale su vena más española.

—Venga, ¿te crees que no sé que tenías pensado darme boleto aquí mismo?

El Croata mira a sus hombres, que no saben qué hacer. No sirve de nada quitarle el móvil, porque no será él el que lo mande. Puede ser un farol, pero tienen mucho más que perder que lo que ganar.

—Mira, Augusto, te diré lo que vamos a hacer. Yo, ahora me voy a ir por donde he venido. En la bolsa tienes los dos kilos enteritos, para ti. No quiero ni un duro. Este audio me lo voy a guardar como seguro de vida: si tú no me tocas las pelotas, yo no te las tocaré a ti. Tú y yo hemos acabado empate.

—Está bien, Jon: empate. Pero no quiero volver a verte en esta ciudad en lo que te queda de vida. Desde hoy, mis hombres tienen la orden de liquidarte si es que te ven por Madrid. ¿Entendiste?

—Me parece justo.

—Pues marchate antes de que cambie de opinión y te llene el cuerpo de plomo.

Al ver cómo se larga, Babic siente que ha cometido un error con Jon, que es un tipo que sabe lo que se hace y que quizá le vendría bien rodearse de gente como él. No recuerda por qué prescindió de sus servicios, quizá el tarado aquel le daba mala espina.

De cualquier manera, ya no hay nada que hacer y, desde luego, no piensa cumplir con su palabra. No va a descansar hasta que dé con él y lo haga dormir con los peces.

—¿Qué hacemos? —le pregunta uno de sus hombres.

—De momento, nada.

Porque tiene que pensar qué hacer. Su plan se ha ido al traste. Tiene los dos millones de euros del rescate de María Labat y no puede entregar a nadie a Kanashiro.

Tiene que pensar, pero ya es tarde. Aunque sean unas pocas horas, decide que lo mejor es acostarse.

## X

No está segura de lo que ven sus ojos, porque se había convencido de que no lo volvería a ver con vida. Efectivamente, es Jon y sale de la casa de Babic a paso ligero, pero sin correr.

—¡Arranca, arranca! —le apremia susurrando desde fuera.

Lo que Jon no sabe es que el coche en realidad está en encendido, pero con el motor en reposo. Sube y da un portazo. Ella lo recibe con un gesto de reconocimiento y respeto.

—Vaya, Jon, me has sorprendido —le dice al tiempo que pone en marcha el coche.

—Tengo mis recursos, os lo dije. —Jon mira en todas direcciones, como esperando que lo sigan.

—¿Nos están siguiendo?

—No lo creo, pero diría que mi casa ya no es un lugar demasiado seguro.

—No te preocupes, mientras estemos nosotros, no hay qué temer.

—No paras de decir eso, pero habrá un momento en el que ya no estéis.

—Ya que no se ha gafado tu plan —pasa por alto el comentario de Jon —, ¿puedes decirme cómo lo has hecho?

—Prefiero contárselo también a Fanjul.

Marta le extiende una cajetilla de tabaco abierta y Jon coge un cigarrillo agradecido. Está tan nervioso que ni se había dado cuenta de las ganas que tenía de fumarse uno.

Antes de que les explique cómo se ha zafado de Babic, convienen que lo mejor es que llamen a Labat cuanto antes. Así que Jon coge el ordenador y marca le teléfono de la casa del marido de María.

Es el propio Eduardo Labat el que descuelga el teléfono. Los tres saben que es la llamada que lleva esperando durante horas y que no le extrañará que sean las tres de la mañana.

Jon simplemente da las coordenadas de la nave, sin decir nada más. Es interpelado por Labat, que le pregunta si es allí dónde está María. No responde a la pregunta y vuelve a decir los números uno a uno. Cuando entiende que ha tomado nota, cuelga.

Pasan unos segundos hasta que alguien reacciona. Están cansados y ya la adrenalina empieza a rebajarse.

—Bueno, Jon, cuéntanos cómo lo has hecho. —Es Marta la que toma la iniciativa.

—Sé que me tomáis por un pringado, pero siempre me guardo las espaldas —dice mientras saca el teléfono —. Tengo grabado a Babic con las manos en la masa.

Les pone todos los audios de los que dispone, lo que les lleva una media hora más. Marta mira a Fanjul que le recibe con un gesto un tanto inescrutable.

—Mingo, esto es suficiente para cazar a Babic y proteger a Jon —casi le implora.

Nota que Fanjul duda, pero está a punto de entrar por el aro.

Tienen los audios que lo convertirían en el instigador de la extorsión, tienen la bolsa con el dinero rastreada con un microchip y tienen a Jon, que puede convertirse en un testigo protegido y al que el Estado español puede ofrecerle un trato si testifica contra el Croata.

—Venga, Fanjul, esa era tu parte del trato —le ruega Jon con un atisbo de esperanza.

—Bueno, vamos a darle una vuelta, vale, pero no prometo nada —cede al fin.

Marta le guiña un ojo a Jon, consciente de que ella también ha cumplido con su parte del trato, aunque todo eso no le sirva de nada para el tema de Kanashiro y, menos aún y lo que más le importa, destapar a Pete Kelly.

—Ahora, lo mejor es que nos vayamos y descansemos un poco —reemprende Fanjul con tono cansado.

—¿No me iréis a dejar aquí solo?

Domingo Fanjul y Marta Azcona se miran. Saben que no es buena idea que Jon pase la noche en su casa, menos solo.

—Mi habitación es doble, si quieres, puedes dormir conmigo en el hotel —le ofrece Marta.

—Deja, que venga a mi casa, que tengo un sofá cama en el salón —interviene rápido y celoso Fanjul, no sin bastante fastidio.

—Como queráis, pero vámonos —sentencia Marta con un bostezo.

## XI

*Toby suelta la pelota de tenis llena de babas sobre el porche destartalado y ladra de alegría, animando a su joven dueño a que se la vuelva a lanzar.*

Sesenta y cinco pulsaciones por minuto.

*Él le concede una más, aunque sabe que no será la última.*

Aspira y espira lentamente.

*La coje y la tira con todas sus fuerzas.*

Sesenta y una pulsaciones por minuto.

*Toby atraviesa el jardín y los aspersores y la agarra con la boca, meneando el rabo con entusiasmo.*

Toma aire.

*Ve a Toby que regresa para repetir el proceso.*

Exhala el aire.

*Él le acaricia su denso pelaje dorado.*

Cincuenta y tres pulsaciones por minuto.

*Vuelve a arrojar la pelota y el perro reemprende la carrera.*

Cuarenta y siete pulsaciones por minuto.

Es el momento de entrar en acción.

Despunta el alba, dibujando un rosa nacarado sobre la oscuridad más absoluta. El frescor primaveral y el olor de la hierba se cuelan por las ventanas abiertas. Un rumor de silencio lo inunda todo. La televisión está sin sonido y Vlad y Beni tratan de no dormirse, aunque descabezan ligeros sueños. Fuera, Nikolái hace guardia en el inmenso jardín trasero. En el cuarto de invitados de la planta baja duermen Jess y Vicente; arriba lo hace Augusto Babic.

—¿Has oído eso?

Beni se levanta del sofá y se posiciona en el umbral de la terraza que da al jardín.

—¿El qué?

Vlad se despereza un poco.

Cuando Beni termina de preguntar a Nikolái si todo está en orden, Vlad escucha el sonido de un globo quedándose sin aire, pero muy rápido, como una ventanilla cerrándose en un coche que circula a toda velocidad.

No le da tiempo a más, porque Beni cae a plomo sobre el suelo. Se pone de pie y busca su arma, pero es inútil. Un aguijonazo le atraviesa el costado y se desploma contra el sofá. No siente nada más que confusión y sólo se percata de qué está sucediendo cuando ve el cuero bañado de marrón.

Ahora comienza a sentir un dolor indescriptible. Se da la vuelta sobre sí, empapado en sangre.

Un hombre de negro, ataviado con lo que cree que son unas gafas térmicas, lo apunta con un fusil de asalto con un silenciador.

No le da tiempo a escuchar el sonido de la bala surcando el aire.

Han caído tres, pero no sabe cuántos son, aunque espera que, por lo menos, queden tres o cuatro más.

Lo desea y es que está disfrutando como un enano en un parque de atracciones. Sabe que sus latidos sólo han subido entre cinco y diez pulsaciones por minuto y, aun así, debe rebajarlas.

Vuelve al porche de su casa en Milwaukee.

Aprendió esa técnica de relajación en el Cuerpo de Marines. Su instructor insistía en que el tirador que mantiene la calma (es decir, las pulsaciones bajas y la adrenalina controlada), es el más efectivo.

Toby es para él su bálsamo, su lugar seguro, el recurso para entrar en combate. Lo ha resucitado tantas veces que teme que algún día deje de surtir efecto.

Tuvo otros perros, pero ninguno como Toby: elegante, fiel e inteligente. Duda que nunca haya querido a otro ser vivo como quiso a aquel Golden Retriever. Está seguro de que nunca querrá un ser vivo como quiso a Toby.

Ya sin las gafas térmicas, hace una panorámica del lugar. Siendo dos construcciones distintas, el interior no es muy diferente a la casa de Eduardo Labat, situada a solo unos cientos de metros, colindando jardín con jardín.

Debe buscar al resto de hombres, no puede demorarse más, pero hay algo que le llama la atención: una bolsa de deporte roja. Corrobora lo que unas pocas horas antes había descubierto.

James Fritz no necesitó que el secuestrador diera por segunda vez las coordenadas, porque ya las tenía apuntadas. Miró a Miguel Kanashiro, que le confirmó cerrando los ojos, y se puso en marcha.

Condujo hasta donde indicaban las coordenadas, pero ya desde el principio sabía que sería muy cerca de donde había depositado el dinero.

Era una zona industrial que le dio la impresión de estar semiabandonada. Rastreó el perímetro y se encontró el BMW que sabían que era secuestrador, lo que le desconcertó un tanto: ¿por qué habían dejado allí el coche? ¿Estaban en la nave y era todo una trampa?

Había salido tan a la carrera que no había valorado los escenarios posibles. Por eso, sólo se acompañó de su inseparable Glock. Quizá debería haberse presentado allí con su fusil de asalto y las gafas térmicas. Pero no había tiempo que perder.

Tras los ejercicios de relajación, que hizo en el coche, se encaminó a la nave. La rodeó entera antes de ponerse frente a la única puerta de acceso. Estaba cerrada, pero sin seguro. Descorrió la puerta y accedió al lugar.

Algo le daba mala espina y no era que se tratase de una trampa. No había señales de vida en toda la nave.

Tenía un instinto especial para detectar la presencia de otros a su alrededor, aunque estuvieran escondidos.

Prendió una luz y examinó el espacio. Fue hacia el módulo cerrado, sabiendo que lo que iba a encontrar no sería bueno.

Ahí estaban los cadáveres del Tuerto, el secuestrador y María Labat. No tenía ni la más remota idea de qué demonios podría haber pasado, pero esto no era cosa de principiantes si es que habían acabado con la vida de Martin Dubois.

Prefirió guardarse la información hasta llegar de vuelta a casa de Eduardo, al que sabía que tampoco le importaría demasiado la

muerte de su mujer: lo tenía calado y toda su angustia no era más que una pantomima de cara a su suegro. Era Miguel el que tendría una reacción imprevisible. Incluso podría derrumbarse.

Decidió volver, sin tocar nada, pero recapacitó. Conocía demasiado bien al Tuerto como para no saber que lo apuntaba todo en su libreta. Era así de maniático.

Rebuscó en los bolsillos hasta que dio con ella. De nuevo, su instinto no le había fallado, porque las últimas palabras que había escrito Dubois en vida eran esclarecedoras: Augusto Babic.

La bolsa con el dinero sólo reforzó la certeza de que Augusto Babic era el verdadero responsable del secuestro y extorsión. Ahora tenía una misión, la más importante que nunca le hubiera ordenado Miguel Kanashiro, y debía cumplirla.

Una bala le silbó la oreja. Se apostó bajo las escaleras, ocultándose de su atacante. Había bajado la guardia un par de segundos y casi le cuesta muy caro. Piensa si ha perdido algo de práctica, si se ha acomodado un poco, y nota que le suben las pulsaciones. Maldice.

—¡Sal de ahí, maricón! —le gritan.

Ríe para sí, porque ya no tiene dudas sobre dónde se encuentra su atacante. Se ha descubierto él solito.

La casa está ligeramente en penumbra, pero no necesita las gafas.

Agarra una bola de cerámica que tiene a su vera, sobre la estantería, y la lanza bombeada.

*¡Vamos, Toby!*

El perro se descubre para disparar al objeto, convencido de que es su oponente. La bola se hace añicos al caer al suelo. Dos disparos han surcado el aire. Fritz ya está en posición y paladea el momento. Gatillo. Sesos contra la pared.

Otro hombre sale corriendo, presa del pánico. Demasiado fácil. Gatillo y al suelo, donde se retuerce de dolor.

Fritz se acerca a él y lo interroga sobre cuántos más quedan. El otro no responde. Mejor así, quiere que sea sorpresa. La herida es

mortal e inmovilizadora, el hombre está desarmado, por lo que deja que se desangre.

Ha oído ruidos en el piso de arriba y se encarama a las escaleras en guardia. Los movimientos son tímidos y siente que el miedo ahoga toda la casa; ya sabes que sólo queda una persona: el propio Augusto Babic.

Puede estar armado, pero duda de su habilidad, especialmente si está, como parece, acojonado. Siente que ver al esbirro desangrándose y desgarrado de dolor le ha aumentado las pulsaciones a sesenta, pero está dentro del rango. Va a por el plato principal.

La parte de arriba está más oscura que la de abajo, pero no tiene demasiadas dudas de dónde se esconde: tras la única puerta cerrada. Presume que se trata de un servicio, por su distribución en la planta. Estará escondido en la bañera, con una pistola.

Inspecciona la habitación de su izquierda y calcula que, por la profundidad de esta, el baño tiene su espacio hacia su derecha.

Vuelve a la puerta y la derriba de una patada, apostándose a la diestra. Dos disparos provenientes del interior atraviesan el pasillo, pero está fuera de su alcance.

No se ha equivocado, la estancia está proyectada hacia el otro lado. Mira en el interior desde su colocación, con la suerte de que hay un espejo. En él, se refleja Augusto Babic en la bañera, acurrucado y pistola en alto, quizá esperanzado de haber dado a su agresor. Se pone em posición baja en forma de ataque; avanza lateralmente con destreza; entra en zona de tiro, apunta y dispara.

Todo ha durado un par de segundos. Es un relámpago.

Le ha dado en la mano y la pistola ha caído. Se adelanta a él y la coge. Lo inmoviliza con una pierna. No va a matarlo, no porque tiene una misión. Reducirlo y dar aviso de que todo está despejado. Va a ser el propio Miguel Kanashiro el que acabe con su vida.

Tiene que comprobar con los ojos lo que ya sabe por su instinto: no hay nadie más en la casa.

Ata en la propia bañera a Babic, que no para de clamar su inocencia.

—Yo no fui, de verdad, lo puedo explicar, de verdad.

James Fritz no tiene dudas (aunque en realidad le da igual si lo hizo él o no) e intuye que Miguel Kanashiro tampoco las va a tener. María Labat está muerta y lo último que apuntó el Tuerto en su libreta es su nombre. La bolsa con el dinero está en su salón. No están ni su mujer ni sus hijos y se ha hecho acompañar de cinco de sus hombres.

Augusto Babic tiene las horas contadas y lo peor de todo para él es no van a ser precisamente agradables.

## XII

—Vamos, despierta, Domingo, que tengo un bombazo.

Mira el reloj, son las ocho y media de la mañana. En total, no habrá dormido más de tres horas, a lo sumo.

—¿Qué pasa, Azcona? —dice todavía medio dormido.

—¿Follaste con Jon o qué?

—¿Qué coño dices, Azcona? ¿Qué coño quieres?

Se había levantado hacía una hora, le dice, por lo que Fanjul supone que casi ni habrá dormido.

—Por curiosidad, he mirado la geolocalización y no te lo vas a creer: la bolsa está ahora en casa de Eduardo Labat.

—¿Qué significa eso, que Babic le ha devuelto el dinero a Kanashiro?

—Me cuesta creerlo, Mingo, pero hay que ponerse en marcha. Quiero vigilar la casa de Labat y te necesito.

Domingo Fanjul no sabe ni en qué día vive. Tiene que pensarlo para recordar que hoy libra y, aunque le joda perderlo dejándose los riñones en el asiento de un coche, la perspectiva de pasar el día con Jon Goizueta, que duerme en el sofá, no es mejor. Así que le pide veinte minutos a Azcona para que se pegue una ducha.

—Vale, Mingo, en quince minutos paso a buscarte.

—¡No me jodas, Azcona! Que yo tengo una edad un necesito mi tiempo para asearme adecuadamente.

—¿Tienes una cámara buena? —le pregunta obviando su queja.

—Claro que tengo una cámara buena, por quién me tomas…

—Tráela, por favor.

—¿Qué hago con Goizueta? —reflexiona en alto.

—No creo que le venga mal descansar y en tu casa está a salvo.

Son las nueve y media y ya están apostados en la esquina de la bocacalle que da a la casa de Eduardo Labat. Tienen sendos cafés

de cadena sobre el salpicadero y Fanjul devora un bollo de crema. El monitor de geolocalización indica que sigue en el mismo lugar.

Pasan los minutos y no hay actividad en la casa de Eduardo Labat. Han transcurrido varios años hasta que se han vuelto a ver y llevan unos días de relación intensa, por lo que, casi a modo de respiro, deciden no hablar durante un buen rato; tanto es así, que Fanjul se queda adormilado. Marta lo deja descansar.

A eso de las once, después de haber dormido casi una hora, Fanjul se despereza discretamente. Trata de disimular, como si quisiera ocultar que se ha quedado frito más de una hora, sin saber que ha roncado como un cochino.

—Azcona, ¿por qué me has dicho lo de si me he follado a Goizueta? —le pregunta como para hacer notar que está alerta. Es lo primero que le ha venido a la cabeza, porque la verdad es que le ha extrañado que le dijera eso por teléfono.

—No te has dado cuenta, ¿verdad?

—¿Cuenta de qué?

—Ayer, cuando te ofreciste a regañadientes a que Jon durmiera en tu casa en vez de en el hotel, lo hiciste porque estabas celoso…

—Qué chorrada…

—Venga, Mingo, que sé que no quieres acostarte conmigo, pero lo hiciste, digamos, para protegerme. Como un padre. —Azcona sonríe al entender que ha dado con la analogía perfecta.

—Y si así fuera, ¿qué?

—Pues que creo que, aunque no seas su tipo, tú tienes más opciones con él que yo…

—¡Hostia! ¿Dices que es gay?

Azcona suelta una risotada y da una palmada a Fanjul en el muslo. Si está cansada, no lo aparenta.

—¿Cómo lo sabes?

—Venga, las tías sabemos esas cosas, tenemos un sexto sentido para detectar eso… y bueno, porque estuve fisgoneando en su casa cuando os fuisteis anoche a Ciempozuelos y encontré cartas de amor que se escribía con Iván García.

—Vaya…

Fanjul está molesto, pero no porque Goizueta haya dormido en su casa, o quizá sí, pero, definitivamente, no porque sea gay.

De todas formas, no tiene tiempo para recrearse más en el asunto: un taxi para frente la cancela de entrada de la casa de Eduardo Labat. Marta, que tiene mejor posición, empuña la cámara, esperando hacer unas buenas fotografías.

## XIII

—El señor Kanashiro no podrá atenderle hoy, se siente un poco indispuesto —le dice en inglés James Fritz a Kelly, al que ni siquiera invita a entrar.

—Vaya, me gustaría despedirme de él, pero no tiene importancia, siempre y cuando me den lo mío… —responde él.

—Claro, está todo preparado. Aguarde aquí.

Kelly observa cómo el americano de Kanashiro, que le produce mucho repelús, se adentra en la casa. Le parece descortés que el Japonés no lo reciba, pero, sobre todo, que lo hagan esperar en el porche de entrada. En el fondo, lo prefiere así, ya que no se siente especialmente cómodo en presencia del mafioso, y más en ese sótano.

—Aquí tiene. —Le extiende una bolsa de deporte roja con manchas de barro.

—Sofisticado —dice con cierta guasa Kelly.

—Qué tenga un buen día. —Y le cierra la puerta en las narices.

Por suerte para Kelly, le había pedido al taxista que lo esperara en la puerta, así que ya solo le queda guardar la bolsa en una consigna de la estación de Avenida de América.

Mañana, volverá a Lyon y, en unas semanas, se tomará unos días libres para recoger personalmente el dinero. No va a jugársela de ninguna manera, así que dará una identidad falsa en la estación. Lo máximo que le puede suceder es que pierda el dinero, pero es un riesgo que debe asumir.

Lo que sí que tiene que decidir es cómo va a decirle al comisario Vincenzo, a la vez máximo responsable en la investigación de Kanashiro y el principal colaborador del capo en la Interpol, que le ha reclamado más dinero. Tiene que entender que se ha jugado el cuello con el asunto de Madrid (aunque la verdad sea otra: han sido, para él, unas vacaciones pagadas).

De todas formas, es algo que ya decidirá en Lyon, porque todo el asunto de Madrid ha terminado.

Ni siquiera sabe qué ha sido de María Labat, pero le da igual. Se enterará pronto, por mediación del propio Vincenzo.

Está satisfecho y contento, porque tiene su mordida y, en realidad, no se ha expuesto demasiado. También lo está porque, después del chaparrón, hoy hace un día estupendo en Madrid y eso le pone de muy buen humor.

Lo que no sabe Kelly, porque confía demasiado en sí mismo, es que hay un coche en la esquina de la bocacalle frente a la casa de Eduardo Labat, y que dentro están Marta Azcona y Domingo Fanjul haciéndole fotos con la bolsa a la que ellos mismos le pusieron un microchip de geolocalización.

Lo que no sabe, tampoco, es que lo seguirán hasta la estación de Avenida de América y lo verán metiendo la bolsa con el dinero en una taquilla de la consigna, y lo documentarán todo con fotografías.

Lo que no sabe, todavía, es que, en unas semanas, cuando vaya a Madrid a recoger el dinero, un equipo de la Policía Nacional española, por petición de la Interpol, lo estará vigilando, después de que no le quedara otro remedio al comisario Vincenzo que abrir una investigación a la luz de las pruebas que le presentará Marta Azcona.

Lo que no sabe, evidentemente, es que será detenido y juzgado, y que el propio comisario Vincenzo en persona se encargará de liderar el caso Kanashiro.

Lo que no sabe, claro, es que Marta Azcona recibirá un reconocimiento por su labor y que será ascendida y que seguirá colaborando con la Interpol. Lo hará con un nuevo caso, porque la sacarán, después de dos años, de la investigación de Kanashiro. Ella lo dejará no sin cierto resquemor de que la han apartado para que no menee más el árbol.

Pero todo eso sucederá en unas semanas. Ahora está llegando a la estación y pronto estará liberado para disfrutar de un gran día en Madrid.

Azul radiante. Si tuviera que definir el color del cielo de Madrid sería azul radiante. Nunca había visto un azul tan blanco y tan amarillo y a la vez tan azul; tan halagüeño, tan hipnotizante.

Son casi las doce y el día augura calor y sol y pantalones cortos y escotes, pero también destila olor a verano, a verbena y a churros y a calamares y a sangría o quizá a cerveza (porque no, no ve que en Madrid se tome sangría, como imaginan todos los irlandeses).

Se figura viviendo en una ciudad como esta y cree que sería imposible no ser feliz, no ser gentil y educado, no sonreír a diestro y siniestro. Es su segunda estancia en la capital de España y cada vez está más convencido de que las clemencias del tiempo tienen un impacto determinante sobre el buen humor de las personas.

No dentro de mucho, anticipa, volverá a visitarla, para recoger el dinero que ha dejado en consigna.

Pasea por María de Molina con intención de coger un taxi, pero sin prisa. Su labor en Madrid ha concluido y le quedan más de veinticuatro horas hasta tomar el avión que lo lleve de vuelta a Lyon.

Planea irse al hotel, darse una ducha y salir a conocer más la ciudad, a comer unas tapas, a beber cerveza fría y a mirar chicas bonitas. La vida le sonríe.

Finalmente, para a un taxi. Le indica la dirección de su hotel y se sume en pensamientos menos optimistas. De repente, le asalta la duda de por qué Kanashiro no lo ha querido recibir. No es que le preocupe demasiado, pero tampoco puede quitarse de la cabeza la última conversación que tuvo con él: cómo le insinuó que se estaba pasando de la raya, que era un león herido y enjaulado, como aquellos que visitó de pequeño en el zoológico de Madrid, ese que tenía aquel nombre tan extraño y evocador, pero que no recuerda. Sólo le viene a la mente que estaba en el Retiro.

—Perdone, señor —se dirige al taxista —. ¿Sabe de un zoo en el Retiro?

El taxista duda. Por su reacción, a Kelly le parece que ha dicho una sandez, pero, de repente, el hombre cae.

—¿Se refiere usted a la casa de fieras?

—¡Eso es!

—¿Quiere que lo lleve al Retiro?

Kelly vacila, pero termina por decirse que quizá sea una buena idea. Su hotel no está muy lejos de allí, por lo que luego puede ir dando un agradable paseo.

«Casa de fieras», piensa. Nunca más olvidará ese nombre.

# EPÍLOGO

Quién me iba a decir a mí hace una semana que mi vida seguiría igual que antes —salvo por el detalle de que Billy está muerto, claro —. Que, sólo una semana después de cometer la extorsión a Kanashiro y de escapar de las garras de Babic, iba a estar de nuevo haciendo un encargo para el Chino. La vida es sorprendente.

Todavía estoy un poco paranoico; no ocultaré que tengo pesadillas y que me imagino constantemente que un sicario, ya sea de Babic o de Kanashiro, me va a pegar un tiro en el entrecejo, pero lo cierto es que eso es algo poco probable que suceda.

Con Babic es literalmente imposible, porque ya no está entre nosotros, y no negaré que me siento muy afortunado de que así sea.

De Kanasiro sé por la inspectora Azcona que se ha vuelto a Perú con toda su tropa, así que creo que ellos también dan este capítulo por cerrado.

A Fanjul no le dio ni tiempo de poner en marcha nada contra Babic, porque, pocas horas después de haber yo burlado a la muerte en su casa, fue a él al que encontraron cadáver precisamente allí.

Fue su propia mujer la que se dio de bruces con la carnicería que se había montado. Me lo comunicó el mismo Fanjul, en su casa, donde estaba yo a salvo de cualquier represalia del Croata.

Así que me dio boleto: todo había acabado y yo estaba fuera de peligro, me aseguró.

Después de unos días de puto infarto, necesitaba desaparecer un poco, así que me he propuesto no dejarme ver durante los próximos meses. Estar a la sombra no me va a ir mal.

Quién sabe, igual vendo mi casa y me piro de esta ciudad para siempre. Tengo algo ahorrado, tampoco una barbaridad, pero me da para irme a una ciudad pequeña y montar un negocio legal de lo que sea. No lo he pensado demasiado, pero no lo descarto.

El tema es que, en medio de mi retiro espiritual, en el que no he dejado de leer y ver documentales y mantener mi cabeza despejada

(otra cosa es que lo haya conseguido), he recibido una nueva llamada del Chino.

He estado a un tris de darle largas, aunque supusiera despedirme como "transportista" de la Mors para siempre. Pero al final he accedido, en parte porque es mucho dinero y en otra porque no me atrevo a decirle que no al Chino. Además, tampoco es que sea un trabajo muy arriesgado.

Así que aquí estoy, en mi coche, de madrugada, yendo de nuevo al hotel del aeropuerto, con dos maletines cargados de dinero, por lo que parece que ha sido un premio de los gordos.

Entonces caigo: ¿qué famoso ha muerto en las últimas horas? Hago repaso mental y me reprocho mi desapego patológico de la actualidad. Vivo demasiado desenganchado de las noticias, por lo que ya puede haber muerto el mismísimo presidente del gobierno, que ni me habría enterado.

Aparco y cojo los maletines. Accedo al hotel y, como siempre, nadie repara en mí. Tomo el ascensor hasta la planta cuarta. Entro en la habitación y coloco los maletines en el suelo. Inspecciono la estancia, con una cierta sensación de agotamiento.

Han pasado demasiadas cosas en tan poco tiempo… y ni siquiera me sirve de consuelo estar vivo. Me siento sobre la cama y repaso todo, como he hecho demasiadas veces durante los últimos días.

Me doy cuenta de que me he quedado embobado un buen rato. Es probable que el vencedor de la apuesta esté a punto de aparecer, así que me largo a toda prisa. Tengo suerte, porque no me cruzo con nadie.

Al llegar al aparcamiento, prácticamente vacío (es de madrugada y la mayoría de los clientes del hotel no disponen de vehículos, sino que son hombres de negocios que están de viaje y utilizan taxis), escucho el estruendo de un coche de alta cilindrada acercándose a la zona de estacionamiento. Me detengo convencido de que se trata del ganador de la apuesta. La curiosidad me puede, así que disimulo haciendo que voy a coger algo del maletero.

El coche me parece un Ferrari —no estoy familiarizado con los modelos, la verdad es que los coches me dan absolutamente igual—. Aparca no muy lejos de mí. Del asiento del piloto baja un hombre

enorme con pinta de ser del este; del otro lado se apea una rubia despampanante. Me temo que se trata de una pareja que va a pasar un buen rato lejos de miradas impertinentes.

Me subo al coche ya con el gusanillo picándome con cierto morbo. Agarro el móvil y me meto en el primer periódico que me viene a la cabeza. Tengo que bajar un poco hasta que doy con la noticia: *Florin Popescu, el hombre que cambió el negocio televisivo en toda Europa.* No tengo ni la más repajolera idea de quién es, aunque supongo que se trata de un pez gordo.

Emprendo la marcha, y justo cuando algo revolotea con fuerza en mi encéfalo anterior, brotando desde lo más profundo de mi subconsciente, veo al cabronazo de Bob Martel bajando de un taxi en la puerta del hotel y todo cobra sentido.

El loco de él lo ha conseguido.

**NOTA**

Estimado lector: Gracias por llegar hasta el final de Casa de Fieras.

Me gustaría pedirte un favor: si te ha gustado, te pido que dejes tu valoración o hagas una reseña en Amazon.

Tus opiniones son la única gasolina que permite que el motor siga en marcha y que tenga sentido publicar más libros.

También te invito a que leas otros libros de mi catálogo, que podrás encontrar aquí: https://www.amazon.es/stores/Max-Pirés/author/B0G53524Q6

Si quieres estar al tanto de todas mis novedades, suscríbete escribiendo a editorialbabelica@gmail.com. Podrás beneficiarte de ofertas exclusivas.

Gracias por tu apoyo.